GILGAMESH

Versión de Stephen Mitchell





Texto rescatado no hace mucho más de un centenar de años del sueño que dormía desde hacía unos 3500 bajo las arenas de Mesopotamia, la epopeya de Gilgamesh es el relato más antiguo del mundo del que tenemos noticia. Sin embargo, el hecho de que sólo haya conservado en forma fragmentaria y en diversas versiones debido a estar recogido en tablillas de arcilla y en escritura cuneiforme ha hecho que normalmente haya quedado confinado a ediciones fragmentarias y eruditas destinadas sobre todo a los especialistas y que convierten su lectura, cuando menos, en un empeño difícil. El gran mérito de la presente versión de Stephen Mitchell es rescatar con sumo tacto y sensibilidad el relato de Gilgamesh para el lector común y corriente en un texto que se puede leer de corrido de principio a fin, sin traicionar por ello en ningún momento el espíritu del original, y teniendo en cuenta las más solventes ediciones eruditas.



Anónimo

Gilgamesh

Versión de Stephen Mitchell

ePub r1.0
Daruma 07.02.14

Título original: *Gilgamesh: A New English Version*
Anónimo, c. 2100 a. C.
Versión de Stephen Mitchell
Traducción: Javier Alonso López
Diseño de portada: Daruma

Editor digital: Daruma
ePub base r1.0



INTRODUCCIÓN

EL RELATO MÁS ANTIGUO DEL MUNDO

En Iraq, cuando el viento hace volar el polvo hasta conseguir que los hombres y los tanques se detengan, arrastra con él el recuerdo de un mundo muy antiguo, mucho más que el Islam o el Cristianismo. La civilización occidental surgió en aquel lugar entre el Tigris y el Éufrates, donde Hammurabi dictó su código legal y donde se escribió el *Gilgamesh* —el relato más antiguo del mundo, un milenio más antiguo que la *Ilíada* o la Biblia—. Su héroe fue un rey histórico que reinó en la ciudad mesopotámica de Uruk hacia el año 2750 a. C. En la epopeya, tiene un amigo íntimo, Enkidu[1], un hombre desnudo y salvaje que ha sido civilizado por medio de las artes eróticas de una sacerdotisa del templo. Junto a este, Gilgamesh combate a monstruos, y cuando Enkidu muere, se muestra inconsolable. Así, emprende un viaje desesperado para encontrar al único hombre que puede decirle cómo escapar de la muerte.

Parte de la fascinación de *Gilgamesh* radica en el hecho de que, como cualquier gran obra literaria, tiene mucho que decirnos sobre nosotros mismos. Al prestar su voz al dolor y al miedo a la muerte, quizá de una forma más potente que cualquier libro que se haya escrito desde entonces, al retratar al amor, la vulnerabilidad y la búsqueda de la sabiduría, se ha convertido en un testimonio personal para millones de lectores en docenas de idiomas. Pero también posee una relevancia especial en el mundo actual, con sus fundamentalismos polarizados, en donde cada bando cree fervientemente en su propia rectitud, sea cruzada o *yihad*, frente a lo que percibe como un malvado enemigo. El héroe de esta epopeya es un antihéroe, un supermán (una superpotencia, podríamos decir), que no conoce la diferencia entre fuerza y arrogancia. Al atacar por precaución a un monstruo, atrae sobre sí un desastre que sólo puede superar mediante un agónico viaje, una búsqueda que se transforma en sabiduría al demostrar su propia futilidad. La epopeya posee una extraordinaria y refinada inteligencia moral. Insistiendo en el equilibrio y rechazando ponerse de parte del héroe o del monstruo, nos lleva a preguntarnos acerca de nuestras peligrosas certidumbres sobre el bien y el mal.

Emprendí esta versión de *Gilgamesh* porque nunca me ha convencido el lenguaje de ninguna de las traducciones que he leído. Quería encontrar una voz genuina para el poema: palabras que fueran suficientemente ágiles y musculosas para transmitir la potencia de la historia. Si he tenido éxito, los lectores descubrirán que, más que contemplar una antigüedad dentro de una vitrina, se hallan frente a una obra maestra de la literatura que, de manera inesperada, está tan viva hoy en día como lo estaba hace tres milenios y medio.

ORÍGENES

Gilgamesh es una obra que, en la intensidad de la imaginación, se sitúa junto a los grandes poemas de Homero y la Biblia. Y sin embargo, durante dos mil años no tuvimos noticias de ella. Las tablillas de arcilla cocida sobre las que se inscribió en caracteres cuneiformes permanecieron enterradas entre los escombros de ciudades diseminadas a lo largo de todo el antiguo Oriente Próximo, aguardando a ser leídas por gentes de otro mundo. No fue sino hasta 1850 cuando se descubrieron los primeros fragmentos entre las ruinas de Nínive, y el texto no fue descifrado y traducido hasta varias décadas después. El gran poeta Rainer María Rilke pudo haber sido el primer lector que comprendió lo suficiente como para reconocer su auténtica talla literaria. «¡*Gilgamesh* es formidable!», escribió a finales de 1916[2]. «Considero… que se encuentra entre las mejores experiencias que le pueden suceder a una persona». «Me he sumergido en él, y en esos fragmentos verdaderamente gigantescos he experimentado medidas y formas que pertenecen a las obras supremas que jamás haya producido la mágica Palabra». En la conciencia de Rilke, *Gilgamesh*, al igual que un magnífico palacio de Aladino que se ha materializado surgiendo de la nada en un instante, hace su primera aparición como una obra maestra de la literatura mundial.

La historia de su descubrimiento y desciframiento es en sí misma tan fabulosa como un cuento de *Las mil y una noches*. Un joven viajero inglés llamado Austen Henry

Layard[3], que estaba atravesando Oriente Medio de camino hacia Ceilán, oyó que en los montículos de lo que hoy en día es la ciudad de Mosul había antigüedades enterradas, interrumpió su viaje y comenzó a excavar en 1844. Aquellos montículos resultaron albergar las ruinas del palacio de Nínive, la antigua capital de Asiria, incluyendo lo que quedaba de la biblioteca del último gran rey asirio, Asurbanipal (668-627 a. C.). «Asombrados», Layard y su ayudante Hormuzd Rassam «hallaron una estancia tras otra revestidas con bajorrelieves en piedra de demonios y divinidades, escenas de batallas, cacerías reales y ceremonias; puertas flanqueadas por enormes toros alados y leones; y, dentro de algunas habitaciones, decenas de miles de tablillas de arcilla inscritas con la curiosa, y en aquel momento aún no descifrada, escritura cuneiforme ("con forma de cuña")». Más de veinticinco mil de aquellas tablillas fueron enviadas al Museo Británico.

Cuando la escritura cuneiforme fue oficialmente descifrada en 1857, los estudiosos descubrieron que las tablillas estaban escritas en acadio[4], una antigua lengua semítica emparentada con el hebreo y el árabe. Pasaron cincuenta años antes de que alguien reparara en las tablillas en las que estaba escrito el *Gilgamesh*. Entonces, en 1872, un joven conservador del Museo Británico llamado George Smith se dio cuenta de que uno de los fragmentos contaba la historia de un Noé babilónico, que había sobrevivido a una gran inundación enviada por los dioses. «Al fijarme en la tercera columna»[5], escribía Smith, «mi vista descubrió la afirmación de que el barco se posó sobre las montañas de Nizir, seguida por el relato del envío de la paloma, que regresó al no hallar un lugar donde posarse. Supe inmediatamente que había descubierto al menos una porción del relato caldeo del Diluvio». Para un Victoriano,

era un descubrimiento espectacular, porque parecía constituir una confirmación independiente de la historicidad del Diluvio bíblico (los victorianos creían que la historia del Génesis era mucho más antigua de lo que realmente es). Según un relato posterior[6], cuando Smith contempló aquellas líneas, dijo: «¡Soy el primer hombre que lee esto después de más de dos mil años de olvido! Tras colocar la tablilla sobre la mesa», continúa el relato, «comenzó a saltar y a correr de un lado a otro de la habitación en un estado de gran excitación y, para asombro de los presentes, empezó a quitarse la ropa». No se nos dice si se despojó únicamente de su chaqueta o fue más allá. Me gusta imaginármelo poseído por la euforia, moviéndose sin parar y corriendo en cueros, como Enkidu, ante los atónitos eruditos Victorianos vestidos de negro.

El anuncio de Smith, realizado el 3 de diciembre de 1872 ante la recientemente creada Society of Biblical Archaeology, de que había descubierto una narración del Diluvio en una de las tablillas asirías provocó una gran conmoción[7], y pronto se desenterraron más fragmentos del *Gilgamesh* en Nínive y en las ruinas de otras ciudades antiguas. Su traducción de los fragmentos que se habían descubierto hasta entonces se publicó en 1876. Aunque para un lector moderno parece pintoresca[8] y casi surrealista en sus muchas conjeturas equivocadas, y aunque a menudo es fragmentaria hasta el punto de resultar incoherente, fue un importante esfuerzo pionero.

Hoy en día, más de un siglo y cuarto después, han salido a la luz muchos más fragmentos, se comprende mucho mejor la lengua y los estudiosos pueden rastrear la historia del texto con cierto grado de confianza. En pocas palabras, lo que sigue es la opinión general[9].

Probablemente, las leyendas acerca de Gilgamesh comenzaron a surgir poco después del fallecimiento del monarca histórico. Los textos más antiguos que han sobrevivido, que proceden de aproximadamente el 2100 a. C., son cinco poemas en sumerio distintos e independientes[10] titulados «Gilgamesh y Aga», «Gilgamesh y Huwawa», «Gilgamesh y el Toro Celeste», «Gilgamesh y el Infierno» y «La muerte de Gilgamesh». (El sumerio es una lengua no semítica sin parentesco con ninguna lengua conocida hoy en día, y está tan alejado del acadio[11] como el chino lo está del inglés. Se convirtió en la lengua culta de la antigua Mesopotamia y formaba parte de los conocimientos necesarios de un escriba). Estos cinco poemas —escritos en un estilo pausado, repetitivo, hierático, mucho menos condensado y vivido que la epopeya acadia— habrían sido conocidos por posteriores poetas y redactores.

El antepasado directo de las once tablillas de arcilla desenterradas en Nínive[12] es conocido como la «Versión Paleobabilónica». Fue escrita en acadio (del que el babilonio es un dialecto) y procede aproximadamente del 1700 a. C.; se han conservado once fragmentos, incluidas tres tablillas que están casi completas. Esta versión, aunque parafrasea unos pocos episodios de los textos del *Gilgamesh* sumerio, es un poema original, la primera *Epopeya de Gilgamesh*[13]. En sus temas y su forma, es esencialmente el mismo poema que su descendiente ninivita: un relato sobre la amistad, la muerte del ser amado y la búsqueda de la inmortalidad.

Unos quinientos años después de que se escribiera la Versión Paleobabilónica, un sacerdote erudito llamado Sîn-lēqi-unninni la revisó y reelaboró. Su epopeya, que los expertos denominan «Versión Estándar», es la base de todas las traducciones modernas. A fecha de hoy, con setenta y tres fragmentos descubiertos contamos con un poco menos

de dos mil líneas de las tres mil del texto original en una forma continua y legible; el resto está dañado o perdido, y hay numerosas lagunas en las secciones que se han conservado.

No sabemos exactamente cuál fue la contribución de Sîn-lēqi-unninni[14] a la Versión Estándar[15], pues han llegado hasta nosotros muy pocos fragmentos de la Versión Paleobabilónica para poder compararlos. Por lo que podemos observar, es a menudo un redactor conservador, que sigue la versión más antigua línea a línea, con pocos o ningún cambio en el vocabulario y orden de las palabras. A veces, sin embargo, amplía o reduce, suprime pasajes o los añade, y actúa no como redactor, sino como poeta original. Los dos pasajes más importantes que sabemos que añadió, el prólogo y el discurso de la sacerdotisa Shamhat en el que invita a Enkidu a Uruk[16], poseen la viveza y la densidad del arte con mayúsculas.

El *Gilgamesh* en el que el lector está a punto de entrar es a veces libre, a veces una adaptación cercana al verso inglés de la Versión Estándar de Sîn-lēqi-unninni[17]. Incluso los estudiosos que hacen traducciones literales no se limitan a traducir la Versión Estándar y completan algunas lagunas textuales con pasajes de otras versiones, sobre todo de la paleobabilónica. Yo he llevado esta práctica un poco más allá: en ocasiones, cuando la Versión Estándar resulta especialmente fragmentaria, la he completado con pasajes procedentes de los poemas de *Gilgamesh* sumerios. También he añadido líneas o breves pasajes para enlazar lagunas o para aclarar la historia. Mi intención ha sido, de principio a fin, recrear la antigua epopeya, como si fuese un poema contemporáneo, en el universo paralelo de la lengua inglesa.

LA CIVILIZACIÓN DEL HOMBRE SALVAJE

Gilgamesh es el relato del viaje de un héroe; podría decirse que es la madre de todos los viajes de héroes, con sus inmensas y desbordantes presencias míticas moviéndose por un paisaje de sueños. Es también la historia de cómo el hombre se civiliza, cómo aprende a gobernarse a sí mismo y, por lo tanto, a su pueblo, y a actuar con templanza, sabiduría y piedad. El poema comienza con la ciudad y termina con ella.

En las primeras líneas de su prólogo, Sîn-lēqi-unninni expone la amplitud y profundidad de lo que ha soportado su héroe: «Todo lo ha visto, ha experimentado todas las emociones». Las siete líneas siguientes nos cuentan los detalles esenciales, sin preocuparse siquiera de mencionar el nombre del héroe. Gilgamesh ha viajado hasta los confines del mundo y se le ha concedido el conocimiento de los primeros días de la humanidad; ha sobrevivido al viaje y ha regresado para restaurar el gran templo de Ishtar y la famosa muralla de Uruk, de más de 9,5 km de largo[18].

Y entonces, tras su resumen, sucede algo fascinante. Sîn-lēqi-unninni se dirige a sus lectores y los invita a contemplar la gran ciudad por sí mismos.

> Mira cómo sus baluartes brillan como cobre al sol. Asciende por la escalera de piedra, más antigua de lo que la mente puede imaginar; llégate al templo del Eanna, consagrado a Ishtar, un templo cuyo tamaño y belleza no ha igualado ningún rey; camina sobre la muralla de Uruk, recorre su perímetro en torno a la ciudad, escruta sus soberbios cimientos, examina su labor de ladrillo, ¡cuán diestra es!; repara en las tierras que circunda[19]: en sus palmeras, sus jardines, sus huertos, sus

> espléndidos palacios y templos, sus talleres y mercados, sus casas, sus plazas.

Es un momento extraño y conmovedor. El poeta se dirige evidentemente a un público de la antigua Babilonia del año 1200 a. C., conminándolo a que admire una ciudad construida en tiempos inmemoriales. Pero resulta que ahora los lectores somos usted y yo. Nosotros somos los únicos que hemos sido invitados, más de tres mil años más tarde, a caminar por la muralla de Uruk y observar el esplendor y la bulliciosa vida de la gran ciudad. La invitación no resulta conmovedora porque la ciudad esté en ruinas y la civilización haya sido destruida —no se trata de un momento paradójico al estilo de «Ozymandias»[20]—, sino porque en nuestra imaginación *podemos* ascender por la antigua escalinata de piedra y observar los exuberantes jardines y huertos, los palacios y templos, las tiendas y mercados, las casas, las plazas públicas, y compartir el asombro del poeta y su orgullo por su ciudad.

En este momento, la invitación de Sîn-lēqi-unninni se vuelve más íntima. «Busca su piedra angular», nos dice:

> y, debajo de ella, el cofre de cobre que indica su nombre[21]. Ábrelo. Levanta su tapa. Saca de él la tablilla de lapislázuli. Lee cómo Gilgamesh todo lo sufrió y todo lo superó.

No estoy seguro de que ni siquiera en 1200 a. C. este fragmento debiera tomarse al pie de la letra. Incluso para un antiguo lector babilónico, las líneas podrían ser suficientemente vivas para hacer innecesario el acto físico. Mientras leemos las instrucciones, podemos vernos a nosotros mismos encontrando la piedra angular, abriendo el cofre de cobre, levantando su tapa y extrayendo la preciada tablilla de lapislázuli, que resulta, al final, ser el poema que

estamos a punto de leer. Estamos mirando bajo la superficie de las cosas, dentro de lugares escondidos, de las recámaras cerradas con llave de la experiencia humana. Las pruebas que se supone que el propio Gilgamesh ha puesto por escrito hace mucho tiempo se revelan ahora ante nosotros en palabras que, sean «grabadas en estelas de piedra» o impresas sobre papel, provocan su propio sentido de autenticidad. Brotan directamente de la fuente: si no del Gilgamesh histórico, sí de un poeta que ha imaginado la experiencia del héroe con una intensidad suficiente para que sea verdad.

El poema paleobabilónico que heredó Sîn-lēqi-unninni comienza con la frase «superior a todos los reyes», y describe a Gilgamesh como un joven gigantesco y frenético (su nombre podría significar «El viejo es un joven»), un guerrero, y, tras su regreso, como un buen rey y benefactor de su pueblo: una combinación de Goliat y David. Pero su comienzo es el de un tirano. Cuando nos sumergimos por primera vez en el poema, hay un desequilibrio esencial en la ciudad; algo ha ido realmente mal. El hombre de valor insuperable e inagotable energía se ha convertido en un monstruo egoísta; el pastor se ha transformado en lobo. Oprime a los jóvenes, quizás con trabajos forzados, y oprime a las muchachas, quizás con su voraz apetito sexual. Puesto que es un monarca absoluto (y para colmo es divino en sus dos terceras partes), nadie se atreve a criticarle. El pueblo clama al cielo, igual que los esclavos israelitas del Éxodo[22], y su llanto es atendido. Pero Anu, padre de los dioses, no interviene directamente. Envía su ayuda de una forma deliciosamente indirecta. Le pide a la gran diosa madre, Aruru, que vuelva a materializar su primer acto de creación de un ser humano:

> Ahora ve y crea un par de Gilgamesh, su segundo ser, un hombre que iguale su fuerza y su valor, un hombre que iguale su tempestuoso corazón. Crea un nuevo héroe y que se contrarresten de forma perfecta, para que Uruk tenga paz.

Como Dios en el Génesis, Aruru crea un hombre a partir del polvo y se convierte en un ser vivo, en el hombre original: natural, inocente, solitario. Este segundo Adán hallará «una ayuda acorde a sus necesidades»[23] no en una mujer, sino en el hombre a causa del que fue creado. Así comienza —mil años antes que Aquiles y Patroclo, o David y Jonatán— la primera gran relación de amistad de la literatura.

Enkidu es, efectivamente, un doble de Gilgamesh, tan grande y poderoso que cuando la gente lo contempla es presa de un temor reverencial. Pero también es lo contrario y la imagen especular de Gilgamesh: dos tercios de animal frente a los dos tercios de divinidad de Gilgamesh. Estas cualidades animales son en realidad mucho más atractivas que las divinas. Mientras que Gilgamesh es arrogante, Enkidu es infantil; si Gilgamesh es violento, Enkidu es pacífico, un herbívoro desnudo que se mezcla con los rebaños. Vive y se traslada con ellos de pasto en pasto y (como nos enteramos más tarde en el poema) ahuyenta a los depredadores que merodean[24] cerca de ellos, asumiendo así tanto el papel de oveja como el de pastor. Con su altruismo natural es asimismo el primer activista animal, liberando a sus amigos de los fosos y trampas de los hombres.

Cuando el trampero descubre a Enkidu bebiendo con los animales en una charca, queda aterrorizado, como si hubiese visto a «Big Foot» o al Abominable Hombre de las Nieves. Lo que hace palidecer su rostro y temblar sus piernas no es el temor a ser herido por un salvaje fornido (al fin y al cabo, no tiene por qué acercarse): es el temor a estar

cara a cara con la humanidad primordial. El trampero acude a su padre en busca de consejo, y el padre le envía a Gilgamesh, quien «sabrá lo que hay que hacer».

Gilgamesh puede ser un tirano, pero es perspicaz. Sabe qué hacer respecto al salvaje y se lo transmite al trampero sin dudar un instante. «Ve al templo de Ishtar», le dice:

> pregunta allí por una mujer llamada Shamhat, una de las sacerdotisas que entregan sus cuerpos a cualquier hombre en honor de la diosa. Llévala al monte. Cuando los animales estén bebiendo en la charca, dile que se quite la túnica y se tumbe allí desnuda, dispuesta, abiertas las piernas. El hombre salvaje acudirá. Que ella emplee sus artes amatorias. La naturaleza obrará su curso y después los animales que en el monte eran sus compañeros se asustarán, y lo abandonarán para siempre[25].

Es una recomendación sorprendente, sobre todo porque procede de un hombre cuyo *modus operandi* es la fuerza. Podríamos haber esperado que enviase un batallón para buscar y capturar a Enkidu. En lugar de eso, envía a una sola mujer. De alguna manera, sabe que Enkidu necesita ser domado, no capturado, y que la única forma de civilizarlo es mediante el poder de eros. Sin embargo, no parece sospechar que el salvaje ha sido enviado por los dioses para civilizarlo *a él*.

El poema no dice nada acerca de la relación de Gilgamesh con Shamhat. ¿Sabe lo diestra que es porque ha hecho el amor con ella en el templo? ¿Es un cliente habitual? ¿O sólo ha oído hablar de su habilidad? Todo lo que se nos dice es que es la mujer adecuada para ese trabajo.

Shamhat es uno de los personajes más fascinantes del *Gilgamesh*. Si queremos apreciar su papel como prostituta de un antiguo culto babilónico, nuestra imaginación debe evitar cualquier filtro de amor romántico, moral judeocristiana, lascivia masculina o indignación femenina.

En realidad, no poseemos una palabra en nuestro idioma para describir lo que es Shamhat. Sin duda, las palabras acadias *ḫarīmtu* y *šamhātu* no significan «prostituta» en nuestro sentido del término, una mujer que se vende a cambio de un beneficio personal. Shamhat es una sacerdotisa de Ishtar, la diosa del amor, y, como una especie de monja a la inversa, ha dedicado su vida a lo que los babilonios consideraban el misterio sagrado de la unión sexual. Al ofrecerse al hombre anónimo[26] que se presenta ante ella en el templo, sea joven o viejo, agraciado o feo, se está ofreciendo a Todo hombre, es decir, a Dios. Se ha convertido en una encarnación de la diosa, y a través de su propio cuerpo vuelve a representar el matrimonio cósmico. Como pura sirviente de Eros, es el recipiente para la fuerza que mueve las estrellas, la fuerza que, a través de la mecha verde, guía la flor.

En un pasaje acerca de las atracciones de Uruk que fue añadido en la Versión Estándar, Sîn-lēqi-unninni menciona a las sacerdotisas de Ishtar con enorme orgullo:

> Ven —dijo Shamhat—, vayamos a Uruk, te conduciré hasta Gilgamesh, rey poderoso. Verás la gran ciudad y su imponente muralla, verás a los jóvenes vestidos con esplendor, con el mejor lino y bordada lana, con vistosos colores, con pañuelos con borlas y anchos fajines. Todos los días son fiesta en Uruk, la gente canta y baila en sus calles, los músicos tocan sus liras y tambores, delante del templo de Ishtar charlan y ríen sus bellas sacerdotisas, animadas por el goce del sexo, prestas a servir para el placer de los hombres en honor de la diosa[27], de modo que incluso los ancianos se levantan de sus lechos.

¡Cuánto ama el poeta a su ciudad! La gran muralla, los colores, las galas, la música y el baile, todo ello forma la textura de la celebración continua de la vida que hace tan vivido este pasaje. Parte del disfrute que transmite está en que en Uruk el deseo sexual masculino reciba una

gratificación tan abundante. Pero son las amorosas y alegres sacerdotisas, gratificadas también ellas en el acto de gratificación, quienes iluminan este retrato de la ciudad. Su risa y su dicha sexual son para el poeta una de las principales glorias de la civilización.

El trampero encuentra a Shamhat y le transmite las órdenes del rey. Shamhat ha sido entrenada en el arte de la sumisión, y puedo imaginármela dando su total consentimiento a la misión, pese a lo peligrosa que puede resultar. La criatura a la que se va a ofrecer es, al fin y al cabo, un desconocido. Puede ser feroz, puede ser más animal que hombre, puede incluso hacerla pedazos, por lo que sabe (y probablemente sabe que su simple contemplación ha llenado de terror al trampero). Pero accede a ir —tranquila, me la imagino, confiada en sus artes y en el poder de eros—.

La charca está a tres días de camino monte a través y el poeta podría haber insertado aquí fácilmente diálogos entre la joven sacerdotisa de Ishtar y el trampero. ¿Qué sentía ella durante el largo y, quizás, duro camino? ¿Tenía miedo? ¿Qué le preguntó al trampero sobre su vida? ¿Y sobre Enkidu? ¿Se sintió él deslumbrado por su presencia sexual? ¿Hicieron el amor o estaba prohibido? ¿Qué le preguntó a Shamhat, y qué respondió ella, sobre la vida en la ciudad, sobre sus experiencias en el templo, sobre el rey Gilgamesh? El poeta comprime todas las posibilidades dramáticas de estos tres días en dos líneas:

> Tres días caminaron. Al tercero llegaron a la charca. Allí aguardaron.

La economía de su arte es exquisita.

Shamhat y el trampero esperan otros dos días en la charca. Cuando aparece Enkidu, Shamhat sigue las

instrucciones (aunque una experimentada sacerdotisa de Ishtar no necesitaría instrucciones) y los acontecimientos se desarrollan exactamente como Gilgamesh había predicho. Es un episodio profundamente conmovedor, sobre todo si recordamos el mito de la pérdida de la inocencia humana del Génesis. Aquí Shamhat representa el papel de Eva, pero es una seductora benigna, que no lleva a Enkidu al conocimiento de un bien y un mal polarizados, sino al conocimiento del esplendor de la sexualidad, de la comprensión íntima de lo que es una mujer y de la conciencia de sí del ser humano. En este jardín no hay serpiente ni una divinidad angustiada que anuncia prohibiciones y castigos. Una vez más, la economía del poeta es soberbia. Los siete días de relaciones sexuales se describen en los términos más sencillos; comprimidos en siete líneas constituyen una epopeya de iniciación sexual. Enkidu, en su inocencia y confianza, sigue los mandatos de su pene y descubre en sí mismo una potencia elemental, un estado de erección perpetua. Por lo que respecta a Shamhat, por atemorizada que pueda sentirse a medida que se le acerca aquella enorme criatura peluda, la acoge amorosamente y la mantiene junto a sí durante siete días —proeza que es cuando menos igual que cualquier otra de las ostentosas hazañas masculinas que aparecen posteriormente en el poema—.

> Empleó sus artes amatorias, se apoderó de su aliento con sus besos, no se reprimió en absoluto y le enseñó lo que es una mujer. Durante siete días permaneció erecto y yació con ella[28].

No hay rastro de conciencia puritana en la cultura de este poema: el sexo se considera un acto civilizador más que como algo peligroso para el orden social. Nos gustaría saber con exactitud en qué consistían las artes amatorias de una

sacerdotisa babilonia, pero eso es algo que el poeta también deja a la imaginación. Cualesquiera que sean los detalles gráficos, es obvio que Shamhat desempeña bien su trabajo. Experta y enormemente generosa, Shamhat justifica plenamente la confianza que Gilgamesh deposita en ella.

Al cabo de los siete días, cuando ya ha tenido suficiente sexo ininterrumpido, Enkidu intenta reunirse de nuevo con los animales, pero estos huyen a toda prisa, como el cervato que encuentra Alicia[29] en el bosque donde las cosas carecen de nombre. Enkidu ya no posee la mente inconsciente de un animal ni la fuerza vital que tenía como hijo de la naturaleza. Ha perdido algo, pero no el paraíso. De hecho, Enkidu está a punto de entrar en otra clase de paraíso: la civilización, la ciudad donde cada día es una fiesta. De vuelta con Shamhat, se da cuenta de que, aunque ya no puede correr como un animal, ha adquirido algo que compensa sobradamente sus poderes perdidos. Al conocer sexual-mente a Shamhat, su mente se ha ampliado, ha comenzado a conocerse a sí mismo. Se sienta a los pies de Shamhat y, mientras escucha, descubre que puede comprender el lenguaje humano. También descubre por sí mismo lo que Dios reflexiona acerca de Adán en el Génesis, que «no es bueno que el hombre esté solo»[30]. En este anhelo de un verdadero amigo, Enkidu intuye la razón por la que fue creado.

Shamhat no sólo inicia a Enkidu en la conciencia de sí entre sus muslos civilizadores; le invita a Uruk, le proporciona vestiduras y le enseña a comer alimentos humanos en la cabaña de unos pastores que viven cerca de allí. Shamhat actúa como una madre paciente y amorosa que lo guía a través de este rito de paso. La escena en la mesa de los pastores es hilarante y conmovedora al mismo tiempo, con su conciencia libre de vergüenza de que la

iniciación a la humanidad significa saber en qué consiste ser sexual, estar ebrio y sentirse limpio.

> Lo llevaron hasta su mesa y pusieron frente a él pan y cerveza. Enkidu se sentó y se quedó mirando. Nunca había visto la comida de los hombres, no sabía qué hacer. Dijo entonces Shamhat: «Adelante, Enkidu. Esto es comida, es lo que nosotros, los humanos, comemos y bebemos». Probó el pan con cautela. Comió luego un pedazo, comió toda una rebanada, luego otra, comió hasta saciarse, bebió siete jarras de cerveza, su corazón se aligeró, su rostro se encendió y cantó con alegría. Se cortó el pelo, se lavó, se ungió la piel con delicado aceite, y se volvió completamente humano.

Tenemos otros tres fugaces destellos de Shamhat: cuando ella y Enkidu hacen de nuevo el amor, cuando satisface humildemente la petición que este le hace y, finalmente, cuando le acompaña a Uruk. Entonces, tras haber completado su misión, desaparece[31].

EL DESAFÍO

Uruk, la ciudad de las grandes murallas, de los jardines, los templos y las plazas públicas, es el paraíso de la descripción de Shamhat, pero también es un lugar de sufrimiento, donde el pueblo llora angustiado a causa de la tiranía de Gilgamesh. Ambas realidades coexisten, y aparecen de acuerdo con la percepción de cada uno, igual que la luz es tanto una partícula como una onda: todo depende de cómo nos aproximemos a la ciudad. Cuando Shamhat invita a Enkidu a Uruk, le sugiere que se aproxime con ojos de aprecio, que se presente ante Gilgamesh y «contemple admirado» su magnificencia. Pero Enkidu no

está preparado para esto. Necesita acercarse a él viéndole como un tirano y un adversario.

De hecho, Shamhat presenta a Gilgamesh como un tirano la primera vez que lo menciona, sin el menor indicio del panegírico que vendrá a continuación:

> Déjame llevarte a la bien murada Uruk, al templo de Ishtar, al palacio del poderoso rey Gilgamesh, quien en su arrogancia oprime al pueblo, atropellándolo como un toro salvaje.

La respuesta de Enkidu es sorprendente. No se le ponen los pelos de punta ni se le muda el color de la cara de ira, como le pasa posteriormente cuando escucha el presunto derecho de Gilgamesh de dormir con cualquier virgen a punto de casarse. Enkidu intuye algo en Gilgamesh más allá de su fuerza bruta y de su crueldad. Su anhelo es un reconocimiento que sale a la superficie de su conciencia, un reconocimiento, antes de los hechos, de que por muy injusto que pueda ser Gilgamesh, ambos se dan sentido mutuamente.

> En el fondo de su corazón sintió conmoverse algo, un anhelo no conocido hasta entonces, el anhelo de un verdadero amigo[32].

Pero pasa inmediatamente de este silencio conmovedor, introspectivo, a una actitud agresiva que iguala a Gilgamesh en arrogancia. «Lo desafiaré», dice Enkidu.

> «Le gritaré en el rostro: "¡*Yo* soy el más poderoso! ¡*Yo* soy quien puede hacer temblar el mundo! ¡*Yo* soy supremo!"».

Si un gorila joven y fuerte tuviera la capacidad de hablar, eso es lo que gritaría al macho alfa con su harén de esposas. El desafío es conmovedor por su primitivismo. No aparecen aquí la sutileza y la elocuencia homéricas, tan sólo

testosterona verbalizada. *¿Otro héroe? ¡Lucharé con él!* Enkidu necesita ponerse a prueba, entrar en la civilización con una susceptibilidad del tamaño de un cedro. Shamhat, hablándole como su maestra, sugiere que se acerque a Gilgamesh desde una perspectiva diferente.

> Te mostraré a Gilgamesh, rey poderoso, el héroe destinado a la alegría y al dolor. Te pondrás delante de él y lo contemplarás admirado, verás cuán bello, cuán viril es, cómo su cuerpo rebosa potencia sexual. Él es incluso más alto y fuerte que tú, tan lleno de vida que no necesita dormir. Olvida tu arrebato, Enkidu.

Pero Enkidu no atiende a razones. Nada puede apartarle de su estilo de desafío masculino.

El impulso concreto que motiva el viaje a Uruk procede de la boca de un joven que pasa por delante de Enkidu y Shamhat mientras están haciendo de nuevo el amor. El joven va de camino a Uruk para una boda en la que va a servir el banquete. La curiosidad de Enkidu se despierta más rápidamente que su pasión; interrumpe el coito y envía a Shamhat a que haga averiguaciones. El joven describe lo que ocurrirá al final de la ceremonia:

> El sacerdote bendecirá a la joven pareja, los invitados se regocijarán, el novio se retirará y la virgen aguardará en el lecho nupcial a Gilgamesh, rey de la bien murada Uruk[33]. Pues él es quien yace primero con la esposa[34]. Una vez él lo ha hecho, lo puede hacer el novio. Este es el orden que los dioses han decretado. Desde el momento en que cortaron el cordón umbilical del rey, el himen de todas las jóvenes le ha pertenecido.

«Al oír estas palabras», leemos, «el rostro de Enkidu empalideció de cólera», pero no se nos dice por qué se enfada. ¿Se trata de la furia indiscriminada de un joven desafiante? ¿De una escandalización moral ante el *ius primae noctis* de Gilgamesh? Si es así, ¿acaso no ha

entendido que es un acto ritual autorizado por los dioses? ¿Está autorizado por los dioses, como dice el joven, o es una afirmación propagandística inventada por un tirano depredador sexual? (Sabemos que los dioses han enviado a Enkidu para equilibrar la opresión de Gilgamesh, pero desconocemos la naturaleza precisa de esa opresión. Es muy posible que Gilgamesh, como encarnación de un principio masculino divino, tenga derecho a yacer con cualquier novia en su noche de bodas, pero que se esté apropiando también de otras jóvenes. También es posible, como piensan algunos estudiosos[35], que la opresión no tenga nada que ver con el sexo, y que Gilgamesh, un superdeportista, haya estado agotando a los hombres en certámenes atléticos y que las mujeres estén agotadas de cuidarlos). Finalmente, si la información del joven es exacta y si Enkidu lo ha comprendido correctamente, ¿se está rebelando contra el orden divino? ¿O bien acepta el orden divino y sencillamente quiere sustituir a Gilgamesh como el semental que planta su semilla en las vírgenes de Uruk? Simplemente, no lo sabemos.

Esta ignorancia es interesante para nuestra posición como lectores. (Será todavía más interesante en el episodio de la matanza del monstruo en los Libros III a V). Una de sus consecuencias es que no tomamos partido. Sí, Gilgamesh es un tirano, pero también es magnífico. Sí, se une con una mujer casada, pero esta aparente predación sexual podría ser parte del orden divino de las cosas, y oponerse a ello no es necesariamente virtuoso. Cada razón negativa se contrarresta con otra positiva. Por supuesto, desde otra perspectiva, está claro que todo el mundo de Uruk está desequilibrado debido a los maniacos excesos de Gilgamesh y que Enkidu ha sido creado para restaurar ese equilibrio. Está igualmente claro que la confrontación entre los dos

héroes no va a ser una lucha entre el bien y el mal. Aquí hay demasiadas ambigüedades para que la mente pueda situarse en una posición de certeza moral. Lo que nos deja con la emoción en bruto de la ira de Enkidu, que, inexplicada y carente de interpretación, sirve para llevarlo desde las cabañas de los pastores hasta la gran ciudad. Cuando Enkidu entra en Uruk, es acosado como una celebridad. Podía ser gigantesco, podía haber sido un salvaje en otro tiempo, pero ahora es plenamente humano, y, al reconocer su inocencia, la gente no teme acercarse a él, al revés de lo que le había ocurrido al trampero. La muchedumbre lo trata con una mezcla de temor reverencial y ternura, admirando su enorme cuerpo y besando sus enormes pies como si fuesen madres chochas que besaran las regordetas carnes de un bebé. Enkidu se abre camino hasta la casa nupcial y se planta, inamovible, delante de la puerta.

Cuando llega Gilgamesh, los dos héroes se agarran, entrechocan sus cabezas como toros salvajes y se zarandean por las calles, golpeándose contra los muros y haciendo que las casas tiemblen. La confrontación no podría ser más primaria, reducida al elemento del orgullo masculino. La ira de Enkidu no viene al caso. No hay principios que defender, no hay justificaciones ni contrajustificaciones. La batalla es tan tonta como una pelea de colegiales, y sin embargo hay en ella algo bello por su energía. También hay un elemento profundamente erótico. No se trata de una lucha a muerte, como en la *Ilíada* o en *Beowulf*. Es una lucha al final de la cual los dos hombres podrán decir a su oponente «Ahora te conozco», o incluso (como dijo Jacob al ángel[36]), «no te dejaré ir a menos que me bendigas». Es una entrada en la intimidad, y está tan cerca de la relación sexual como de la violencia.

El poema está cerca de afirmar que la relación entre Gilgamesh y Enkidu es homosexual (en la Tablilla XII, un poema independiente añadido a la epopeya, la sexualidad genital es explícita[37]). Pero está claro que el elemento homoerótico de su unión es muy fuerte. Incluso antes de conocer a Enkidu durante el combate, Gilgamesh sueña con él en una imagen de gran ternura física. Un bloque de piedra que representa a Enkidu[38] cae del cielo; al principio es demasiado pesado para moverlo, luego se convierte en el amado en sus brazos, una piedra convirtiéndose en carne caliente a través del poder de la metáfora. Al interpretar el sueño, la madre de Gilgamesh dice que así es como ocurrirá, que el bloque de piedra

> representa a un amigo amado, un poderoso héroe. Lo tomarás en tus brazos, lo abrazarás y lo acariciarás como un hombre acaricia a su esposa.

Ambos hombres van a percibir su amistad como una especie de matrimonio, de manera que podrían decir, igual que David a Jonatán: «Tu amor por mí es maravilloso, superior al amor de las mujeres»[39].

Tras el combate, Enkidu no se escabulle ni ofrece su cuello como un animal derrotado por el macho alfa; en un discurso de la más hermosa y digna humildad, reconoce a Gilgamesh como el combatiente superior, el ser humano superior. De hecho, lo ve con los ojos de aprecio, contemplándolo admirado, tal como le había aconsejado Shamhat.

> Gilgamesh, eres único entre los hombres. Tu madre, la diosa Ninsun, te hizo más fuerte y valiente que cualquier mortal, y con justicia te otorgó Enlil[40] la realeza, pues es tu destino gobernar sobre los hombres.

Gilgamesh, como vencedor, no siente la necesidad de mostrar ningún aprecio recíproco hacia Enkidu, pero sabe que lo que soñó al final del libro primero se ha hecho realidad. Ha aparecido el amigo querido y héroe poderoso, el tanto tiempo esperado compañero de su corazón, el hombre que permanecerá a su lado frente a los mayores peligros. La lucha ha terminado y no queda ni rastro de furia, resentimiento o competitividad. Como David y Jonatán, cada uno ama al otro como a su propia alma[41].

UN MONSTRUO EN CASA

Así pues, entre Gilgamesh y Enkidu nace una verdadera amistad. Ahora, puesto que los dos héroes «se equilibran perfectamente el uno al otro», Uruk puede disfrutar de paz. Ahora el hijo puede volver a su padre, la hija a su madre y la vida de la gran ciudad puede continuar con toda su vitalidad, sin asomo de opresión que haga gemir al pueblo. Las dos realidades pueden fundirse en la entusiasta visión de Shamhat de una sociedad verdaderamente civilizada y festiva, con colores brillantes, galas, música, sonrientes sacerdotisas-cortesanas y deseo satisfecho. Los dioses están en su cielo y, por un momento, todo está en orden en el mundo.

La transición al siguiente episodio —el viaje al Bosque de los Cedros y la muerte del monstruo Humbaba— es fragmentaria y oscura. No se nos informa sobre cuánto tiempo permanecieron Gilgamesh y Enkidu en Uruk profundizando en su amistad; no sabemos qué hicieron durante esas semanas o meses. ¿Cómo pasan el tiempo libre

los gigantes jóvenes y fuertes? No es ese un tema que interese en el poema, pero resulta fácil imaginar una interminable parranda de comilonas y cerveza, lucha, natación, polo, quizás enfrentamientos contra toros; a Gilgamesh enseñando amablemente a su amigo todos los nuevos bailes y canciones, excursiones diarias al templo del Eanna para hacer el amor con las más bellas de las jóvenes sacerdotisas (Shamhat incluida) y —puesto que los reyes de la antigua Babilonia se jactaban[42] de ser cultos además de guerreros y atletas— visitas diarias a la biblioteca real, donde Enkidu puede recibir clases elementales de cuneiforme.

Sin embargo, de forma inesperada Gilgamesh anuncia que es tiempo de partir de Uruk y comenzar la fatal aventura que proporciona el marco del resto de la epopeya: un ascenso a una dudosa victoria, seguido por una zambullida en la muerte, en un dolor inconsolable, y la vana búsqueda de la inmortalidad. «Ahora hemos de emprender viaje hacia el Bosque de los Cedros», dice Gilgamesh,

> «donde vive el feroz monstruo Humbaba. Debemos matarlo y extirpar el mal del mundo»[43].

Desde nuestro año 2004, no podemos dejar de escuchar esta afirmación de un antiguo rey de Mesopotamia como un sobrecogedor contrapunto de la reciente invasión americana de Iraq. Desde esta perspectiva, la acción de Gilgamesh es el ataque preventivo original. Los lectores antiguos, al igual que muchos americanos de hoy en día, la hubiesen considerado incuestionablemente heroica. Pero el poema es más sabio que la cultura de la que surgió. Complica maravillosamente las ostensibles certezas morales y, una

vez más, cuando miramos más de cerca, la mente no halla terreno firme sobre el que asentarse.

¿Qué empuja a Gilgamesh a marchar a esta aventura? ¿Por qué debía matar al monstruo? En un primer momento, todo lo que escuchamos es el repentino anuncio. Como auditorio de una gran historia, no necesitamos más motivación. Al fin y al cabo, eso es lo que hacen los héroes, matar monstruos. En este sentido, la motivación es más literaria que psicológica. El relato, no el personaje, es el destino.

Pero un poco más adelante el poeta nos ofrece una motivación[44] para la decisión de marchar al Bosque de los Cedros. Lo que Gilgamesh quiere es fama, como explica a Enkidu en un apasionado discurso:

> Nosotros no somos dioses, no podemos ascender al cielo. No, somos hombres mortales. Sólo los dioses viven por siempre. Nuestros días son pocos en número, y cualquier cosa que hagamos es un soplo de viento. ¿Por qué temer, pues, si más tarde o más temprano la muerte ha de llegar? [...] cortaré ese árbol, mataré a Humbaba, haré perdurable mi nombre, para siempre grabaré mi fama en la memoria de los hombres.

Es obvio que Gilgamesh se considera completamente humano y que, para él, «dos tercios divino» no es más que un cumplido o una floritura retórica. Puede que su madre fuese una diosa, pero él es tan mortal como cualquier otro humano. Y cree que la única forma que tiene de trascender la muerte es hacer que su nombre sea eterno.

El deseo de fama se encuentra en el corazón de las tradiciones heroicas antiguas babilónica, griega y germánica. Se trata de una de las ilusiones más nobles y puede dar lugar a grandes manifestaciones artísticas[45] —además, como sabemos, de causar grandes estragos—. Hay algo muy humano, incluso muy atractivo, en toda esta actitud; la naturaleza humana no ha cambiado gran cosa

desde Gilgamesh —o Enkidu, con su «¡soy el más poderoso!»— hasta Cassius Clay. Pero ¿heroico? Resulta difícil tomarse en serio las fanfarronadas y las hazañas en comparación con las acciones de lo que todos consideraríamos auténticos héroes: aquellos que se enfrentan al dolor o la muerte por el bien de otros. El heroísmo diario anónimo de bomberos y policías hace que el deseo de «un nombre imperecedero» nos parezca bastante menos admirable de lo que lo parece haber sido en otras culturas. En cualquier caso, el poeta deja claro desde el principio que, por más que Gilgamesh crea que está actuando correctamente desde un punto de vista moral, él no quiere matar a Humbaba «y erradicar el mal del mundo» por el bien del pueblo, ni para aliviar el sufrimiento ni para ayudar a nadie, salvo a sí mismo.

A medida que el relato avanza, tenemos noticia de otra posible motivación: que Shamash, el dios sol, dios de justicia y protector especial de Gilgamesh, ha introducido esta decisión en su cabeza. Al menos, esta es la teoría de la madre de Gilgamesh, la diosa Ninsun (ni Gilgamesh ni Shamash la reconocen jamás). Según ella, toda la aventura es idea de Shamash y Gilgamesh sólo es un instrumento en sus manos, un guerrero en el combate de dios contra el mal. «Señor del cielo», dice Ninsun en su plegaria al dios sol,

> «tú has concedido a mi hijo belleza, fuerza y valor. ¿Por qué lo has cargado con un corazón incapaz de descanso? Ahora lo incitas a atacar al monstruo Humbaba, a realizar un largo viaje del que podría no regresar. Ya que ha resuelto marchar, protégelo hasta que llegue al Bosque de los Cedros, hasta que mate al monstruo Humbaba y extirpe del mundo el mal que tú detestas».

Aquí Ninsun, «la sabia, la omnisapiente», aparece retratada como una figura enteramente humana, ni más ni menos sabia que cualquier otra angustiada madre de carne y

hueso. Conoce bien a su hijo, y cuando menciona su «corazón incapaz de descanso», está refiriéndose a lo que guía a Gilgamesh a lo largo de toda la epopeya, tanto antes como después de la muerte de Enkidu. Sea cual sea el papel de Shamash en este proceso, podemos entender cómo el corazón incapaz de descanso de Gilgamesh le empuja de una forma tan poderosa como su ansia de fama. Psicológicamente, esta incapacidad de descanso no puede estar inspirada por el dios de la justicia; es lo contrario de la inspiración; en último término es desesperación. Se podría decir incluso que el ataque a Humbaba surge de lo que Pascal proclamó la causa de toda la infelicidad humana[46]: la incapacidad de estar tranquilamente sentado a solas en una habitación.

¿Tiene razón Ninsun en su teoría de que se trata de un combate del bien contra el mal? Todo en el poema habla en contra de ello. En realidad, el único mal del que se nos informa es del que Gilgamesh ha infligido a su propio pueblo; el único monstruo es el propio Gilgamesh[47]. Si tiene un enemigo real, es el egoísmo que surge de su propio corazón incapaz de descanso. Quizás Uruk esté ahora en paz, pero Gilgamesh no lo está. El desequilibrio moral sigue ahí; hasta donde sabemos, él sigue siendo incapaz de reconocer lo que ha hecho, incapaz de disculparse o de compensar a los jóvenes y muchachas a quienes ha aterrorizado.

Independientemente de lo que diga la madre de Gilgamesh, el poeta hace imposible que veamos a Humbaba como una amenaza para la seguridad de Uruk o como parte de un «eje del mal». A diferencia del Grendel de *Beowulf*, no se le considera enemigo de Dios; no hay en la cosmología del poeta un demonio o una fuerza metafísica negativa que sirva como instrumento de aquel. Que sepamos, no ha

hecho daño a un solo ser vivo[48]. En último extremo, nuestras simpatías estarían de su lado. Puede que sea feo y terrorífico, con su aliento que vomita fuego, su atronadora voz y sus terribles fauces, pero ser terrorífico es su trabajo. Se limita a quedarse en su lugar, ocupándose de sus asuntos y cumpliendo con su obligación, que es cuidar del Bosque de los Cedros y mantener alejados a los humanos. «Si algún mortal conoce las normas de mi bosque»[49], le dice más tarde a Enkidu,

> «eres tú. Sabes que este es mi lugar y que yo soy el guardián del bosque. Enlil me puso aquí para inspirar terror a los hombres, y protejo el bosque tal como ordena Enlil».

Igual que el precivilizado Enkidu, Humbaba es una figura de equilibrio y un defensor del ecosistema. (No estaría mal tener uno o dos monstruos que protegiesen nuestros parques nacionales de las empresas y otros depredadores).

Me encanta la forma en que el poeta ha situado moralmente su poema de manera que, tan pronto como nos sentimos tentados de adoptar una postura en relación con el bien y el mal, nos damos cuenta de que hay una posición contraria igualmente válida. Este mundo, igual que el nuestro, no es blanco y negro; al final no hay ningún sitio donde estar, ningún bando que tomar ni podemos aislarnos de la verdad. Sí, Humbaba es un monstruo; quizás es malvado, como dice Ninsun; incluso es posible que represente una amenaza para la ciudad, aunque en ningún momento se nos dice cómo. Pero en la misma medida, al menos, Humbaba tiene asignado su propio lugar en el orden divino de las cosas. Uno de los grandes dioses le ha ordenado específicamente ser monstruoso, porque se supone que los humanos no deben penetrar en el Bosque de los Cedros y talar sus árboles.

Parafraseando a Wallace Stevens[50], si ha de haber un monstruo en casa dejemos que sea uno que haga su trabajo sin mala intención. El problema de creer en monstruos malignos y en un dios (o Dios) que odia el mal es que divide el universo en dos, nos separa de al menos la mitad de la creación y acaba conduciendo al mundo claustrofóbico y obsesionado con un destino funesto de las sagas heroicas germánicas, por idealistas que puedan ser. «La lucha entre el bien y el mal / es la principal enfermedad de la mente», escribió el maestro zen del siglo VI Seng-ts'an[51], que sabía de qué hablaba. Es demasiado sencillo vernos luchando en el bando de Dios, identificar nuestra ideología con lo que es lo mejor para el mundo y utilizarla para justificar cruzadas, pogromos o ataques preventivos. Proyectar el mal hacia el mundo hace que yo esté en posesión de la razón irrefutable, una posición tan peligrosa en la política como en el matrimonio.

Gran parte del Libro III presenta la forma de un debate: entre Gilgamesh y Enkidu, más tarde entre Gilgamesh y los ancianos de Uruk. Es un debate entre la valentía (o la temeridad) y la prudencia. La posición de Gilgamesh es que debe emprender ese viaje para alcanzar la fama imperecedera. Enkidu señala primero que el Bosque de los Cedros está prohibido a los humanos y que Humbaba ha sido colocado allí por el propio Enlil para inspirar terror en los hombres. Después, empleando las mismas palabras que proferirán luego los ancianos, dice que, en cualquier caso, el viaje es demasiado peligroso y Humbaba demasiado poderoso. Los argumentos no son sutiles y no varían. Gilgamesh zanja el debate marchándose. Al fin y al cabo, es el rey y puede hacer lo que le plazca; y lo que le place ahora es encargar nuevas armas a la fragua. Al final del episodio, Enkidu y toda la ciudad lo apoyan. Los ancianos ofrecen su

geriátrico y prudente consejo. Los jóvenes vitorean. Los héroes parten.

Caminan hacia el este, en marchas de tres días, a razón de más de unos cuatrocientos ochenta kilómetros al día (lo que no representa un gran esfuerzo para alguien como Gilgamesh, cuyas piernas, según un pasaje fragmentario[52], medían casi tres metros). Cada marcha se describe exactamente de la misma manera; la repetición crea una sensación de tiempo ampliado, un cambio desde el tiempo ordinario de la ciudad al tiempo mitológico. Cada marcha culmina en el ritual del sueño, que se describe con las mismas y concisas líneas visualizadas. Los sueños de Gilgamesh varían en sus detalles, pero son básicamente el mismo sueño ominoso o casi ominoso. Enkidu, mediante el método conocido como «de inversión de valores»[53], los interpreta como presagios que auguran la victoria. Y aunque su interpretación es correcta para la batalla próxima contra Humbaba, hay otro sentido en el que los sueños deben ser tomados en su verdadero aspecto, sin inversión, como ocurre con los otros sueños de la epopeya. Un desastre se cierne, en efecto, aunque aplazado en el tiempo. Paradójicamente, implica la muerte del intérprete del sueño, una muerte que es una consecuencia directa, por orden divina, de la muerte de Humbaba. Un intérprete más literal podría aconsejar a Gilgamesh que regresara, por más agresivo que se muestre Shamash al instarle a atacar.

Dentro del Bosque de los Cedros, Gilgamesh y Enkidu son cada uno a su vez presa del terror y reciben ánimos del otro. A diferencia de los imperturbables valientes[54] de las leyendas germánicas, como Beowulf y Sigfrido, para un héroe babilonio no era una deshonra sentir miedo. Gilgamesh no sólo puede tener miedo ante la visión del monstruo, sino que también puede expresarlo. No echa a

correr como el gran Héctor cuando huye aterrorizado de Aquiles al pie de las murallas de Troya, pero se queda paralizado. Enkidu, que anteriormente se había mostrado remiso a avanzar, insta ahora a Gilgamesh a no retroceder y se encaminan a la guarida del monstruo.

El combate dura poco. Humbaba está a punto de vencer a los dos héroes cuando Shamash envía unos poderosos vientos que lo sujetan y lo paralizan. Esta intervención divina podría parecemos bastante alejada del juego limpio, pero un mundo en el que los dioses toman partido no es una meritocracia.

Con Gilgamesh encima de él, y con un puñal contra su garganta, Humbaba pide clemencia a los dos héroes. Estos pasajes resultan cómicos y conmovedores a la vez: cómicos en la desproporción entre las anteriores amenazas del monstruo y su presente estado de abatimiento, y conmovedores por lo humilde y razonable de su petición. Es un momento extraordinario (pensemos cuán imposible resultaría en *Beowulf* que un monstruo hiciese alusión al concepto de piedad o incluso que un héroe lo tuviera en consideración). No podemos evitar sentir un impulso de simpatía por el derrotado Humbaba.

Gilgamesh duda. No se nos dice por qué, pero es probable que, igual que le ocurre a su predecesor en el poema sumerio «Gilgamesh y Huwawa»[55], «el noble corazón de Gilgamesh se apiadara» del monstruo. Enkidu, por el contrario, no tiene dudas. Por tres veces diferentes anima a su amigo a acabar con la vida del guardián del Bosque de los Cedros, a pesar de que es consciente de que matarlo[56] no sólo enojará a Enlil, sino también a su propio protector, Shamash. (Así pues, parece que Ninsun, «la sabia, la omnipresente», estaba en lo falso cuando opinaba que

Humbaba era un ser malvado al que Shamash deseaba ver destruido. Derrotado, sí; destruido, no).

> «Amigo querido, rápido, antes de que transcurra más tiempo, mata a Humbaba, no escuches sus palabras, no dudes, sacrifícalo, córtale la garganta antes de que el gran dios Enlil pueda detenernos, antes de que los grandes dioses puedan enojarse, Enlil en Nippur, Shamash en Larsa. Gana tu fama de manera que por siempre los hombres hablen del valeroso Gilgamesh que dio muerte a Humbaba en el Bosque de los Cedros».

Al parecer, Enkidu ha sido completamente poseído por el *ethos* guerrero de Gilgamesh, en el que el deseo de fama prevalece sobre cualquier otra consideración. Cierto, quiere forjar la fama de su amigo, no la suya. Pero, por muy generoso que sea, este amor sigue siendo un *égoïsme à deux*; sencillamente, ha sustituido *¡soy el más poderoso!*, por *¡eres el más poderoso!* Y en su indiferencia ante la piedad, la prudencia y la jerarquía cósmica, provoca el desastre.

No debemos esperar que Gilgamesh y Enkidu conozcan el principio de que toda acción tiene un efecto (como héroes, tienen que ser fuertes y valientes, no perspicaces). Pero el poeta, como veremos, sí es consciente de ello; es demasiado inteligente para ignorar que las expediciones para matar monstruos, incluso las mejor intencionadas, tienen consecuencias imprevistas y potencialmente desastrosas. Enkidu es moralmente responsable por convencer a su amigo de que no respete la vida del monstruo; por tanto, su propia vida se convierte en moneda de cambio. Cuando Gilgamesh mata a Humbaba, cuenta el poeta, una suave lluvia cae sobre las montañas, como si los cielos estuvieran llorando las consecuencias de aquel acto.

LA HUMILLACIÓN DE LA DIOSA

Casi todos los personajes femeninos del *Gilgamesh* —Shamhat, Ninsun, Shiduri y la esposa de Utnapishtim— aparecen retratados como seres admirables: inteligentes, generosos, compasivos. La única excepción es Ishtar, diosa del amor y divinidad tutelar de Uruk. En el realmente peculiar y estimulante Libro VI, es rechazada, insultada, amenazada y humillada tanto por Gilgamesh como por Enkidu. Esto es sorprendente en un poema que menciona su templo con reverencia y en el que una de sus sacerdotisas es un personaje central en el drama inicial. Resulta todavía más sorprendente a la vista de la milenaria presencia de la diosa en la cultura mesopotámica: los sumerios la conocían como Inanna, la Reina del Cielo, y «en los mitos, epopeyas e himnos representaba un papel mayor[57] que el de cualquier otra divinidad, masculina o femenina». Cualquiera que haya leído primero el hermoso, tierno y maravillosamente erótico ciclo de canciones[58] denominado «El cortejo de Inanna y Dumuzi», probablemente se sentirá atónito ante el vil trato que Ishtar recibe por parte del poeta del *Gilgamesh*.

Pero la amada diosa que llevó la cultura y la fertilidad a su pueblo de Sumer tiene otra cara. Es también la diosa de la guerra, y puede ser egoísta, arbitraria y brutal. En el poema sumerio «El descenso de Inanna», «ata el ojo de la muerte» a su marido, Dumuzi (Tammuz), y ordena que dos tenaces demonios lo arrastren al infierno. En un poema menos conocido llamado «Inanna y Ebih», que comienza con una invocación a la «diosa de los terribles poderes, vestida

de terror, empapada de sangre»[59], destruye toda una cadena montañosa porque no le muestra suficiente respeto. La literatura sumeria proporciona otros ejemplos de su crueldad.

Es un misterio por qué el poeta del *Gilgamesh* escogió concentrarse exclusivamente en la cara oscura de Ishtar en el Libro VI y retratar a sus héroes en una actitud tan despreciativa. Ningún erudito ha ofrecido una explicación adecuada sobre cualesquiera que fuesen las fuerzas culturales que operaran detrás de este episodio. ¿Es sintomático de un movimiento religioso, primero entre los sumerios[60] y posteriormente entre los babilonios, para sustituirla por una divinidad masculina? Pero, en ese caso, ¿por qué se trata a sus sacerdotes con tanto respeto? ¿Y cómo podemos explicar la irreverencia del poeta hacia los dioses en general, a los que más tarde compara con perros y moscas[61]? Simplemente no lo sabemos. Lo único que podemos hacer es disfrutar del episodio y ver cómo encaja dentro del poema como un todo.

Las cosas comienzan de una forma bastante tranquila. Gilgamesh, tras regresar del Bosque de los Cedros, se lava y se viste con sus magníficos ropajes regios. Su aspecto es impresionante. Ishtar lo ve y se enamora o se encapricha de él. En un discurso que parece atrevido o sincero, dependiendo del sesgo cultural de cada uno, le hace proposiciones deshonestas, ofreciéndole una serie de regalos fabulosos a cambio tan sólo de que acceda a ser su amante.

En un primer momento, el rechazo de Gilgamesh es educado, incluso diplomático. Pero pronto se transforma en una serie de insultos metafóricos, todos ellos orientados a acusar a Ishtar de dañar precisamente a aquella persona de la que debería cuidar. A continuación, menciona seis

famosas relaciones amorosas de Ishtar —con Tammuz, luego con la Carraca de brillantes colores, con el León, con el Semental, con el Pastor y con el Jardinero Ishullanu (su gusto por los amantes trasciende las especies, es omnisexual)—, todos ellos *affaires* de viuda negra en los que se volvió contra su amante y lo hirió. Gilgamesh concluye diciendo que suponiendo que aceptara su proposición, lo trataría de forma tan cruel como había tratado a los demás.

Es un discurso especialmente vivo, el más extenso del poema a excepción del relato que Utnapishtim hace sobre el Diluvio. Al leerlo, quedamos atrapados en la pura energía de los insultos. Es como una danza tribal en la que las filas de los jóvenes y de las doncellas avanzan por turno y se lanzan pullas rituales unos a otros. El clímax del discurso, el catálogo de amantes, son unas *Metamorfosis* en miniatura en las que Ishtar anticipa a Circe y que van de desastre en desastre, no sólo con la satisfacción propia del abogado que ofrece pruebas de su argumento, sino también con el deleite de un cuentista. Aparte de su relación con Tammuz, desconocemos los mitos a los que se refiere el poeta (no se han conservado ni en la literatura sumeria ni en la acadia); para los lectores modernos, esta circunstancia confiere al pasaje una cierta gracia, como si estuviéramos escuchando por casualidad historias íntimas de gente que no conocemos.

¿Es inadecuada la respuesta de Gilgamesh? ¿Es la reacción de un macho asustado ante una mujer que toma la iniciativa sexual? Es posible, aunque resultaría extraño en un poema que celebra a un personaje como Shamhat. Pero por «El descenso de Inanna» mencionado antes, podemos estar seguros de que, al menos en uno de los seis ejemplos, Gilgamesh nos está ofreciendo una información precisa. Acostarse con Ishtar puede resultar peligroso para la salud. Y

cuando presenciamos su violenta respuesta ante el rechazo, tendemos a pensar que Gilgamesh ha sido muy juicioso al negarse.

La siguiente escena es un retrato de Ishtar como una niña mimada asesina. Rompe a llorar de rabia y frustración, acude a Anu, padre de los dioses, y tiene una rabieta hasta que este le presta el Toro Celeste para que mate a Gilgamesh y destruya su palacio. Como mujer despechada, Ishtar no sólo se muestra irritable y vengativa; es un auténtico monstruo, deseosa de sacrificar a cientos de personas a costa de su venganza.

Pero Enkidu y Gilgamesh en seguida dan buena cuenta del gigantesco toro. No tienen miedo; no hay rastro de la angustia y vacilación del episodio de Hum-baba. Ni siquiera hay sensación de peligro, a pesar de los dos primeros bramidos que resultan demoledores para los guerreros. La acción es rápida, el humor tosco, y la muerte del toro no parece tanto un combate como un deporte. En la gracia de sus movimientos, es como el más o menos contemporáneo fresco del salto del toro[62] del palacio de Cnossos en Creta, en el que un atleta ha saltado por encima de los cuernos de un toro y, asiendo sus lomos con los brazos y las piernas colgando por encima de la cabeza, está a punto de dar un salto mortal aterrizando de pie detrás del animal.

Ishtar llora de impotencia por su fracaso. De pie en lo alto de la muralla de la ciudad, grita:

> «Gilgamesh no sólo me calumnió; bestia de él, ha dado muerte a su propio castigo, el Toro Celeste».

Es divertido, pero se trata de ese incómodo humor que descansa sobre la humillación de un villano. (¿Cuántos de nosotros hoy en día disfrutamos con el ridículo y angustiado llanto de Shylock: «¡Mi hija! ¡Oh, mis ducados! ¡Oh, mi

hija!»?). Aun cuando la mala acabe de matar a trescientas personas, no apetece disfrutar con su dolor.

Sin embargo, Enkidu no es tan delicado:

> Cuando Enkidu escuchó estas palabras, rompió a reír, se agachó, arrancó uno de los muslos del Toro y lo arrojó al rostro de Ishtar. «¡Si te agarrara, haría lo mismo contigo, te haría trizas y colgaría de tus brazos las tripas del Toro!».

Una vez más, igual que en la muerte de Humbaba, Enkidu se muestra aquí como el más radical de los dos amigos. Por lo que respecta a la ética del héroe, se ha subido al carro de Gilgamesh hasta tal punto que este casi parece moderado en comparación. La catarata final de insultos, tan enérgica como sorprendente por su orgullo desmesurado y su carácter absolutamente ofensivo, resulta claramente peligrosa, especialmente si tu rival es una diosa. Lo que la hace extrañamente divertida es su combinación de inocencia y crueldad, en la que hay algo más que un parecido superficial entre Ishtar y los dos héroes.

Ese mismo día, más tarde, después del paseo triunfal, cuando Gilgamesh presume y se jacta de su victoria, nos recuerda a un atleta que no sólo gana y machaca a su oponente, sino que lo humilla:

> Decidme: ¿Quién es el más hermoso de los hombres? Decidme: ¿Quién es el más valiente de los héroes? Gilgamesh: él es el más hermoso de los hombres; Enkidu: él es el más valiente de los héroes. Somos nosotros quienes, encolerizados, arrojamos el muslo del Toro al rostro de Ishtar, y ahora, en las calles, no tiene quien la vengue.

Hay formas más inteligentes de volver a casa después de una muerte que sabes que ha encolerizado a los grandes dioses.

Si la tarea psicológica del héroe consiste en lograr el dominio de los monstruos internos matando a los externos,

Gilgamesh ha fracasado radicalmente. Matar a Humbaba y al Toro Celeste no le ha proporcionado un control mayor sobre sí mismo y su arrogancia. Es posible que la llegada de Enkidu haya significado para él cierto equilibrio; al menos ha dejado de oprimir a los ciudadanos de Uruk. Pero si los dioses esperaban que Enkidu trajese paz al rey y a la ciudad, estaban en un lamentable error. Gilgamesh tendrá que aprender cuáles son sus límites de otra manera.

Es obvio que el Libro VI es un episodio separado que podría omitirse sin que se interrumpiese la continuidad del hilo narrativo. Los héroes matan a Humbaba en el Libro V y sufren las consecuencias de este acto con la muerte de Enkidu al final del Libro VII Pero la progresión hacia la tragedia parecería demasiado abrupta sin el episodio de Ishtar. El Libro VI es un interludio cómico, como las obras satíricas que se representaban después de las tragedias griegas: obscenas, vulgares, animadas, irreverentes y bulliciosas, liberadoras de todas las energías que muy pronto se volverán reconcentradas y sombrías.

MUERTE Y PARTIDA

De repente, Enkidu tiene dos sueños acerca de la muerte. El segundo nos ofrece una imagen maravillosamente gráfica de cómo los antiguos mesopotámicos imaginaban a los muertos, sentados en la negra oscuridad, vestidos «con ropajes con plumas como los pájaros». Nadie puede burlarse de los grandes dioses, y el asesinato de Humbaba tendrá funestas consecuencias[63]. Gilgamesh, derramando lágrimas, considera absurdo el primer sueño y lleva a cabo

un débil intento por interpretar el segundo como un presagio favorable. Pero los dos amigos saben que Enkidu está condenado. Y efectivamente, tal como anunciaban sus sueños, cae mortalmente enfermo.

A la mañana siguiente, Enkidu maldice al trampero, y después a Shamhat, por haberle sacado del bosque. (Nunca se le pasa por la cabeza maldecir también a su amado Gilgamesh, a pesar de que fue idea suya). El discurso refleja la impotencia de Enkidu ante la conciencia de la muerte y parte de su poder reside en derribar todos los diques del ego vengativo y culpabilizador. «Que los perros salvajes se instalen en tu dormitorio», dice Enkidu,

> «que las lechuzas aniden en tu sobrado, que los borrachos te vomiten encima, que la pared de una taberna sea tu lugar de trabajo, que vayas vestida con andrajos y ropa interior mugrienta, que las esposas indignadas te demanden, que las espinas y las zarzas derramen la sangre de tus pies, que los jóvenes se burlen de ti y la muchedumbre te escarnezca cuando pases por las calles».

El discurso no es sólo una diatriba; es también enormemente ilustrativo si lo pasamos del subjuntivo al indicativo: el retrato de la vida de una prostituta entrada en años, con su pobreza, su debilidad y sus humillaciones.

Shamash proporciona a Enkidu una visión más equilibrada que calma su «airado corazón». La civilización, señala el dios, ha sido para Enkidu algo tan paradisíaco como lo fue la vida salvaje. ¿Y no fue Shamhat quien dio a Enkidu su mayor alegría, su amistad con Gilgamesh? Enkidu lo reconoce y convierte su maldición contra Shamhat en bendición. «Que seas adorada por nobles y príncipes», dice; «que Ishtar te dé amantes generosos cuyos cofres rebosan de joyas y oro». En el intervalo entre la maldición y la bendición, Shamhat ha ascendido desde la más barata de las rameras hasta la más cara y estimada de las cortesanas,

una especie de Ninon de Lenclos babilonia. Curiosamente, tanto la maldición como la bendición imaginan a Shamhat como una prostituta (pobre o rica), más que como una sacerdotisa; parece que Enkidu no aprecie la diferencia. Es posible, por supuesto, que muchas sacerdotisas de Ishtar hubiesen preferido ser cortesanas adineradas. Pero para la verdadera devota el cambio difícilmente habría sido una bendición. La devoción por la diosa se encontraba en el centro de su vida y, en comparación, incluso el tipo de riqueza y halagos que obtiene una estrella de Hollywood hubiera carecido de sentido.

Tras doce días de agonía, Enkidu muere y deja a Gilgamesh solo con su dolor. Es un momento trágico en la epopeya, aunque las epopeyas no son necesariamente trágicas. Los poemas homéricos contienen tanto la tragedia de Aquiles como el romance de Ulises, con su final feliz (para él, no para los pretendientes ni para las jóvenes doncellas que son ahorcadas). Enkidu podría verse como un héroe trágico, expulsado del Edén al corrupto mundo de los humanos para sufrir una arbitraria sentencia de muerte por parte de los dioses. Por resignado que parezca a esta suerte, queda no obstante respecto a ella un regusto amargo. Podríamos achacar su causa a la caza del monstruo que emprende Gilgamesh, al igual que podríamos achacar a la tiranía de este la de su nacimiento. Pero lo más cierto es que Enkidu provocó su propia muerte al insistir a Gilgamesh para que diera muerte a Humbaba; si hubiera dejado vivir al monstruo, todo habría salido bien. El hecho de que ni Enkidu ni Gilgamesh en ningún momento se den cuenta de esto forma parte del patetismo de la situación.

El lamento de Gilgamesh al comienzo del Libro VIII constituye una de las más hermosas elegías de la literatura. En él, Gilgamesh pide tanto al mundo de la naturaleza como

al de la ciudad que se unan a él en su llanto por su amigo. Las frases sencillas, repetidas de su lamento son exquisitas en su aflicción.

> «Mi amigo amado está muerto, está muerto, mi hermano amado está muerto, lo lloraré mientras respire, sollozaré por él como una mujer que ha perdido a su único hijo»[64].

El dolor de Gilgamesh es demasiado intenso para penetrar en su comprensión. No hay forma, a pesar del primer sueño de Enkidu, de que pueda hacer una conexión causal entre la matanza de Humbaba y la muerte de Enkidu. Para él, los acontecimientos sencillamente han ocurrido, primero uno y después otro, y puede seguir presumiendo de su hazaña, inconsciente de que ha costado la vida a su amigo amado. Y en verdad la música de su pena es tan encantadora que, por el momento, ni siquiera queremos que lo comprenda.

> «Amigo amado, veloz semental, venado salvaje, leopardo que recorre el monte… Enkidu, amigo mío, veloz semental, venado salvaje, juntos cruzamos las montañas, juntos dimos muerte al Toro Celeste, matamos a Humbaba, que guardaba el Bosque de los Cedros».

En realidad, está en un trance de dolor: aun cuando pudiera comprender la razón de la muerte de Enkidu, eso no tendría la menor importancia; la mera existencia del hecho sofocaría cualquier otra consideración. Está tan abrumado por la visión del cuerpo sin vida de Enkidu que, tras una docena de líneas lamentando que su amigo ha muerto, todavía no ha encontrado un nombre para la muerte. Como el gran guerrero que es, ha visto y causado muchas muertes. Pero ahora, por primera vez, la muerte es una realidad íntima, y apenas puede reconocerla.

> «¡Oh, Enkidu! ¿Qué es este sueño que se ha apoderado de ti, que ha ensombrecido tu rostro y detenido tu respiración?».

Pese a que ha pasado toda la noche en vela llorando a Enkidu, no se permite a sí mismo saber qué ha ocurrido. Es como si nunca antes hubiera visto un cadáver. Reacciona como un niño pequeño, o como un animal que olisquea desconcertado el cuerpo muerto de su pareja. Todavía mantiene la esperanza de que Enkidu le responda. Cuando toca el corazón de Enkidu, parece sorprendido de que no siga latiendo.

A Gilgamesh todavía le lleva cierto tiempo reconocer finalmente que su amigo está muerto. Pero, incluso entonces, su primer gesto es convertir la muerte en una especie de matrimonio. No puede evitar tratar a Enkidu como si aún estuviera vivo y en peligro de muerte; después de representar el papel de novio desconsolado, se convierte en la madre ansiosa.

> Entonces, como el de una novia, cubrió con un velo el rostro de Enkidu. Semejante a un águila, Gilgamesh trazó círculos a su alrededor, no cesaba de acercarse y alejarse de él, como una leona cuyos cachorros han caído en una trampa, se arrancaba mechones de cabello, rasgaba sus magníficas vestiduras como si estuvieran malditas.

Por fin, todo concluye. Gilgamesh manda erigir una magnífica estatua votiva en honor de Enkidu; lleva a cabo todos los rituales necesarios para asegurarse de que los dioses del inframundo le darán la bienvenida y le ayudarán a «estar en paz y no sufre aflicción». Pero los gestos rituales, aunque meticulosos, parecen desesperados. En el mejor de los casos, Enkidu será una de aquellas pobres aves humanas devoradoras de polvo que habitan o se arrastran eternamente por la profunda oscuridad. Es un pobre consuelo. Y así, abandonando todos sus privilegios y responsabilidades, dimitiendo de sus funciones como rey y guerrero, y haciendo el camino inverso al que hiciera Enkidu

desde el salvajismo a la civilización, Gilgamesh se viste con una piel de animal y abandona Uruk.

Su marcha nos recuerda otra partida regia que tiene lugar miles de años después, en la leyenda de Buda. Al igual que Gilgamesh, Gautama, el futuro Despierto, queda paralizado por una visión de la vulnerabilidad humana y se siente empujado a abandonar su palacio y todas sus posesiones para buscar el secreto de la vida y la muerte. Sin embargo, el dolor de Gautama no es personal; él no ha perdido a un amigo amado, no ha perdido a nadie excepto a sí mismo, su propia identidad. Cuando, por primera vez en su protegida vida, ve la enfermedad, la vejez y la muerte, su única idea de lo que es ser humano, de qué es lo que le aguarda, se viene abajo, y se ve inmerso en una sucesión desesperada de preguntas. Su historia tiene un final más feliz que la de Gilgamesh: tras seis años de mortificaciones estériles, se sienta bajo el árbol Bodhi, decidido a no moverse hasta que no le llegue la muerte o el entendimiento, y al amanecer, cuando aparece la estrella de la mañana, despierta súbitamente del sueño del sufrimiento. «Cuando ves lo que no ha nacido[65], lo que no ha sido creado, lo que no ha sido condicionado», dirá tiempo después, «estás liberado de todo lo nacido, creado y condicionado».

También Gilgamesh se consume planteándose una pregunta acerca de la vida y la muerte. Pero su pregunta no viene dada por una profunda necesidad de comprender: la provoca el miedo. (Rilke denominó al *Gilgamesh* «la epopeya del temor a la muerte»[66]). El miedo es la otra cara del frío *ethos* guerrero, en la que la conciencia de la mortalidad motiva al héroe a forjarse su fama. «Nuestros días son pocos en número», había dicho Gilgamesh imperturbable. «¿Por qué temer, pues, / si más tarde o más

temprano la muerte ha de llegar?». En efecto, ¿por qué? Salvo que el terror aparece espontáneamente cuando vas en busca de un monstruo o en presencia de una pérdida abrumadora. El amor lo ha cambiado todo; ha convertido a Gilgamesh en un ser absolutamente vulnerable. Su anterior conciencia de la mortalidad resulta algo pálido y abstracto en comparación con la angustia que siente mientras vaga por el bosque.

> ¿También yo he de morir? ¿He de estar tan carente de vida como Enkidu? ¿Cómo puedo soportar esta angustia que anida en mi vientre, este temor a la muerte que me empuja sin cesar? Si al menos pudiera hallar al único hombre al que los dioses hicieron inmortal, le preguntaría cómo vencer a la muerte.

En su etapa anterior, heroica, Gilgamesh creía saber que sólo los dioses viven para siempre. Ahora, aterrorizado, ya no está seguro. Su primera pregunta —«¿También yo he de morir?»— no es retórica; en realidad ya no sabe cuál es la respuesta. Es la pregunta que hace un niño en el umbral de la conciencia adulta, un niño que por primera vez se enfrenta con el concepto de muerte. Cualquier niño, para *convertirse* en adulto, debe darse cuenta de que la respuesta a esa pregunta es sí. (Una vez que haya traspasado la puerta del «he de morir», puede más tarde, si su búsqueda de respuestas es suficientemente profunda, traspasar la puerta del «jamás nací»).

Gilgamesh quiere encontrar a la única excepción a la regla de mortalidad, su antepasado Utnapishtim, a quien se le garantizó la vida eterna y vive en algún lugar del extremo oriental del mundo. El hecho de que haya habido una excepción a la regla de mortalidad significa que puede haber una segunda excepción. Esta esperanza pospone la necesaria aceptación por parte de Gilgamesh, hasta un

momento en el que esté más preparado, menos herido por el dolor. Al igual que un millar de héroes posteriores de las narraciones populares y las historias Zen, parte en busca de un maestro que pueda darle sabiduría. En este aspecto, está condenado a sufrir un desengaño. La sabiduría no es un objeto; no puede asirse mediante las palabras, ni puede transmitirse. Pero hasta que Gilgamesh no complete su búsqueda, no será capaz de darse cuenta de su futilidad. «Esto de lo que hablamos jamás puede encontrarse buscando», dice el maestro sufí Abu Yazid al-Bistami[67], «y, sin embargo, sólo los que buscan lo encuentran».

El primer lugar al que sabemos que llega son los Montes Gemelos, dos altas montañas que dominan el túnel por el que se pone el sol para su nocturno viaje subterráneo y del que surge de nuevo por la mañana. Dos terribles monstruos del género llamado «hombres-escorpión» protegen el extremo oriental de este túnel, igual que Humbaba protegía el Bosque de los Cedros. Cuando Gilgamesh se recupera del pavor que le inspiran y se acerca a ellos (no piensa ya como un exterminador de monstruos), las criaturas resultan ser muy consideradas y le indican que para el camino que lleva hasta Utnapishtim pasa a través del túnel. A instancias de su compadecida esposa, el hombre-escorpión permite a Gilgamesh entrar en el túnel, advirtiéndole de que si no consigue alcanzar el extremo occidental antes de que entre el sol por él, se abrasará. Durante doce horas, sin parar, Gilgamesh corre a través de la más absoluta oscuridad, y sale justo cuando el sol se está poniendo. Se trata de una muerte y un renacimiento simbólicos, en los que Gilgamesh atraviesa la oscuridad de un inframundo y emerge en el deslumbrante jardín de los dioses, semejante a los de *Las mil y una noches*.

Pero en sus efectos no se trata de un renacimiento. Gilgamesh sigue siendo el mismo hombre violento y angustiado de siempre. De hecho, cuando se encuentra con la tabernera Shiduri[68], se muestra tan amenazante que esta corre al interior de su taberna y se encierra en ella. Gilgamesh intenta superar esta dificultad amenazando con tirar la puerta abajo. La fuerza es aún su reacción automática, la forma en la que responde al mundo.

Shiduri es un personaje extraño: una matrona, posiblemente una diosa, que elabora cerveza en una taberna en el confín del océano, al parecer para aquellos escasos clientes que pueden correr más que el sol. Siente miedo y curiosidad a la vez, y formula a Gilgamesh desde el tejado preguntas acerca de su aspecto y su destino que se repetirán posteriormente en el poema. Una vez más, Gilgamesh da rienda suelta a su elocuente dolor: «¿Cómo no habría de estar mi corazón lleno de dolor?», proclama a gritos;

> «A mi amigo, mi hermano, a quien tanto amaba, que me acompañaba frente a cualquier peligro, a Enkidu, mi hermano, a quien tanto amaba, que me acompañaba frente a cualquier peligro, el sino de todos los hombres lo ha derribado. Durante seis días no permití que lo sepultasen, pues pensaba: “Si mi dolor es suficientemente violento, quizás regrese a la vida”. Durante seis días y siete noches lo lloré, hasta que un gusano salió por su nariz. Entonces me asusté, se apoderó de mí el miedo a la muerte y salí a vagar por el monte. No puedo soportar lo que le ocurrió a mi amigo, no puedo soportar lo que le ocurrió a Enkidu, así que vago por el monte sumido en mi dolor. ¿Cómo puede hallar descanso mi mente? Mi amigo amado se ha convertido en arcilla, mi amado Enkidu se ha convertido en arcilla. ¿Y no me ocurrirá como a él, que me tumbaré en el polvo y no volveré a levantarme?».

Este discurso es tan cercano y conmovedor como su lamento del Libro VIII.

Shiduri lo envía hasta la siguiente etapa de su viaje, pero no sin antes obsequiarle con una deliciosa píldora de sabiduría convencional que no puede proporcionarle ningún bienestar terrenal. (Ningún consejo puede hacerlo. Se necesita llegar a la sabiduría por uno mismo).

> «Saborea tu alimento, haz de cada uno de tus días un placer, báñate y unge tu cuerpo de aceite, viste brillantes vestidos de reluciente limpieza, que la música y la danza inunden tu hogar, ama al niño que te coge de la mano y que tu esposa goce siempre en tu abrazo. Tal es la mejor forma que tiene un hombre de vivir».

Pero Gilgamesh es incapaz de disfrutar; debe perseverar hasta que encuentre a Utnapishtim. Shiduri le dice que el único hombre que puede ayudarle es Urshanabi, el barquero de Utnapishtim. Si Gilgamesh se lo pide, es posible que Urshanabi lo lleve a través del vasto océano en su barco, tripulado por los Hombres de Piedra, que son invulnerables a las Aguas de la Muerte.

En lugar de mostrarse cortés con el hombre del que ahora depende todo, Gilgamesh se conduce con la acostumbrada violencia contraproducente y sin sentido: ataca a Urshanabi y rompe en pedazos a los Hombres de Piedra. Sin embargo, y afortunadamente para él, Urshanabi es un individuo afable que se lo perdona todo y le propone un método alternativo para atravesar las Aguas de la Muerte, por medio de pértigas puntiagudas en lugar de los destrozados Hombres de Piedra. Navegan «sin detenerse, durante tres días y tres noches, la distancia de seis semanas para los hombres corrientes», atraviesan las Aguas de la Muerte y finalmente atracan en la orilla donde Utnapishtim aguarda. Gilgamesh aún no es consciente, pero se encuentra frente a frente con el hombre que constituye su última esperanza.

CUANDO NO HAY SALIDA, SIGUE EL CAMINO QUE ESTÁ FRENTE A TI

El arquetípico viaje del héroe se desarrolla por etapas: ser llamado a la acción, encontrar a un sabio o guía, atravesar el umbral que conduce al numinoso mundo de la aventura, superar varias pruebas, alcanzar la meta, derrotar a las fuerzas del mal y regresar al hogar. Conduce a una transformación espiritual final, un sentimiento de gratitud, humildad y reforzada confianza en la inteligencia del universo. Después de haber encontrado el tesoro, dado muerte al dragón, salvado a la princesa o haberse unido con la mente del sabio, el héroe puede regresar a la vida ordinaria en un estado de gracia que supone una bendición para él y para toda su comunidad. Ha sufrido. Ha triunfado. Está en paz.

Cuanto más intentamos encajar a Gilgamesh en el patrón de viaje arquetípico, más extraño, estrafalario y postmoderno nos parece. Se trata de la historia de búsqueda original. Pero es también una anti-búsqueda, puesto que socava desde el principio el mito de la búsqueda. Gilgamesh mata al monstruo, pero eso, a su vez, es una violación del orden divino de las cosas y provoca la muerte de su amigo amado. Viaja hasta los confines del mundo, encuentra a un hombre sabio, pero tampoco allí se produce una transformación. Utnapishtim le hace las mismas preguntas que anteriormente le hizo Shiduri[69] y Gilgamesh responde con los mismos llantos de angustia, después de lo cual Utnapishtim le ofrece otra píldora de sabiduría

convencional: palabras hermosas, pero tan inútiles para Gilgamesh como lo fueron las de Shiduri. ¿Qué hay de bueno en decir, como hace el tío poco inteligente que todos tenemos en la familia, que Gilgamesh debería darse cuenta de lo afortunado que es, que la vida es breve y que la muerte es el final? Es como todos los consejos bien intencionados que nos dicen que aceptemos las cosas tal como son. *No podemos* aceptar las cosas tal como son mientras pensemos que las cosas deberían ser de otra manera. Que nos digan cómo no creer lo que pensamos[70], y entonces puede que seamos capaces de oír.

En cualquier caso, tratándose de Utnapishtim, decir que la vida es breve resulta un poco falso. La vida *no es* breve, en su caso. Esa es la cuestión. ¿Por qué, si no, ha viajado Gilgamesh hasta los confines del mundo para verlo? El hombre desesperado, abatido por el dolor, que se presenta ante Utnapishtim se siente menos afortunado que el ser más simple frente al que, supuestamente, es tan superior. Quiere trascender la muerte, no aceptarla, y lo quiere ahora, no en algún futuro feliz. No hay consuelo en los tópicos, y que Utnapishtim le diga que va a morir parece tan carente de tacto como lo fue en el caso de San Pablo decirle a los tesalonicenses que *no* iban a morir[71].

El único efecto que sus palabras parecen tener es que Gilgamesh reconoce por fin al anciano como Utnapishtim. Y actúa con una moderación que no habíamos visto hasta el momento. «Me proponía combatir contra ti», le dice,

> «pero ahora que estoy ante ti, ahora que veo quién eres, no puedo luchar, algo me retiene».

Finalmente, Gilgamesh consigue formular la pregunta que le devora por dentro: ¿Cómo venció Utnapishtim a la muerte y

se convirtió en inmortal? Utnapishtim, que no cree que una historia larga pueda resumirse, le habla del Gran Diluvio[72]. Su discurso es una magnífica obra literaria, tan hermosa como su paralelo posterior, la historia de Noé, pero mucho más detallada y dramática, y repleta de las más vivas imágenes: los obreros confiados que beben barriles de cerveza y vino para celebrar la finalización del barco; los dioses aterrorizados que huyen a lo más alto del cielo y se refugian allí como perros; Utnapishtim que cae de rodillas y llora al recibir la bendita caricia del primer rayo de sol; los dioses que, hambrientos porque todos los humanos que les proveían de alimento han perecido ahogados, huelen la suave fragancia del sacrificio de Utnapishtim y se arremolinan como moscas alrededor[73].

La historia del Diluvio explica la excepción de mortalidad de Utnapishtim a través de la narración de las circunstancias que llevaron a los dioses a tomar esa decisión. También explica la afirmación que se hace en el prólogo al decir que Gilgamesh «ha recibido la merced de ver dentro del gran misterio, de los lugares secretos, de los días primeros antes del Diluvio». Sin embargo, la visión dentro del gran misterio no parece contribuir al bienestar de Gilgamesh, al menos por el momento. Ciertamente, no le dice cómo vencer a la muerte. La inmortalidad, a lo que parece, fue una oferta única, y ese crudo hecho constituye la principal revelación de Utnapishtim.

¿Por qué, entonces, el poeta incluyó la historia del Diluvio de una forma tan prolija? ¿Es simplemente una digresión interesante? El lector que quiera comprender su función dramática dentro del poema deberá leer de nuevo el Libro XI, esta vez saltando desde la primera pregunta de Gilgamesh («Dime, ¿cómo es que tú, un mortal…») hasta el final del discurso de Utnapishtim («Y ahora, Gilgamesh,

¿quién reunirá…?»). Si suprimimos o reducimos de forma drástica el relato del Diluvio[74], el intervalo entre la pregunta y la frustración de las esperanzas de Gilgamesh parecería demasiado corto. Pero con la prolongación del relato hasta tal medida el suspense va en aumento. Somos conscientes de que Gilgamesh está escuchando con absoluta atención, porque en cualquier momento puede revelársele la forma de superar la muerte. Podemos sentir su atención incluso la segunda, la décima vez que leemos este discurso, cuando ya sabemos que Gilgamesh no hallará su respuesta. Y cuando el discurso alcanza su clímax de disgusto, se nos transporta hasta el siguiente incidente al menos con la satisfacción de conocer toda la historia. Hemos oído todo lo que había que oír sobre cómo Utnapishtim se convirtió en un dios. Pero no hace falta decir que esta no es la salida.

La historia tiene otro efecto dramático. Nos ofrece una imagen espeluznante del coste de la inmortalidad de Utnapishtim; la propia inmortalidad parece una pálida ocurrencia de última hora. En el trasfondo de esta narración planea una pregunta no formulada: si el precio de la inmortalidad fuese experimentar todo ese terror y la muerte de casi todo ser viviente[75], ¿merecería la pena?

Lejos de sentir compasión por la angustia de Gilgamesh, Utnapishtim se muestra brusco, casi burlón, en la conclusión de su discurso:

> «Y ahora, Gilgamesh, ¿quién reunirá a los dioses por tu bien? ¿Quién los convencerá para que te concedan la vida eterna que buscas?».

(Cuanto más revela Utnapishtim su mal carácter y su cinismo, menos atractiva nos parece la inmortalidad). Le propone una prueba: si Gilgamesh puede aguantar siete

días sin dormir —el sueño es lo más parecido a la muerte— quizás también sea capaz de vencer a la muerte. Pero Utnapishtim sabe desde el primer momento que Gilgamesh, «agotado y a punto de desmoronarse», no superará la prueba. Y en efecto, se duerme de inmediato. Utnapishtim proclama con desdén:

> «¡Mira a este! Quería vivir eternamente, pero en cuanto se sentó, el sueño lo envolvió como la niebla».

Esta prueba encierra una dolorosa paradoja. En los días terribles en que Gilgamesh aterrorizaba a los ciudadanos de Uruk, era un hecho bien conocido, como Shamhat contó a Enkidu, que el rey estaba «tan lleno de vida que no necesita[ba] dormir». Algún tiempo después de la llegada de Enkidu, Gilgamesh perdió su vitalidad, de la misma manera que Enkidu, después de hacer el amor con Shamhat, perdió su fuerza vital y ya no pudo seguir corriendo como un animal. También en este aspecto son gemelos Gilgamesh y Enkidu. El poema no nos dice exactamente cuándo comenzó Gilgamesh a tener necesidad de dormir. La primera vez que tenemos noticias al respecto es durante el viaje al Bosque de los Cedros, cuando es un elemento recurrente en el ritual de sueños.

> Gilgamesh se sentó, el mentón entre sus rodillas, y el sueño lo venció, como hace con todos los hombres.

Experimentar una relación profunda parece ser en el caso de Gilgamesh lo mismo que fue en el caso de Enkidu experimentar el sexo: una iniciación a la vulnerabilidad humana. Una vez que conoció a su compañero del alma, Gilgamesh se convirtió, en efecto, en tres tercios humano. Dejó atrás su parentesco con los dioses «ajenos al sueño,

inmortales»[76], igual que Enkidu dejó atrás los dos tercios de su ser que eran animales. Sin darse cuenta, cada uno abandonó parte de su fuerza física para poder conocer el tipo de amor que «un animal [o un dios] no puede conocer»[77].

Después de que Gilgamesh fracase en la prueba, la esposa de Utnapishtim, tan agradable como agrio es su marido, sugiere despertarlo y enviarlo tranquilamente de vuelta a casa. Pero según Utnapishtim, Gilgamesh es un impostor como todos los humanos y hay que presentarle una prueba de que ha dormido, y esta se la proporcionan los siete panes endurecidos. Gilgamesh, tras reconocer su fracaso, grita en un pasaje hermoso y conmovedor:

> «¿Qué haré?, ¿adónde me dirigiré ahora? La muerte me ha atrapado, merodea en mi alcoba, y dondequiera que miro, a dondequiera me vuelvo, sólo hay muerte».

Tras asegurarse primero de que Gilgamesh ha sido lavado y ungido, en una especie de renovación ritual, y de entregarle vestiduras regias que permanecerán impolutas hasta que regrese a Uruk, Utnapishtim le pone en el camino de vuelta. Y este parece ser el final del relato.

Pero la compasiva esposa de Utnapishtim interviene una vez más. Y así, como regalo de despedida, Utnapishtim revela un segundo secreto de los dioses. Le revela a Gilgamesh que, dentro de las aguas del Gran Abismo (el mar de agua dulce que se halla bajo la tierra), puede encontrar una planta mágica que le devolverá la juventud. A pesar de la juventud que implica su nombre, Gilgamesh se siente ahora viejo y cansado y necesita desesperadamente una renovación. Se sumerge en el Gran Abismo, encuentra la planta y la lleva a la superficie. Al parecer, por fin ha

encontrado algo que traerá la paz a su corazón. Pero en este poema siempre hay un pero.

El parlamento que dirige Gilgamesh al barquero Urshanabi a orillas del Gran Abismo es un pequeño pasaje de una maravillosa complejidad. En primer lugar, afirma que la planta maravillosa es «el antídoto del temor a la muerte», y aquí comienzan nuestras preguntas. Si comer la planta no es equivalente a pasar la prueba del sueño, sino un premio de consolación —si no te hace inmortal como el fruto del Árbol de la Vida en el Jardín del Edén—, ¿te devuelve al menos a una segura juventud en la que no puedes enfermar ni ser herido gravemente, tras lo cual envejeces de nuevo y acabas muriendo? ¿O es tu juventud tan vulnerable como la de cualquier otro joven? Y cuando envejeces, ¿puedes comer otro bocado y volver a ser joven por segunda vez, una centésima vez, hasta que se acabe la provisión? Nada de esto se nos aclara; nada de esto se dice que haya de ocurrir; todo ello es posible. Lo que está claro es que aquel que coma la planta evitará temporalmente la muerte y pospondrá su miedo a morir. La planta es una medicina que trata los síntomas del miedo a la muerte, no su causa; es un paliativo, no una cura.

Sin embargo, Gilgamesh está entusiasmado. Le dice a Urshanabi que, en lugar de comer la planta inmediatamente, quiere probar primero sus efectos:

> La llevaré a Uruk, pondré a prueba su poder observando qué ocurre cuando la toma un anciano. Si funciona, la tomaré yo también y volveré a ser un joven sin cuidados.

Esta afirmación también es compleja y fascinante. Al igual que la muerte de Humbaba, obedece sobre todo a la lógica del relato, más que a la del personaje. Gilgamesh debe matar al monstruo porque eso es lo que hacen los héroes; no

debe comer la planta porque, como bien sabemos, regresa a casa viejo y agotado. Pero hay varias posibilidades implícitas en su deseo de llevar la planta a casa. Puede que simplemente se comporte con prudencia (por primera vez en su vida). Puede que tema los efectos de la planta, o que al menos tenga sus reservas respecto a ella y necesite utilizar a un anciano de Uruk como conejillo de indias. Por otro lado, también es posible que no sea la prudencia la que le impulse a llevar la planta a casa antes de comerla. Puede que ya hayan comenzado algunas transformaciones en su carácter que hacen que quiera posponer el regreso mágico a la juventud hasta que pueda llevarlo a cabo en su propia ciudad, ante los ojos de su propio pueblo. Puede que también exista un deseo de emplear la planta en beneficio de toda la comunidad. Regresará a casa, escogerá a un anciano especialmente digno que no tenga nada que perder si el experimento fracasa y, si tiene éxito, repartirá pequeñas porciones de la planta entre miles de ancianos y entregará un esqueje al jardinero real para ver si puede ser cultivada en Uruk, la de exuberantes jardines, y servir también así a las generaciones futuras. Es posible que en los sombríos recovecos de la mente de Gilgamesh estén tomando forma pensamientos similares.

Así pues, sin probar la planta, él y Urshanabi emprenden el camino de regreso a Uruk. El poeta describe el viaje con las mismas palabras que empleó para el viaje al Bosque de los Cedros: «Tras recorrer más de seiscientos kilómetros, se detuvieron a comer, / tras otros mil, acamparon»[78]. Es un viaje inverso a través del paisaje de los sueños; es, en su lenguaje formulario, el regreso desde el monstruo. Pero esta vez, no es un regreso al orgullo desmedido, a la violencia y a la muerte. Es un regreso a la integridad.

Sin embargo, queda un último fracaso que afrontar y superar. En el camino de vuelta, Gilgamesh se baña en una charca y, en lugar de entregar la planta a Urshanabi, la deja en el suelo. Este acto de sorprendente descuido es similar a otros famosos errores de último minuto en los mitos y cuentos populares de todo el mundo (el vistazo por encima del hombre de Orfeo, por ejemplo, o la elección del hijo menor de sentarse en el borde de un pozo en «El pájaro de oro» de los hermanos Grimm). Siempre hay un elemento de predestinación en estos errores; no parecen accidentes, porque vienen dispuestos por la forma de la historia; sentimos que tenían que ocurrir. A la luz de la historia de violencia y autodestrucción de Gilgamesh, parece que alguna dinámica interna no le permitirá comer la planta; eso sería demasiado sencillo, demasiado bueno para ser cierto. El instrumento del daño es una serpiente, como en la historia del Edén, aunque aquí la serpiente no es taimada, sino completamente inocente y se limita a aprovechar una buena oportunidad. El poeta necesita sólo tres líneas para frustrar las esperanzas de Gilgamesh:

> Una serpiente olió su fragancia, se deslizó sigilosamente y se apoderó de la planta. Mientras se alejaba, se desprendió de su piel.

Así, en palabras del Salmo 103, la boca de la serpiente está «satisfecha con los bienes», y su «juventud se renueva cual el águila»[79]. *O felix serpens!*

Cuando Gilgamesh se da cuenta de que la serpiente se ha largado con su antídoto, vuelve a clamar desesperado:

> ¿Qué haré ahora? Todos mis esfuerzos han sido en vano. ¡Oh Urshanabi!, ¿para esto trabajaron mis manos?, ¿para eso derramé la sangre de mi corazón?

Es el último suspiro de la tragedia. Nos sentimos conmovidos con su angustia, pero no llegamos más allá. También nos apetece decirle: Bueno, ¿qué esperabas, bobo patoso? ¡Eso es lo que ocurre cuando dejas plantas mágicas en el suelo!

Por supuesto, esa no es la cuestión. El episodio no pretende ser una lección de prudencia. Es el final de trayecto de la búsqueda de Gilgamesh. Se encuentra cara a cara con la evidencia de que no hay inmortalidad ni regreso a la juventud: una evidencia que puede resultar (dependiendo de la disposición) desesperante o liberadora. Cuando no hay salida, sigue el camino que está frente a ti.

El camino, en el caso de Gilgamesh, lleva de vuelta al hogar. Y en ese camino, en el transcurso de los centenares de kilómetros que Gilgamesh y Urshanabi recorren cada día, en el tiempo de sueño que se pasa en un silencio absoluto, sucede una cosa sorprendente: Gilgamesh se funde con la voz del poeta. A pesar de lo que el prólogo proclama, nunca hemos creído que fuera Gilgamesh el que escribiera el poema; siempre ha sido un personaje de la historia, no su narrador: una parte de la historia, no el todo. Sólo ahora, por primera vez, cuando Gilgamesh se dirige a Urshanabi con las mismas palabras que Sîn-lēqi-unninni emplea para dirigirse a nosotros al comienzo del poema, podemos escuchar por nosotros mismos esta voz de autor.

> Cuando por fin llegaron, Gilgamesh dijo a Urshanabi: «Estas son las murallas de Uruk, ciudad con la que ninguna otra de la tierra puede compararse. Mira cómo sus baluartes brillan como cobre al sol. Asciende por la escalera de piedra, más antigua de lo que la mente puede imaginar; llégate al templo del Eanna, consagrado a Ishtar, un templo cuyo tamaño y belleza no ha igualado ningún rey; camina sobre la muralla de Uruk, recorre su perímetro en torno a la ciudad, escruta sus soberbios cimientos, examina su labor de ladrillo, ¡cuán diestra es!; repara en las tierras que circunda: en sus palmeras, sus jardines, sus huertos, sus espléndidos palacios y templos, sus talleres y mercados, sus casas, sus plazas».

Y así es como termina el poema, donde comenzó. Su forma no es circular, como *Finnegans Wake*, sino espiral, pues comienza de nuevo a otro nivel, con Gilgamesh haciendo de narrador. Su transformación ha tenido lugar entre bastidores, fuera del marco del poema, en el último momento posible. Cuando volvemos al comienzo, adonde nos lleva el eco de las palabras que repite Gilgamesh, está claro que ha completado la fase final del viaje del héroe arquetípico, en el que el héroe entrega nueva vida a su comunidad cuando regresa a ella con los dones que ha descubierto durante su aventura.

> Restauró los ritos antiguos, olvidados, levantando de nuevo los templos que el Diluvio había destruido, renovando las imágenes y los sacramentos por el bien del pueblo y de la sagrada tierra.

No se nos dice cómo aprendió Gilgamesh de Utnapishtim «los ritos antiguos, olvidados», pero sabemos que por primera vez se comporta como un rey responsable y compasivo, como un benefactor de su pueblo y sus descendientes. De alguna manera, fuera de las profundidades, Gilgamesh ha conseguido «cerrar la puerta del dolor»[80]; ha aprendido cómo gobernarse a sí mismo y a su ciudad sin violencia, sin egoísmo y sin los arrebatos de un corazón incapaz de descanso.

La búsqueda de Gilgamesh no es una alegoría. Es demasiado sutil y rica en pequeños detalles como para encajar en ningún esquema abstracto. Pero brotando como lo hace de un nivel profundo de experiencia humana, posee cierta resonancia alegórica. No es necesario ser consciente de ella para disfrutar del relato. Y sin embargo está ahí.

Cuando Gilgamesh abandona la ciudad y se interna en un territorio inexplorado en busca de un camino más allá de la muerte, está buscando algo que es imposible de encontrar.

Su búsqueda es como la búsqueda mental del control, del orden y del significado en un mundo donde todo está desintegrándose continuamente. La búsqueda demuestra la inutilidad de la búsqueda. No hay forma de vencer a la muerte; no hay forma de controlar la realidad. «Cuando discuto con la realidad, pierdo»[81], escribe Byron Katie, «pero sólo el cien por cien de las veces».

Hasta que Gilgamesh no se rinde a la trascendencia, no es capaz de darse cuenta de lo hermosa que es su ciudad; sólo entonces, liberado de su corazón incapaz de reposo, puede regresar completamente al lugar de donde salió. Supongamos que la ciudad es este momento: las cosas son como son, sin ningún significado añadido. Cuando la mente renuncia a su búsqueda del control, el orden y el significado, encuentra que ha llegado a casa, a la realidad, donde siempre ha estado. Lo que tiene —lo que es— en este mismo momento es todo lo que siempre quiso.

De alguna manera, en el intervalo entre la historia y el regreso, Gilgamesh se ha hecho sabio. No ha absorbido la sabiduría tradicional de una Shiduri o un Utnapishtim, sino la sabiduría más profunda de la voz narrativa del poema, una sabiduría que es imparcial, divertida, civilizada, sexual, irreverente, escéptica ante los absolutos morales, encantada con las cosas de este mundo, y sumamente confiada en el poder de su propio lenguaje.

SOBRE ESTA VERSIÓN

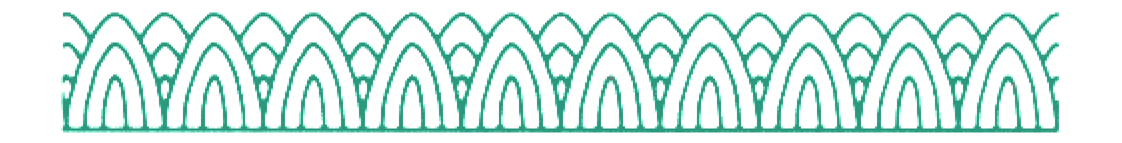
He llamado a este trabajo una «versión» de *Gilgamesh* más que una traducción. No leo cuneiforme y carezco de conocimientos de acadio; para el sentido del texto, me he basado en las traducciones literales[82] de siete especialistas. Estoy especialmente en deuda con la soberbia, meticulosa, monumental edición en dos volúmenes de los textos originales llevada a cabo por A. R. George, que supera con mucho a toda la investigación anterior. También he leído y me he servido de las traducciones de Jean Bottéro, Benjamin R. Foster, Maureen Gallery Kovacs, Albert Schott y Raymond Jacques Tournay y Aaron Shaffer, así como de las versiones literarias, no eruditas, de David Ferry y Raoul Schrott. Las notas de Jean Bottéro me ayudaron en la interpretación de muchos pasajes.

Mi método fue el siguiente: primero leí y comparé todas las traducciones citadas en la bibliografía, comprendí los pasajes difíciles hasta donde me permitió mi inexperta capacidad y redacté una apresurada versión preliminar en prosa. (Como otros muchos traductores, prescindí de la

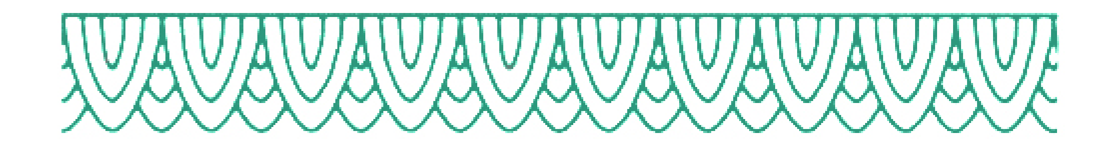
Tablilla XII, que muchos estudiosos consideran no perteneciente a la epopeya). En este punto, me sentí como un murciélago, intuyendo los contornos del texto original gracias a las ondas sonoras que emitía en la oscuridad. Una vez que estuvo terminada mi versión en prosa, comencé el auténtico trabajo de elevar el lenguaje hasta el nivel del verso inglés. El metro que empleé, un tetrámetro libre, no yámbico, no aliterado, es poco frecuente en inglés; los dos casos que conozco son secciones del *Four Quartets* de Eliot y la maravillosa «Sestina»[83] de Elizabeth Bishop. Trabajé duro para evitar en mis ritmos un sonido demasiado regular, y los varié para que nunca se diera un ritmo idéntico en dos versos consecutivos.

Cuando fue posible, me mantuve bastante próximo al sentido literal; cuando fue necesario, fui mucho más libre e hice no tanto una traducción como una adaptación. Decidí no reproducir algunas de las peculiaridades del estilo acacho, que para los lectores antiguos podrían ser agradables pero que a nosotros nos resultan tediosas. Por ejemplo, las repeticiones, palabra por palabra, de pasajes completos y las enumeraciones de uno a siete o doce. He rellenado las muchas lagunas del texto; he modificado imágenes que no eran claras; he añadido versos cuando el dramatismo de la situación requería cierta elaboración o cuando los pasajes terminaban de forma abrupta y necesitaban una transición; he suprimido algunos pasajes fragmentarios y, cuando el texto era incoherente, he cambiado en ocasiones el orden de los pasajes. (Todos estos cambios están documentados en las notas). Aunque he intentado mantenerme fiel al espíritu del texto acadio, a menudo me he comportado tan libremente con la letra del mismo como Sîn-lēqi-unninni y sus predecesores paleo-

babilonios lo fueron con su material. Quiero pensar que me habrían dado su aprobación.



GILGAMESH



PROLOGO



Aquel que todo lo ha visto[84], que ha experimentado todas las emociones, del júbilo a la desesperación, ha recibido la merced de ver dentro del gran misterio, de los lugares secretos, de los días primeros antes del Diluvio. Ha viajado hasta los confines del mundo y ha regresado, exhausto pero entero. Ha grabado sus hazañas en estelas de piedra, ha vuelto a erigir el sagrado templo del Eanna, así como las gruesas murallas de Uruk[85], ciudad con la que ninguna otra de la tierra puede compararse. Mira cómo sus baluartes brillan como cobre[86] al sol. Asciende por la escalera de piedra, más antigua de lo que la mente puede imaginar; llégate al templo del Eanna, consagrado a Ishtar, un templo cuyo tamaño y belleza no ha igualado ningún rey; camina sobre la muralla de Uruk, recorre su perímetro en torno a la ciudad, escruta sus soberbios cimientos, examina su labor de ladrillo, ¡cuán diestra es!; repara en las tierras que circunda: en sus palmeras, sus jardines, sus huertos, sus espléndidos palacios y templos, sus talleres y mercados, sus

casas, sus plazas[87]. Busca su piedra angular y, debajo de ella, el cofre de cobre que indica su nombre. Ábrelo. Levanta su tapa. Saca de él la tablilla de lapislázuli. Lee cómo Gilgamesh todo lo sufrió y todo lo superó.

LIBRO I

Superior a todos los reyes[88], poderoso y alto más que ningún otro, violento, magnífico, un toro salvaje, caudillo invicto, el primero en la batalla, bienamado de sus soldados —*baluarte* lo llamaban, *protector del pueblo, impetuoso aluvión que destruye todas las defensas*— en dos tercios divino y en uno humano[89], hijo del rey Lugalbanda, que se convirtió en dios, y de la diosa Ninsun, abrió los pasos de las montañas, cavó pozos en sus laderas, atravesó el vasto océano, navegó hacia el sol naciente, viajó hasta los confines del mundo en pos de la vida eterna, y cuando halló a Utnapishtim —el hombre que sobrevivió al Gran Diluvio y a quien se le concedió la inmortalidad— restauró los ritos antiguos, olvidados, levantando de nuevo los templos que el Diluvio había destruido, renovando las imágenes y los sacramentos por el bien del pueblo y de la sagrada tierra[90]. ¿Quién puede igualarse a Gilgamesh? ¿Qué otro rey ha inspirado tal temor? ¿Quién más puede decir: «Sólo yo reino, supremo entre todos los hombres»? La diosa Aruru, madre

de la creación, había modelado su cuerpo y lo había hecho el más fuerte de los hombres: enorme, hermoso, radiante, perfecto[91].

La ciudad es su predio, pasea su arrogancia por ella, la frente altiva, pisotea a sus habitantes como un toro salvaje. Es el rey, aquello que desea lo hace, al padre arrebata su hijo para aplastarlo[92], a la madre su hija para hacerla suya, a la hija del guerrero, a la novia del joven las hace también suyas, nadie osa enfrentársele. Pero el pueblo de Uruk clamó al cielo y sus lamentos encontraron oídos, pues los dioses no son insensibles, sus corazones se conmovieron, acudieron ante Anu, el padre de todos ellos, protector del reino de la sagrada Uruk, y le hablaron en nombre del pueblo: «Padre celestial, Gilgamesh, pese a ser noble y magnífico, ha sobrepasado todos los límites. El pueblo sufre su tiranía, el pueblo clama que al padre arrebata su hijo para aplastarlo, a la madre su hija para hacerla suya, a la hija del guerrero, a la novia del joven las hace también suyas, nadie osa enfrentársele. ¿Es así como quieres que tu rey gobierne? ¿Diezmaría un pastor su propio rebaño? Haz algo, padre, apresúrate antes de que el pueblo abrume al cielo con sus desgarradores sollozos»[93].

Los escuchó Anu, y asintió; llamó entonces a la diosa, la madre de la creación: «Tú creaste a los hombres, Aruru. Ahora ve y crea un par de Gilgamesh, su segundo ser, un hombre que iguale su fuerza y su valor, un hombre que iguale su tempestuoso corazón. Crea un nuevo héroe y que se contrarresten de forma perfecta, para que Uruk tenga paz»[94].

Cuando Aruru oyó esto, cerró sus ojos y formó en su mente lo que Anu había ordenado. Humedeció sus manos, tomó en ellas barro, lo arrojó en el monte, lo amasó, lo modeló según su idea y dio forma a un hombre, un guerrero, un héroe: el valeroso Enkidu, tan poderoso y fiero como el dios de la guerra Ninurta. El vello recubría su cuerpo, crecía nutrido el pelo de su cabeza y le llegaba hasta la cintura, como lo hace el de una mujer. Vagó por el monte, desnudo, lejos de las ciudades de los hombres, pastó con las gacelas y, cuando sintió sed, bebió límpida agua de las charcas arrodillado junto al venado y al antílope.

Cierto día un hombre, un trampero[95], lo vio bebiendo con los animales en una charca. Palpitó su corazón de miedo, empalideció su rostro, temblaron sus rodillas, quedó paralizado por el terror. Igual ocurrió un segundo día, y un tercero. El temor anidó en sus entrañas, parecía consumido y demacrado, como aquel que regresa de un viaje largo y penoso.

Acudió entonces a su padre: «Padre, he visto en la charca a un hombre salvaje. Debe de ser el hombre más fuerte del mundo, con músculos como la piedra. Lo he visto superar a los animales más veloces. Vive entre ellos, pasta con las gacelas y, cuando siente sed, bebe límpida agua de las charcas. No me he acercado a él, pues siento demasiado miedo. Rellena los agujeros que he excavado, destroza las trampas que he montado, libera a los animales y no puedo cazar nada. Mi sustento ha desaparecido».

«Hijo mío, vive en Uruk un hombre llamado Gilgamesh. Es el rey de la ciudad y, dicen, el hombre más fuerte del mundo, son sus músculos como la piedra. Ve a Uruk, ve a Gilgamesh, cuéntale lo que ocurrió y sigue su consejo. Él sabrá qué hacer»[96].

Se puso en camino, compareció ante Gilgamesh en el centro de Uruk, le habló acerca del hombre salvaje. Dijo el rey: «Ve al templo de Ishtar, pregunta allí por una mujer llamada Shamhat, una de las sacerdotisas que entregan sus cuerpos a cualquier hombre en honor de la diosa. Llévala al monte. Cuando los animales estén bebiendo en la charca, dile que se quite la túnica y se tumbe allí desnuda, dispuesta, abiertas las piernas. El hombre salvaje acudirá. Que ella emplee sus artes amatorias. La naturaleza obrará su curso y después los animales que en el monte eran sus compañeros se asustarán, y lo abandonarán para siempre»[97].

El trampero encontró a Shamhat, la sacerdotisa de Ishtar, y marcharon al monte. Tres días caminaron. Al tercero llegaron a la charca. Allí aguardaron. Estuvieron sentados dos días mientras los animales acudían a beber límpida agua. Al tercero, muy temprano, acudió Enkidu y se arrodilló a beber límpida agua junto al venado y al antílope. Su visión los llenó de asombro. Era un hombre grande y hermoso. En lo hondo de los lomos de Shamhat se despertó el deseo. A medida que contemplaba a este ser primordial se aceleraba su aliento[98]. «Mira», dijo el trampero, «ahí está. Emplea ahora tus artes. Despójate de tu túnica y túmbate aquí desnuda, abiertas las piernas. Despierta su lujuria cuando se acerque, tócalo, excítalo, toma su aliento en tus besos,

muéstrale lo que es una mujer[99]. Los animales que en el monte eran sus compañeros quedarán desconcertados y lo abandonarán para siempre».

Ella se despojó de su túnica y se tumbó allí desnuda, abiertas las piernas, tocándose. La vio Enkidu y se acercó cautelosamente. Olisqueó el aire. Contempló su cuerpo. Se acercó, Shamhat le tocó el muslo, tocó su pene e introdujo a Enkidu dentro de ella. Empleó sus artes amatorias, se apoderó de su aliento con sus besos, no se reprimió en absoluto y le enseñó lo que es una mujer. Durante siete días permaneció erecto y yació con ella, hasta que estuvo saciado[100]. Al cabo se levantó y caminó hacia la charca, para reunirse con sus animales. Pero las gacelas lo vieron y se dispersaron, el venado y el antílope se alejaron brincando. Trató de alcanzarlos, pero su cuerpo estaba exhausto, su fuerza vital se había agotado, temblaban sus rodillas, ya no podía correr como un animal, tal como hacía antes. Regresó hacia donde estaba Shamhat y en tanto caminaba supo que su mente había crecido, supo cosas que los animales no pueden saber.

Se sentó Enkidu a los pies de Shamhat. La miró y entendió todas las palabras que ella le dirigía: «Ahora sabes, Enkidu, lo que es estar con una mujer, ayuntarse con ella. Eres hermoso, eres como un dios[101]. ¿Por qué has de vagar por el monte y vivir como un animal? Déjame llevarte a la bien murada Uruk, al templo de Ishtar, al palacio del poderoso rey Gilgamesh, quien en su arrogancia oprime al pueblo, atrepellándolo como un toro salvaje».

Calló ella y asintió Enkidu. En el fondo de su corazón sintió conmoverse algo, un anhelo no conocido hasta entonces, el anhelo de un verdadero amigo[102]. Dijo Enkidu: «Iré, Shamhat. Llévame contigo a la bien murada Uruk, al templo de Ishtar, al palacio del poderoso rey Gilgamesh. Lo desafiaré. Le gritaré en el rostro: “¡Yo soy el más poderoso! ¡Yo soy quien puede hacer temblar el mundo! ¡Yo soy supremo!”».

«Ven», dijo Shamhat, «vayamos a Uruk, te conduciré hasta Gilgamesh, rey poderoso. Verás la gran ciudad y su imponente muralla, verás a los jóvenes vestidos con esplendor, con el mejor lino y bordada lana, con vistosos colores, con pañuelos con borlas y anchos fajines[103]. Todos los días son fiesta en Uruk, la gente canta y baila en sus calles, los músicos tocan sus liras y tambores, delante del templo de Ishtar charlan y ríen sus bellas sacerdotisas, animadas por el goce del sexo, prestas a servir para el placer de los hombres en honor de la diosa[104], de modo que incluso los ancianos se levantan de sus lechos. ¡Cuánto ignoras aún de la vida! Te mostraré a Gilgamesh, rey poderoso, el héroe destinado a la alegría y al dolor. Te pondrás delante de él y lo contemplarás admirado, verás cuán bello, cuán viril es, cómo su cuerpo rebosa potencia sexual. Él es incluso más alto y fuerte que tú, tan lleno de vida que no necesita dormir. Olvida tu arrebato, Enkidu. Shamash, el dios del sol[105], lo ama, y el padre de los dioses, Anu, ha ensanchado su mente, como lo han hecho Enlil, dios de la tierra, y Ea, dios del agua y de la sabiduría. Antes incluso de que bajaras de las montañas, habías llegado a Gilgamesh en un sueño». Y contó a Enkidu lo que

había oído: «Acudió a su madre, la diosa Ninsun[106], y le pidió que interpretara el sueño. “Vi una estrella brillante que atravesaba el cielo matutino, cayó a mis pies y allí quedó como una enorme piedra. Intenté levantarla, pero era demasiado pesada. Traté de moverla, pero no se movía. Se reunió en torno a mí una gran multitud, el pueblo de Uruk insistía en verla, como a un niño pequeño besaban sus pies. Esta roca, esta estrella que había caído a la tierra, la tomé en mis brazos, la abracé y la acaricié como acaricia un hombre a su esposa. Luego la cogí y la puse a tus pies. Tú me decías que era mi doble, mi segundo ser”. Dijo a su hijo la sabia, la omnisapiente dama Ninsun, madre de Gilgamesh: “Niño mío muy querido, esa gran estrella proveniente del cielo, esa enorme piedra que no podías levantar, representa a un amigo amado, un poderoso héroe. Lo tomarás en tus brazos, lo abrazarás y lo acariciarás como un hombre acaricia a su esposa. Será él tu doble, tu segundo ser, un varón leal que estará a tu lado en los más grandes peligros. Pronto conocerás a este compañero de tu corazón. Tu sueño así lo proclama”[107]. Dijo Gilgamesh: “Ojalá el sueño se torne realidad. Ojalá aparezca ese verdadero amigo, ese verdadero compañero que en todos los peligros habrá de permanecer a mi lado”».

Cuando Shamhat hubo terminado de hablar, Enkidu se volvió hacia ella y yacieron de nuevo.

LIBRO II

Dio después Shamhat a Enkidu una de sus túnicas y él se vistió con ella[108]. Tomándolo de la mano, lo llevó, como a un niño[109], hasta las cabañas de unos pastores.

Maravillados, los pastores se juntaron en torno a él. «¡Qué hombre tan grande!», susurraban. «Cuán parecido es a Gilgamesh, alto y fuerte, son sus músculos como la piedra». Lo llevaron hasta su mesa y pusieron frente a él pan y cerveza. Enkidu se sentó y se quedó mirando. Nunca había visto la comida de los hombres, no sabía qué hacer. Dijo entonces Shamhat: «Adelante, Enkidu. Esto es comida, es lo que nosotros, los humanos, comemos y bebemos». Probó el pan con cautela. Comió luego un pedazo, comió toda una rebanada, luego otra, comió hasta saciarse[110], bebió siete jarras de cerveza, su corazón se aligeró, su rostro se encendió y cantó con alegría. Se cortó el pelo, se lavó, se untó la piel con delicado aceite, y se volvió completamente humano. Resplandeciente, parecía hermoso como un novio.

Cuando los pastores se acostaron, Enkidu partió armado con venablo y espada[111]. Ahuyentó leones y lobos, toda la noche guardó los rebaños, permaneció despierto y los guardó mientras los pastores dormían.

Un día, mientras yacía con Shamhat, levantó la vista y vio pasar a un joven. «Shamhat», dijo, «trae a ese hombre aquí. Quiero hablar con él. ¿Adónde va?». Ella lo llamó, se llegaron al hombre y dijo: «¿Adónde vas con tanta prisa?». Dijo el hombre a Enkidu: «Me dirijo a un banquete de bodas. He colmado la mesa de exquisita comida para la ceremonia. El sacerdote bendecirá a la joven pareja, los invitados se regocijarán, el novio se retirará y la virgen aguardará en el lecho nupcial a Gilgamesh, rey de la bien murada Uruk[112]. Pues él es quien yace primero con la esposa. Una vez él lo ha hecho, lo puede hacer el novio. Este es el orden que los dioses han decretado. Desde el momento en que cortaron el cordón umbilical del rey, el himen de todas las jóvenes le ha pertenecido».

Al oír estas palabras, el rostro de Enkidu empalideció de cólera: «Iré a Uruk ahora, al palacio de Gilgamesh, rey poderoso. Lo desafiaré. Le gritaré en su rostro: “¡Yo soy el más poderoso! ¡Yo soy quien puede hacer temblar el mundo! ¡Yo soy supremo!”».

Juntos marcharon a la bien murada Uruk[113], Enkidu al frente, tras él Shamhat.

Cuando entró en la calle principal de Uruk, la gente se reunió en torno a él, maravillada, la muchedumbre se arremolinaba para verlo, como un niño pequeño besaban

sus pies. «¡Qué hombre tan grande!», susurraban. «¡Cuán parecido es a Gilgamesh! No es tan alto, pero sus huesos son más fuertes. Creció en el monte, pastando con las gacelas, lo crio la leche del antílope y del venado. En verdad que Gilgamesh ha encontrado su igual. Este hombre salvaje puede rivalizar con el más poderoso de los reyes»[114].

El rito nupcial había tenido lugar, tocaban los músicos sus liras y tambores, comían los invitados entre cantos y risas[115], dispuesta estaba la novia para Gilgamesh como si fuera un dios, aguardaba en el lecho para entregarse a él, en honor de Ishtar, para olvidar a su esposo y entregarse al rey[116].

Cuando Gilgamesh llegó a la casa nupcial, allí estaba Enkidu. Plantado como una roca, ocupaba la puerta. Lleno de furia, Gilgamesh lo agarró con todas sus fuerzas, enormes brazos se trabaron con enormes brazos, chocaron sus frentes como toros salvajes, ambos hombres se tambalearon, cayeron contra las casas, las jambas temblaron, se estremecieron los muros, rodaron por las calles luchando cuerpo a cuerpo, sus miembros se entrelazaron, cada uno de aquellos enormes cuerpos intentando deshacerse del abrazo del otro[117]. Finalmente, Gilgamesh derribó al hombre salvaje y lo sujetó contra el suelo con su rodilla derecha[118]. Lo abandonó la cólera. Volviéndose, quiso marchar. La lucha había terminado. Dijo Enkidu: «Gilgamesh, eres único entre los hombres. Tu madre, la diosa Ninsun, te hizo más fuerte y valiente que cualquier mortal, y con justicia te otorgó Enlil la realeza, pues es tu destino gobernar sobre los hombres[119]». Se abrazaron y se besaron. Se dieron la mano

como hermanos. Uno junto al otro caminaron. Se convirtieron en amigos verdaderos[120].

LIBRO III



El tiempo pasó rápidamente[121]. Gilgamesh dijo: «Ahora hemos de emprender viaje hacia el Bosque de los Cedros[122], donde vive el feroz monstruo Humbaba. Debemos matarlo y extirpar el mal del mundo»[123].

Enkidu suspiró. Se llenaron sus ojos de lágrimas. Gilgamesh dijo: «¿Por qué suspiras? ¿Por qué, querido amigo, tus ojos se llenan de lágrimas?».

Respondió Enkidu: «Amigo querido, un grito está clavado en mi garganta, mis brazos están sin fuerzas[124]. Conocí aquellas tierras cuando vagaba por las colinas con el antílope y el venado. El bosque es inmenso, se extiende centenares de kilómetros a lo largo y a lo ancho[125]. ¿Qué hombre osaría adentrarse en su espesura?».

Dijo Gilgamesh: «Escucha, amigo querido, aunque el bosque no se acabase nunca, he de entrar en él, ascender sus

laderas[126] y cortar un cedro[127] tan alto que forme un torbellino al caer al suelo[128]».

Dijo Enkidu: «¿Pero cómo puede osar hombre alguno penetrar en el Bosque de los Cedros? Está consagrado a Enlil. ¿Acaso no ha declarado prohibida la entrada, acaso no puso allí a Humbaba para llenar de espanto a los hombres? No debemos emprender ese viaje, no debemos luchar contra esa criatura. Su aliento despide fuego, su voz retumba como el trueno, sus mandíbulas son la muerte. Puede escuchar todos los sonidos del bosque, incluso el más leve susurro entre las hojas, nos escuchará a más de cien kilómetros de distancia. ¿Quién de entre los dioses o los hombres podría derrotarlo? Humbaba es el guardián del bosque, Enlil lo puso allí para llenar de espanto a los hombres. Quienquiera que entre caerá fulminado por el terror».

Contestó Gilgamesh: «¿Por qué, amigo querido, hablas como un cobarde? Lo que acabas de decir es impropio de ti, aflige mi corazón. Nosotros no somos dioses, no podemos ascender al cielo. No, somos hombres mortales. Sólo los dioses viven por siempre. Nuestros días son pocos en número, y cualquier cosa que hagamos es un soplo de viento. ¿Por qué temer, pues, si más tarde o más temprano la muerte ha de llegar? ¿Dónde está el coraje del que siempre hiciste gala? Si muero en el bosque en el transcurso de esta gran aventura, no te avergüences cuando la gente diga: “Gilgamesh encontró una muerte heroica combatiendo contra el monstruo Humbaba. ¿Y dónde estaba Enkidu? ¡Estaba a salvo en su hogar!”[129]. Te criaste en las montañas, con tus propias manos has dado muerte a los leones y los lobos que te acechaban, eres valiente, tu corazón ha sido puesto a

prueba en combate. Pero, me acompañes o no, cortaré ese árbol, mataré a Humbaba, haré perdurable mi nombre, para siempre grabaré mi fama en la memoria de los hombres»[130][131].

Echó Gilgamesh el cerrojo a las siete puertas de la bien murada Uruk, y el pueblo se reunió en tropel, se arrojó a las calles. Se sentó Gilgamesh en su trono mientras la muchedumbre se arremolinaba para escucharle. Gilgamesh tomó la palabra: «Escuchadme, ancianos de la bien murada Uruk. Ahora he de partir al Bosque de los Cedros, donde habita el fiero monstruo Humbaba. Lo derrotaré en el Bosque de los Cedros, cortaré el árbol, mataré a Humbaba, todo el mundo sabrá cuán poderoso soy. Haré perdurable mi nombre, para siempre grabaré mi fama en la memoria de los hombres»[132].

Se volvió entonces Gilgamesh hacia los jóvenes y les habló así: «Escuchadme, jóvenes de la bien murada Uruk, guerreros y camaradas que habéis combatido a mi lado. Viajaré para encontrarme con el monstruo Humbaba, caminaré por caminos que ningún hombre ha transitado, afrontaré un combate que ningún hombre ha conocido. Dadme vuestra bendición antes de partir, de modo que regrese victorioso del Bosque de los Cedros y pueda contemplar de nuevo vuestros rostros. ¡Ojalá pueda celebrar otra vez el Año Nuevo[133] con vosotros, en las calles de la bien murada Uruk, al son de la lira y el ritmo de los tambores!».

Se levantó Enkidu con lágrimas en los ojos. «Ancianos de Uruk, persuadid al rey para que no vaya al Bosque de los

Cedros, para que no combata contra el fiero monstruo Humbaba, cuyo rugido resuena como el trueno, cuyo aliento despide fuego, cuyas mandíbulas son la muerte, que puede escuchar todos los sonidos del bosque, incluso el más leve susurro entre las hojas. ¿Quién de entre los dioses o los hombres podría derrotarlo? Humbaba es el guardián del bosque, Enlil lo puso allí para llenar de espanto a los hombres».

Los ancianos se postraron ante el rey y dijeron: «Eres joven, Señor, tu corazón late agitado y te impulsa a marchar. ¿Por qué deseas embarcarte en esta locura? Hemos oído hablar de Humbaba, es peligroso, su visión causa horror[134], su aliento despide fuego, sus mandíbulas son la muerte. ¿Cómo podría un hombre, aunque fueras tú, osar penetrar en el Bosque de los Cedros? ¿Quién de entre los dioses o los hombres podría derrotarlo? Humbaba es el guardián del bosque, Enlil lo puso allí para llenar de espanto a los hombres».

Al escuchar las palabras de los ancianos, Gilgamesh rompió a reír, se levantó y dijo: «Dime, amigo querido, ¿has recobrado tu valor? ¿Estás presto para partir? ¿O aún temes sufrir la muerte de un héroe?[135] Vayamos a la fragua, Enkidu, y ordenemos que el herrero nos fabrique armas que sólo los héroes más poderosos puedan usar».

Enkidu escuchó con gravedad. Permaneció largo tiempo en silencio. Finalmente, asintió. Gilgamesh tomó su mano[136].

Los herreros escucharon sus instrucciones y forjaron enormes armas que los hombres normales jamás podrían

sostener: hachas de noventa kilos[137] cada una, puñales con la guarda en cruz y fundas de oro puro. Cada hombre cargaba más de trescientos kilos[138] de armas y armadura[139].

Dijo Gilgamesh: «Antes de partir[140], rindamos visita al templo de mi madre, vayamos y hablemos con la dama Ninsun, la sabia, la omnisapiente. Postrémonos ante ella, pidámosle su bendición y su consejo».

Cogidos de la mano, los dos amigos se dirigieron al templo de Ninsun. Gilgamesh se postró ante su madre, la diosa Ninsun, y dijo: «Ahora he de marchar al Bosque de los Cedros, debo partir al encuentro del fiero monstruo Humbaba, debo recorrer un camino que ningún hombre ha transitado, debo afrontar un combate que ningún hombre ha conocido. Madre querida, gran diosa, asísteme en esta empresa[141], dame tu bendición antes de partir, de modo que pueda regresar victorioso del Bosque de los Cedros y volver a contemplar tu rostro».

Escuchó Ninsun sus palabras con pesar. Con pesar entró en su aposento, se bañó en agua de tamarisco y jabonera[142], vistió su mejor túnica, un ancho cinturón, un collar de joyas, se ciñó luego su corona. Subió las escaleras hasta llegar al tejado[143], encendió dulce incienso en honor de Shamash, alzó sus brazos en oración y dijo: «Señor del cielo, tú has concedido a mi hijo belleza, fuerza y valor[144]. ¿Por qué lo has cargado con un corazón incapaz de descanso? Ahora lo incitas a atacar al monstruo Humbaba, a realizar un largo viaje del que podría no regresar. Ya que ha resuelto marchar, protégelo hasta que llegue al Bosque de los Cedros, hasta

que mate al monstruo Humbaba y extirpe del mundo el mal que tú detestas. Protégele todos los días en tanto recorres el cielo, y que al crepúsculo Aya, tu prometida, lo confíe a las valientes estrellas, vigilantes de la noche. ¡Oh Shamash, señor, sol glorioso, deleite de los dioses, iluminador del mundo, que te alzas haciendo nacer la luz que llena los cielos, da forma a la tierra, volumen a las montañas, brillo a los valles, desvanece la oscuridad, hace retroceder al mal, todas las criaturas despiertan y abren sus ojos y, al verte, se llenan de dicha, protege a mi hijo! A lo largo de su peligrosa jornada[145], haz que sean largos los días, cortas las noches, su paso vigoroso y sus piernas robustas. Cuando él y su amigo querido Enkidu lleguen, atiza violentos vientos[146] contra Humbaba, el viento del sur, el viento del norte, el viento del este y el viento del oeste, la tempestad, la galerna, el huracán, el tornado, para inmovilizar a Humbaba, detener sus pasos y facilitar a mi hijo el acabar con él. Prosigan luego tus veloces mulas su camino hasta tu nocturno lugar de descanso, los dioses te traerán suculenta comida para tu deleite, Aya secará tu rostro con el borde de su inmaculada túnica blanca. Escúchame, ¡oh señor!, protege a mi hijo, en tu gran piedad llévalo hasta el Bosque y devuélvelo luego al hogar».

Cuando hubo terminado su plegaria[147], la diosa Ninsun, la sabia, la omnisapiente, descendió del tejado y llamó a Enkidu. «Niño querido», le dijo, «tú no naciste de mis entrañas, pero ahora te adopto como hijo mío», y colgó un amuleto adornado con piedras preciosas alrededor del cuello de Enkidu.

«Del mismo modo que una sacerdotisa recoge a un niño abandonado, así yo también he tomado a Enkidu como hijo mío. Que sea un hermano para Gilgamesh, que lo guíe al Bosque y lo traiga de vuelta al hogar».

Al escuchar estas palabras, los ojos de Enkidu se llenaron de lágrimas, y él y Gilgamesh juntaron sus manos como hermanos.

Tomaron sus armas: las enormes hachas, los enormes puñales, las aljabas, los arcos[148]. Los ancianos les dejaban paso, los jóvenes daban vítores.

Los ancianos se presentaron ante el rey y le hablaron: «Regresa salvo a Uruk, la bien murada. No confíes sólo en tus fuerzas; al contrario, sé prudente, condúcete con cautela, haz que cada golpe sea importante. Recuerda el antiguo proverbio[149]: "Si caminas delante, proteges a tu camarada; si conoces el camino, cuidas de tu amigo". Que Enkidu vaya delante, él conoce el camino que lleva al Bosque de los Cedros, ha sido puesto a prueba en batalla, es valeroso y fuerte, él te guardará en todas las etapas del viaje, ante todo peligro él permanecerá a tu lado. Que Shamash te conceda el deseo de tu corazón, que el sendero hacia el Bosque de los Cedros sea recto, las noches seguras, sin peligros que os acechen, que Lugalbanda, tu padre[150], te proteja, que derrotes a Humbaba, que la batalla sea breve, que laves gozoso tus pies en su río. Cava un pozo cuando te detengas para pasar la noche, llena tus odres de agua fresca, haz cada día una ofrenda a Shamash y recuerda

a Lugalbanda, tu padre, que también viajó hasta las lejanas montañas[151]».

Los ancianos se volvieron a Enkidu y le dijeron: «Te confiamos el cuidado del rey. Protégelo, guíalo a través de los pasos traicioneros, muéstrale dónde encontrar alimento y dónde cavar para obtener agua, condúcelo hasta el Bosque y combate a su lado[152]. Que Shamash te asista, que los dioses te concedan el deseo de tu corazón[153] y te traigan sano de regreso a Uruk, la bien murada».

Dijo Enkidu a Gilgamesh: «Ya que debes hacerlo, mi obligación es ir contigo. Partamos, pues, sin temor en nuestros corazones. Yo iré delante, pues conozco el camino que conduce hasta el Bosque de los Cedros, donde habita Humbaba»[154].

LIBRO IV

Tras recorrer más de seiscientos kilómetros, se detuvieron a comer, tras otros mil, acamparon. Habían recorrido en sólo tres días y tres noches[155] el camino que recorrería un hombre corriente en seis semanas. Al ponerse el sol cavaron un pozo, llenaron sus odres de agua, Gilgamesh subió a lo alto de la montaña, vertió una ofrenda de harina y dijo: «Tráeme, montaña, un sueño favorable». Enkidu ejecutó el ritual de los sueños[156] y rogó una señal. Pasó una ráfaga de viento. Construyó un refugio para la noche, colocó a Gilgamesh en el suelo y trazó a su alrededor un círculo mágico de harina. Luego extendió como una red a través de la puerta. Gilgamesh se sentó allí, el mentón entre las rodillas, y el sueño lo venció, como hace con todos los hombres.

Despertó a medianoche. Dijo a Enkidu: «¿Qué ha ocurrido? ¿Me has tocado? ¿Ha pasado un dios? ¿Qué hace que mi piel se estremezca? ¿Por qué siento frío? Enkidu, amigo querido,

he tenido un sueño, un sueño horrible. Caminábamos por un desfiladero y, al alzar la vista, se desplomó una enorme montaña, tan grande que, a su lado, parecíamos moscas. Entonces la montaña cayó sobre nosotros. Dime, amigo querido: ¿qué significa?[157]».

Dijo Enkidu: «No te preocupes, amigo mío. El sueño que tuviste es favorable. La montaña representa a Humbaba. Caerá igual que lo hizo esa montaña. El señor Shamash nos asegurará la victoria, daremos muerte al monstruo y abandonaremos su cadáver en el campo de batalla». Gilgamesh, alegre con su magnífico sueño, sonrió, y su rostro se iluminó de placer[158].

Tras recorrer más de seiscientos kilómetros, se detuvieron a comer, tras otros mil, acamparon. Habían recorrido en sólo tres días y tres noches el camino que recorrería un hombre corriente en seis semanas. Al ponerse el sol cavaron un pozo, llenaron sus odres de agua, Gilgamesh subió a lo alto de la montaña, vertió una ofrenda de harina y dijo: «Tráeme, montaña, un sueño favorable». Enkidu ejecutó el ritual de los sueños, rogó una señal. Pasó una ráfaga de viento. Construyó un refugio para la noche, colocó a Gilgamesh en el suelo y trazó a su alrededor un círculo mágico de harina. Luego extendió como una red a través de la puerta. Gilgamesh se sentó allí, el mentón entre las rodillas, y el sueño lo venció, como hace con todos los hombres.

Despertó a medianoche. Dijo a Enkidu: «¿Qué ha ocurrido? ¿Me has tocado? ¿Ha pasado un dios? ¿Qué hace que mi piel se estremezca? ¿Por qué siento frío? Enkidu, amigo querido, he tenido un sueño, un sueño más horrible que el primero.

Alcé la vista y se desplomó una enorme montaña, me tiró al suelo, me atrapó los pies[159], un terrible resplandor hirió mis ojos, de repente, apareció un joven, era radiante y hermoso, me tomó por el brazo y me sacó de debajo de la montaña[160], me dio agua y mi corazón se serenó[161]. Dime, amigo querido: ¿qué significa?».

Dijo Enkidu: «No te preocupes, amigo mío. El sueño que tuviste es favorable. De nuevo la montaña representa a Humbaba[162]. Te hacía caer, pero no pudo darte muerte. Por lo que respecta al joven hermoso que aparecía, es el señor Shamash, que te rescatará y te otorgará todo aquello que desees[163]». Gilgamesh, alegre con su magnífico sueño, sonrió, y su rostro se iluminó de placer.

Tras recorrer más de seiscientos kilómetros, se detuvieron a comer, tras otros mil, acamparon. Habían recorrido en sólo tres días y tres noches el camino que recorrería un hombre corriente en seis semanas. Al ponerse el sol cavaron un pozo, llenaron sus odres de agua, Gilgamesh subió a lo alto de la montaña, vertió una ofrenda de harina y dijo: «Tráeme, montaña, un sueño favorable». Enkidu ejecutó el ritual de los sueños, rogó una señal. Pasó una ráfaga de viento. Construyó un refugio para la noche, colocó a Gilgamesh en el suelo y trazó a su alrededor un círculo mágico de harina. Luego extendió como una red a través de la puerta. Gilgamesh se sentó allí, el mentón entre las rodillas, y el sueño lo venció, como hace con todos los hombres.

Despertó a medianoche. Dijo a Enkidu: «¿Qué ha ocurrido? ¿Me has tocado? ¿Ha pasado un dios? ¿Qué hace que mi piel se estremezca? ¿Por qué siento frío? Enkidu, amigo querido,

he tenido un sueño, un sueño más horrible que los dos anteriores. Los cielos rugían y la tierra retumbaba, luego tinieblas, silencio. Se vio un relámpago que prendió los árboles. Cuando se extinguieron las llamas, el suelo estaba cubierto de cenizas. Dime, amigo querido: ¿qué significa?».

Dijo Enkidu: «No te preocupes, amigo mío. El sueño que tuviste es favorable. Los feroces cielos representan a Humbaba, que intentaba darte muerte con rayos y llamas. Pero, a pesar del fuego, no podía causarte daño. Mataremos a Humbaba. El triunfo es nuestro. Aunque nos ataque, venceremos[164]». Gilgamesh, alegre con su magnífico sueño, sonrió, y su rostro se iluminó de placer.

Tras recorrer más de seiscientos kilómetros, se detuvieron a comer, tras otros mil, acamparon. Habían recorrido en sólo tres días y tres noches el camino que recorrería un hombre corriente en seis semanas. Al ponerse el sol cavaron un pozo, llenaron sus odres de agua, Gilgamesh subió a lo alto de la montaña, vertió una ofrenda de harina y dijo: «Tráeme, montaña, un sueño favorable». Enkidu ejecutó el ritual de los sueños, rogó una señal. Pasó una ráfaga de viento. Construyó un refugio para la noche, colocó a Gilgamesh en el suelo y trazó a su alrededor un círculo mágico de harina. Luego extendió como una red a través de la puerta. Gilgamesh se sentó allí, el mentón entre las rodillas, y el sueño lo venció, como hace con todos los hombres.

Despertó a medianoche. Dijo a Enkidu: «¿Qué ha ocurrido? ¿Me has tocado? ¿Ha pasado un dios? ¿Qué hace que mi piel se estremezca? ¿Por qué siento frío? Enkidu, amigo querido, he tenido un cuarto sueño, un sueño más horrible que los

tres anteriores. Vi una terrible águila con cabeza de león, se cernía sobre mí como una enorme nube, me hacía muecas y de su boca salían horribles llamas; entonces vi junto a mí a un joven que despedía un fulgor que no era de este mundo, se acercó a la criatura, quebró sus alas, retorció su cuello y la arrojó al suelo. Dime, amigo querido: ¿qué significa?».

Dijo Enkidu: «No te preocupes, amigo mío. El sueño que tuviste es favorable. El águila que viste con cabeza de león representa a Humbaba. Aunque se abalanzó sobre ti y de su boca salieron llamas terribles, nada pudo causarte daño. El joven que acudía en tu rescate era nuestro señor, Shamash. Él permanecerá a nuestro lado cuando ataque el monstruo. Pase lo que pase, venceremos»[165]. Gilgamesh, alegre con su magnífico sueño, sonrió, y su rostro se iluminó de placer.

Tras recorrer más de seiscientos kilómetros, se detuvieron a comer, tras otros mil, acamparon. Habían recorrido en sólo tres días y tres noches el camino que recorrería un hombre corriente en seis semanas. Al ponerse el sol cavaron un pozo, llenaron sus odres de agua, Gilgamesh subió a lo alto de la montaña, vertió una ofrenda de harina y dijo: «Tráeme, montaña, un sueño favorable». Enkidu ejecutó el ritual de los sueños, rogó una señal. Pasó una ráfaga de viento. Construyó un refugio para la noche, colocó a Gilgamesh en el suelo y trazó a su alrededor un círculo mágico de harina. Luego extendió como una red a través de la puerta. Gilgamesh se sentó allí, el mentón entre las rodillas, y el sueño lo venció, como hace con todos los hombres.

Despertó a medianoche. Dijo a Enkidu: «¿Qué ha ocurrido? ¿Me has tocado? ¿Ha pasado un dios? ¿Qué hace que mi piel

se estremezca? ¿Por qué siento frío? Enkidu, amigo querido, he tenido un quinto sueño, un sueño más horrible que todos los demás. Luchaba yo cuerpo a cuerpo con un gigantesco toro, su bramido quebraba el suelo y levantaba nubes de polvo que oscurecían el cielo; me sujetaba, me aplastaba, sentía su aliento en mi rostro, y entonces, súbitamente, un hombre me levantó, me rodeó con sus brazos y me dio agua de su odre. Dime, amigo querido: ¿qué significa?».

Dijo Enkidu: «No te preocupes, amigo mío. El sueño que tuviste es favorable. El gigantesco toro no es nuestro enemigo, sino el mismo dios que nos ha asistido, Shamash, el brillante, nuestro protector, señor del cielo, que en todo peligro acudirá en nuestra ayuda. El hombre que te levantó del suelo y te dio agua de su odre es Lugalbanda, tu dios personal. Con su ayuda, alcanzaremos un triunfo mayor que el que haya logrado hombre alguno»[166].

Habían llegado al Bosque de los Cedros. Podían escuchar el horrible rugido de Humbaba[167]. Gilgamesh se detuvo, estremecido. Las lágrimas corrían por sus mejillas. «¡Oh Shamash», clamó, «asísteme en esta peligrosa jornada. Acuérdate de mí, ayúdame, escucha mi ruego!». Se detuvieron y escucharon. Pasó un momento. Entonces, desde el cielo, la voz del dios se dirigió a Gilgamesh: «Apresúrate, ataca, ataca a Humbaba mientras sea el momento adecuado, antes de que se adentre en las profundidades del bosque, antes de que pueda ocultarse y envolverse en sus siete auras con su mirada paralizadora. Ahora sólo lleva una. ¡Atácalo! ¡Ahora![168]»[169].

Permanecían a la entrada del Bosque de los Cedros, mirando fijamente, en silencio. Nada había que decir.

LIBRO V

Permanecían a la entrada del Bosque de los Cedros, admirando la inmensa altura de los árboles. Podían ver, delante de ellos, un sendero bien marcado por el ir y venir de Humbaba. A lo lejos divisaron la Montaña de los Cedros, consagrada a Ishtar, donde habitan los dioses, con sus empinadas laderas y rica en cedros, con su profunda fragancia y sus agradables sombras. Con las hachas en la mano y los puñales desenvainados, penetraron en el Bosque y se abrieron paso[170] entre la maraña de espinados arbustos que cedían bajo sus pies[171].

De improviso, el terror se apoderó de Enkidu, su rostro se tornó pálido como una cabeza cortada[172]. Dijo a Gilgamesh: «Amigo querido, no puedo continuar, estoy aterrorizado, no puedo seguir adelante. Entra tú en el terrible bosque, mata tú a Humbaba y gana la gloria. Yo regresaré ahora a la bien murada Uruk, y todos los hombres sabrán lo cobarde que he sido»[173].

Respondió Gilgamesh: «Amigo querido, hermano amado, solo no puedo matar a Humbaba. Por favor, quédate aquí conmigo, permanece a mi lado[174]. “Dos barcos amarrados juntos jamás se hundirán. Una cuerda triple es difícil de romper”. Si nos ayudamos uno al otro y combatimos hombro con hombro, ¿qué daño puede ocurrimos? Vamos, ataquemos al monstruo. Hemos llegado ya muy lejos. No importa lo que sientes, continuemos[175]».

Dijo Enkidu: «Tú nunca lo has visto cara a cara, y desconoces el horror que acecha ahí delante. Pero cuando yo lo vi, mi sangre se heló. Sus dientes son afilados como dagas, sobresalen como colmillos, su rostro untado de sangre es un rostro de león, se abalanza como un torrente enfurecido, llamas salen de su frente. ¿Quién puede resistirse? Estoy aterrorizado. No puedo seguir adelante»[176].

Dijo Gilgamesh: «Ten valor, hermano querido, no es tiempo de dejarse vencer por el temor. Hemos llegado muy lejos, hemos atravesado muchas montañas, y nuestro viaje está a punto de alcanzar su objetivo. Te criaste en el monte, con tus propias manos has dado muerte a los leones y los lobos que te acechaban, eres valiente, tu corazón ha sido puesto a prueba en combate. Aunque ahora tus brazos se sientan débiles y tus piernas tiemblen, tú eres un guerrero, tú sabes qué hacer. Lanza tu grito de guerra, que tu voz martillee como un timbal. Que tu corazón te inspire para sentir gozo en la batalla, para olvidarte de la muerte. Si nos ayudamos uno al otro y combatimos hombro con hombro, haremos perdurables nuestros nombres, para siempre grabaremos nuestra fama en la memoria de los hombres»[177].

Se adentraron caminando en el Bosque de los Cedros, con las hachas en la mano y los puñales desenvainados, siguiendo el sendero que había hecho Humbaba[178].

Llegaron a la vista de la guarida del monstruo. Dentro aguardaba y su sangre se heló. Vio el monstruo a los dos amigos, crispó su rostro, mostró los dientes, lanzó un bramido ensordecedor. Clavó su fiera mirada en Gilgamesh. «Joven», le dijo, «jamás regresarás a tu hogar. Disponte a morir». El pánico golpeó a Gilgamesh como una ola, el terror inundó sus músculos, su corazón se congeló, su boca se secó, sus piernas temblaron, sus pies quedaron enraizados en la tierra[179].

Enkidu vio cómo desfallecía y dijo: «Amigo querido, gran guerrero, noble héroe, no pierdas tu coraje[180][181], recuerda esto: “Dos barcos amarrados juntos jamás se hundirán. Una cuerda triple es difícil de romper[182]. Si nos ayudamos uno al otro y combatimos hombro con hombro, ¿qué daño puede ocurrirnos? Vamos, continuemos”[183]».

Avanzaron hacia la guarida del monstruo. Humbaba salió rugiendo y les dijo[184]: «Te conozco, Gilgamesh. No seas tonto. Márchate. Abandona el Bosque de los Cedros. ¿Te ha ordenado algún loco que te enfrentes a mí? Te arrancaré un miembro tras otro[185], te aplastaré y te abandonaré en el suelo sangrando y despedazado. Y tú, Enkidu, hijo de un pez o una tortuga, cobarde que no has conocido a tu padre, que jamás has sido amamantado, cuando eras joven te veía en los pastos, te observaba mientras pastabas con los rebaños, pero no te maté, eras demasiado escuálido, no me hubieses

servido como un banquete decente. Y ahora osas traer a Gilgamesh hasta aquí, y los dos os presentáis ante mí y me observáis como un par de niñas atemorizadas[186]. Voy a cortaros el cuello, a arrancaros la cabeza, vuestras apestosas entrañas servirán de alimento a los escandalosos buitres y cuervos».

Retrocedió Gilgamesh. Dijo: «¡Cuán terrible se ha tornado el rostro de Humbaba! Se está transformando en mil rostros de pesadilla, más horribles de lo que puedo soportar. Estoy aterrado, no puedo continuar[187]».

Respondió Enkidu: «¿Por qué, amigo querido, hablas como un cobarde? Lo que acabas de decir es impropio de ti, aflige mi corazón. No debemos dudar ni abandonar. Dos amigos íntimos no pueden ser derrotados. Ten valor. Recuerda cuán fuerte eres. Permaneceré a tu lado. Ataquemos ahora[188]».

Gilgamesh sintió cómo el valor regresaba[189]. Arremetieron contra Humbaba como dos toros salvajes. El monstruo profirió un grito ensordecedor, su rugido retumbó como un trueno[190], con sus pies abrió la tierra, sus pisadas dividieron las montañas del Líbano[191], las nubes ennegrecieron, una bruma sulfurosa descendió sobre ellos e hirió sus ojos[192]. Envió entonces Shamash unos furiosos vientos contra Humbaba, el viento del sur, el viento del norte, el del este y el del oeste, la tempestad, la galerna, el huracán, el tornado, para inmovilizarlo y paralizar sus pasos. No podía avanzar, no podía retroceder. Lo observó Gilgamesh, se subió sobre él, colocó un puñal en la garganta de Humbaba.

Dijo Humbaba: «Ten compasión, Gilgamesh. Permíteme vivir aquí, en el Bosque de los Cedros. Si respetas mi vida, seré tu esclavo, te entregaré tantos cedros como desees. Tú eres rey de Uruk por la gracia de Shamash, hónrale con un templo de cedro y construye para ti un palacio de cedro. Todo esto es tuyo con sólo respetar mi vida»[193].

Dijo Enkidu: «Amigo querido, no escuches nada de lo que diga el monstruo. Dale muerte antes de que te confunda».

Dijo Humbaba: «Si algún mortal conoce las normas de mi bosque, Enkidu, eres tú. Sabes que este es mi lugar y que yo soy el guardián del bosque. Enlil me puso aquí para inspirar terror a los hombres, y protejo el bosque tal como ordena Enlil. Si me matáis, incurriréis en la ira de los dioses y su juicio será severo[194]. Pude haberos matado a la entrada del bosque, pude haberos colgado de un cedro y alimentar con vuestras entrañas a los escandalosos buitres y cuervos. Ahora os toca a vosotros mostrarme compasión. Háblale, ruégale que respete mi vida».

Dijo Enkidu: «Amigo querido, rápido, antes de que transcurra más tiempo mata a Humbaba, no escuches sus palabras, no dudes, sacrifícalo, córtale la garganta antes de que el gran dios Enlil pueda detenernos, antes de que los grandes dioses puedan enojarse, Enlil en Nippur, Shamash en Larsa[195]. Gana tu fama de manera que por siempre los hombres hablen del valeroso Gilgamesh que dio muerte a Humbaba en el Bosque de los Cedros[196]».

Sabedor de que estaba perdido, Humbaba profirió un aullido: «A ambos os maldigo. Puesto que habéis hecho esto, muera Enkidu, muera entre grandes dolores, y experimente Gilgamesh el desconsuelo, quede su cruel corazón abrumado por el dolor».

Horrorizado, soltó su hacha Gilgamesh. Dijo Enkidu: «Ten valor, amigo querido. Cierra tus oídos a las maldiciones de Humbaba. No escuches sus palabras. ¡Mátalo! ¡Ahora!».

Al escuchar a su amigo, volvió en sí Gilgamesh. Lanzó un alarido, alzó su enorme hacha, la blandió y la hundió en el cuello de Humbaba. Manó la sangre, de nuevo el hacha golpeó la carne y el hueso, el monstruo se tambaleó, quedaron sus ojos en blanco y al tercer golpe del hacha se desmoronó como un cedro y se derrumbó en el suelo. Su estertor conmovió las montañas del Líbano, inundó los valles su sangre, retumbó el bosque en quince kilómetros. Entonces los dos amigos lo abrieron, extrajeron sus intestinos, cortaron su cabeza de dientes afilados como dagas y de horribles ojos rojos de fija mirada. Cayó una suave lluvia sobre las montañas. Cayó una suave lluvia sobre las montañas[197][198].

Tomaron sus hachas y se adentraron aún más en el bosque[199], iban cortando cedros, saltaban por los aires las astillas, cortaba Gilgamesh los poderosos árboles, convertía Enkidu los troncos en vigas[200]. Dijo Enkidu: «Con tu gran fuerza has dado muerte a Humbaba, el guardián del bosque. ¿Qué podría traerte el deshonor ahora? Hemos talado los árboles del Bosque de los Cedros, hemos hecho caer al más

alto de los árboles, el cedro cuya copa un día perforó el cielo. Lo convertiremos en una enorme puerta, de treinta metros de alto y nueve metros de ancho, la transportaremos por el Éufrates hasta el templo de Enlil en Nippur. Ningún hombre la traspasará, tan sólo los dioses. Que sea del agrado de Enlil, y que el pueblo de Nippur se regocije con ella»[201].

Ataron varios troncos y construyeron una balsa. La conducía Enkidu por las aguas del gran río. Sostenía Gilgamesh la cabeza de Humbaba.

LIBRO VI

Cuando regresaron a Uruk, la bien murada, Gilgamesh se bañó, lavó su cabello enmarañado y lo soltó sobre su espalda, se despojó de sus vestiduras sucias y ensangrentadas, vistió una túnica de la mejor lana, se envolvió en un manto púrpura con adornos dorados, lo ciñó con un amplio fajín con flecos y se puso su corona[202].

La diosa Ishtar puso sus ojos en él, contempló su esplendor de varón, su corazón se enamoró locamente, sus lomos ardieron de deseo[203].

«Ven aquí, Gilgamesh», dijo Ishtar, «cásate conmigo[204], entrégame tus deliciosos frutos, sé mi esposo, sé mi dulce hombre. Te entregaré riquezas que superan todos tus sueños: mármol y alabastro, marfil y jade[205], hermosas sirvientas de ojos verdeazulados[206], un carro de lapislázuli con ruedas doradas y cuernos de ámbar[207], tirado por mulas gigantes como demonios de la tormenta[208]. Cuando entres en mis templos fragantes de cedro, los sumos sacerdotes se postrarán y besarán tus pies, reyes y príncipes

se arrodillarán ante ti, te traerán tributo desde oriente y desde occidente. Y bendeciré todo aquello que posees, tus cabras parirán trillizos, tus ovejas gemelos, tus burros serán más veloces que cualquier mula, tus caballos de tiro vencerán en cualquier carrera, tus bueyes serán la envidia del mundo. Estos son los menores de los dones que derramaré sobre ti. Ven aquí, sé mi dulce hombre[209]».

Dijo Gilgamesh: «Tu precio es demasiado elevado, tales riquezas superan todos mis medios. Dime, ¿cómo podría devolvértelas, aunque te regalase joyas, perfumes, ricos vestidos? ¿Y qué será de mí cuando tu corazón se aparte de mí y tu deseo se apague?[210]

»¿Por qué habría de desear ser el amante de un horno quebrado que se enfría, de una puerta ligera que el viento arranca, de un palacio que se desploma sobre sus fieles defensores, de un ratón que acaba royendo su segura guarida de junco[211], del betún que ennegrece las manos del artesano, de un odre lleno de agujeros que se derrama sobre su propietario, de la cal que se desmorona y hace caer una sólida muralla de piedra[212], de un ariete que echa abajo las defensas de una ciudad aliada[213], de una sandalia que lastima el pie de su propietario?

»¿A cuál de tus esposos has amado para siempre? ¿Quién pudo satisfacer tus insaciables deseos?[214] Deja que te recuerde cuánto sufrieron, cómo todos ellos encontraron amargo final[215]. Recuerda qué le ocurrió a aquel hermoso joven, Tammuz: lo amaste cuando ambos erais jóvenes; luego mudaste de parecer, lo enviaste al inframundo[216], y lo condenaste a ser llorado un año tras otro. Amaste a la carraca de brillantes colores[217]; luego mudaste de parecer, la atacaste y quebraste sus alas, y ahora permanece en los árboles llorando *¡U-ii! ¡U-ii!*[218] Amaste al león de fuerza

inigualable; luego mudaste tu actitud y cavaste siete trampas para él, y cuando cayó, lo dejaste morir[219]. Amaste al fogoso semental, animoso en el combate; luego mudaste tu actitud, y lo condenaste a sufrir el látigo y las espuelas, a galopar sin descanso[220], con un freno en la boca, a enturbiar el agua que bebe de la poza[221]; y para su madre, la diosa Silili[222], decretaste un lamento que nunca ha de cesar. Amaste al pastor, el señor de los rebaños, que cada día cocía pan en tu honor y te ofrecía asado un cabrito recién sacrificado; luego mudaste de parecer, lo tocaste y se convirtió en lobo, y ahora sus propios pastores lo ahuyentan, y sus propios perros se arrojan sobre sus muslos hirsutos. Amaste al jardinero Ishullanu, que cada día te traía canastos con dátiles recién cogidos para adornar tu mesa. Te encaprichaste de él, te aproximaste a él y dijiste: “Dulce Ishullanu, déjame saborear tu vara, toca mi vagina, acaricia mi joya”[223], pero él respondió frunciendo el ceño: “¿Por qué habría de comer tu putrefacto banquete? ¿Qué puedes ofrecerme que no sea el pan de la deshonra, la cerveza de la vergüenza, y finos juncos para cubrirme cuando sople el viento frío?”. Pero tú insististe con tus dulces palabras y finalmente accedió; luego mudaste de parecer, lo convertiste en[224] sapo[225] y lo condenaste a vivir en su jardín arruinado. ¿Por qué habría de ser diferente mi suerte? Si me convierto en tu amante, me tratarías con la misma crueldad con que los trataste a ellos».

Explotó Ishtar de furia, comenzó a gritar. Airada y llorosa ascendió a los cielos, hasta su padre Anu[226] y su madre Antu, lágrimas de dolor corrían por sus mejillas. «¡Padre, Gilgamesh me ha calumniado! ¡Ha proferido contra mí los peores insultos, ha dicho cosas horribles, imperdonables!».

Dijo Anu a la princesa Ishtar: «¿No puede ser que provocaras tú esto? ¿Trataste de seducirlo? ¿O acaso comenzó a insultarte sin motivo?».

Dijo Ishtar: «Por favor, padre, te lo ruego, préstame el Toro Celeste tan sólo por un rato. Quiero llevarlo a la tierra, quiero dar muerte al mentiroso Gilgamesh y destruir su palacio. Si te niegas, derribaré las puertas del inframundo y un millón de espíritus hambrientos subirán a devorar a los vivos[227], y superarán los muertos a los vivos».

Dijo Anu a la princesa Ishtar: «Pero, si te entrego el Toro Celeste, Uruk padecerá una hambruna durante siete largos años. ¿Has provisto a la gente de grano para siete años y de forraje al ganado?[228]».

Contestó Ishtar: «Sí, naturalmente he hecho acopio de grano y forraje, he almacenado suficiente, más que suficiente, para siete años».

Cuando Anu escuchó estas palabras, ordenó que trajesen al Toro Celeste y le entregó el ronzal a la princesa Ishtar. Ishtar lo condujo a la tierra, el toro entró y bramó, la tierra entera se estremeció, los torrentes y las marismas se secaron, el agua del Éufrates descendió tres metros[229]. Cuando el toro bufó, se abrió una grieta en la tierra y cien guerreros cayeron en ella y murieron. Bufó de nuevo, se abrió una grieta en la tierra y doscientos guerreros cayeron en ella y murieron. Cuando bufó por tercera vez, se abrió una grieta en la tierra y Enkidu cayó en ella, hundido hasta la cintura. Salió y asió al toro por los cuernos, y este derramó sus babas sobre el rostro de Enkidu, alzó su cola y esparció estiércol sobre él. Gilgamesh acudió en su ayuda gritando: «Amigo querido, continúa luchando, juntos lo venceremos»[230]. Enkidu rodeó al toro hasta su trasera, lo asió de la cola y le puso el pie sobre las ancas; entonces

Gilgamesh, como un hábil matarife, se acercó resueltamente y le hundió su puñal entre las paletas y la testuz.

Una vez muerto el Toro Celeste, le arrancaron el corazón y se lo ofrecieron a Shamash. Entonces los dos héroes se postraron ante él y se sentaron, el uno junto al otro, como hermanos.

Ishtar estaba furiosa. Trepó a lo más alto de la gran muralla de Uruk y, retorciéndose de dolor, lloró: «Gilgamesh no sólo me calumnió; bestia de él, ahora ha dado muerte a su propio castigo, el Toro Celeste».

Cuando Enkidu escuchó estas palabras, rompió a reír, se agachó, arrancó uno de los muslos del Toro y lo arrojó al rostro de Ishtar. «¡Si te agarrara, haría lo mismo contigo, te haría trizas y colgaría de tus brazos las tripas del Toro!».

Reunió Ishtar a sus sacerdotisas, aquellas que se ofrecen a todos los varones en su honor[231]. Colocaron el muslo ensangrentado del Toro sobre el altar e iniciaron un solemne lamento.

Convocó Gilgamesh a sus maestros artesanos. Se maravillaron ante la contemplación de los gigantescos cuernos. Cada cuerno estaba hecho de quince kilos[232] de lapislázuli, era grueso como la longitud de dos pulgares y entre ambos podían albergar mil quinientos litros[233] de aceite. Tal fue la cantidad que Gilgamesh ofreció para ungir la estatua de su padre. Después, hizo colgar los dos enormes cuernos en la capilla dedicada a Lugalbanda[234].

Los dos amigos se lavaron en el río[235] y regresaron a palacio de la mano. Pasearon en su carro por las principales avenidas, y el pueblo los saludaba y vitoreaba al verlos.

Dijo Gilgamesh a sus cantoras[236]: «Decidme: ¿Quién es el más hermoso de los hombres? Decidme: ¿Quién es el más valiente de los héroes? Gilgamesh: él es el más hermoso de

los hombres; Enkidu: él es[237] el más valiente de los héroes. Somos nosotros quienes, encolerizados, arrojamos el muslo del Toro al rostro de Ishtar, y ahora, en las calles, no tiene quien la vengue».

Aquella noche hubo cánticos y celebración en el palacio. Después, al apoderarse el sueño de los guerreros, Enkidu tuvo un sueño terrible. Cuando despertó, dijo a Gilgamesh: «Amigo querido, ¿por qué se han reunido los dioses?».

LIBRO VII



«Hermano amado», dijo Enkidu, «esta noche tuve un sueño terrible. Soñé que habíamos ofendido a los dioses. Se reunían en consejo y Anu decía: “Han dado muerte al Toro Celeste y han matado a Humbaba, guardián del Bosque de los Cedros. Por lo tanto, uno de ellos debe morir”. Y le respondía entonces Enlil: “Enkidu, no Gilgamesh, habrá de morir”[238]».

Cayó enfermo Enkidu. Se tumbó en el lecho, presa de aflicción, manaban sus lágrimas como torrentes. Dijo a Gilgamesh: «Amigo querido, hermano querido, me llevan de tu lado y no regresaré. Me sentaré junto a los muertos del inframundo y nunca volveré a contemplar a mi hermano querido»[239].

Cuando oyó las palabras de su amigo, Gilgamesh lloró, bajaron las lágrimas por sus mejillas. Le dijo a Enkidu: «Mi queridísimo hermano, has sido un hombre cabal, pero ahora

profieres palabras sin sentido. ¿Cómo sabes que tu sueño no es favorable? El miedo hace que tus labios zumben como moscas».

Dijo Enkidu: «Hermano amado, anoche tuve un segundo sueño adverso[240]. Los cielos tronaban, la tierra contestaba y yo me encontraba en una llanura sombría. Aparecía una criatura con cabeza de león, espantoso era su rostro, tenía zarpas de león y garras y alas de águila. Se abalanzó sobre mí, me agarró del cabello, intenté luchar, pero de un golpe me hizo tambalearme como una balsa; saltó sobre mí, como un toro pisoteó mis huesos. "¡Gilgamesh, sálvame, sálvame!", gritaba. Pero tú no me salvabas. Sentías miedo y no venías. La criatura me tocó y de repente mis brazos se cubrieron de plumas, me los ató detrás y me arrastró hasta el inframundo, la casa de la oscuridad, el hogar de los muertos, el lugar de donde nadie regresa a la dulce tierra. Sus habitantes viven en la oscuridad, el polvo es su alimento, la arcilla es su bebida, visten ropajes con plumas como los pájaros, jamás ven la luz y todo allí está cubierto de polvo. Al entrar en aquella casa, miré, y a mi alrededor había coronas apiladas, vi reyes orgullosos que habían gobernado la tierra, que habían ofrecido carne asada a los dioses y agua fresca y pasteles a los difuntos. Vi allí a sumos sacerdotes y a sus acólitos, a exorcistas y profetas, a extáticos y a estólidos, vi a Etana, el monarca primigenio, a Sumuqan, el dios de los animales salvajes, y a Ereshkigal, la sombría reina del inframundo. Belet-seri[241], su escriba, estaba arrodillado ante ella y leía una tablilla en la que está escrito el día del fin de cada mortal. Al advertir mi presencia, la reina me miró con dureza y dijo: "¿Quién ha traído aquí a este nuevo habitante?"».

Dijo Gilgamesh: «Aunque suene adverso, este sueño podría ser un buen presagio. Los dioses envían sueños sólo a los que están sanos, nunca a los enfermos, así que es un hombre sano quien ha soñado[242]. Rogaré ahora a los grandes dioses para que nos ayuden. Rogaré a Shamash y a tu dios; a Anu, padre de los dioses; a Enlil, el consejero, y a Ea, el sabio[243], les rogaré que muestren compasión hacia ti, y luego mandaré hacer una estatua de oro puro a tu imagen[244]. No temas, amigo querido, pronto te sentirás mejor, esta imagen votiva te devolverá la salud[245]».

Dijo Enkidu: «No hay estatua de oro que pueda sanar este mal, amigo amado. Aquello que Enlil ha decidido no puede modificarse. Mi destino está sellado y nada hay que puedas hacer».

A la primera luz del alba, clamó Enkidu a Shamash, alzó la cabeza y las lágrimas corrieron por sus mejillas. «Me dirijo a ti, Señor, pues de improviso el destino se ha vuelto en mi contra[246]. Y pues aquel miserable trampero que me encontró cuando vivía libre ha destruido mi vida, arruina su sustento, haz que regrese a casa de vacío, que ningún animal caiga en sus trampas y, si lo hiciera, que se escabulla como la bruma y perezca de hambre por haberme traído hasta aquí[247]».

Tras hartarse de maldecir al cazador, maldijo también a Shamhat, la sacerdotisa de Ishtar. «Te asigno, Shamhat, un destino eterno, te maldigo por siempre, y ojalá que la maldición te alcance mientras salen aún estas palabras de mi boca. Que jamás poseas un hogar y una familia, jamás un

hijo propio al que cuidar, que tu esposo prefiera a las muchachas más jóvenes y hermosas[248], y que te golpee como una mujer golpea las esteras de su casa[249], que nunca consigas brillantes vasos de alabastro ni plata resplandeciente, que agradan a los hombres, que tu tejado se llene de goteras y no haya carpintero que las tape, que los perros salvajes se instalen en tu dormitorio[250], que las lechuzas aniden en tu sobrado, que los borrachos te vomiten encima, que la pared de una taberna sea tu lugar de trabajo, que vayas vestida con andrajos y ropa interior mugrienta, que las esposas indignadas te demanden, que las espinas y las zarzas derramen la sangre de tus pies, que los jóvenes se burlen de ti y la muchedumbre te escarnezca cuando pases por las calles[251]. Esta será tu recompensa, Shamhat, por haberme seducido en el monte cuando era fuerte, inocente y libre».

El brillante Shamash, el protector, escuchó su ruego. Entonces del cielo surgió la voz divina: «Enkidu, ¿por qué maldices a la sacerdotisa Shamhat? ¿Acaso no fue ella quien te ofreció un pan digno de un dios y cerveza digna de un rey, quien te vistió con gloriosas vestiduras y te entregó al gran Gilgamesh como tu íntimo amigo? Ahora él te hará reposar en un lecho de honor[252], te depositará en unas regias andas, a su izquierda hará colocar tu estatua en el lugar de descanso, los príncipes de la tierra besarán sus pies, el pueblo de Uruk te llorará, y cuando te hayas ido, vagará por el monte con el cabello enmarañado y una piel de león».

Cuando Enkidu escuchó estas palabras, se apaciguó su airado corazón. Reflexionó sobre Shamhat y dijo: «Te asigno,

Shamhat, un destino diferente, mi boca que antes te maldijo te bendice ahora. Que seas adorada por nobles y príncipes, que a tres kilómetros de distancia tu amante tiemble de excitación y a la mitad se muerda los labios por deseo de los tuyos, que el guerrero ansíe yacer desnudo a tu lado, que Ishtar te dé amantes generosos cuyos cofres rebosen de joyas y oro, y que la que fue siete veces madre sea abandonada por tu causa».

Luego dijo Enkidu a Gilgamesh[253]: «Tú que has caminado junto a mí, firme ante tantos peligros, recuérdame, nunca olvides lo que he soportado».

El día que Enkidu tuvo aquellos sueños, comenzó a menguar su fuerza. Estuvo mortalmente enfermo durante doce largos días, yació agonizante en su lecho, incapaz de descansar, y empeoró de día en día[254]. Finalmente, se incorporó y llamó a Gilgamesh: «¿Me has abandonado, amigo querido? Me dijiste que vendrías en mi ayuda cuando sintiese miedo, mas no puedo verte, no has acudido a ahuyentar este peligro. ¿Acaso no éramos inseparables tú y yo?»[255].

Al escuchar el estertor de la muerte, gimió Gilgamesh como un pichón y su rostro se ensombreció. «Aguarda, amado, no me abandones. Tú, el más querido de los hombres, no te mueras, no les permitas que te aparten de mí»[256].

LIBRO VIII

Toda la noche lloró Gilgamesh por su amigo muerto. Con la primera luz del alba, gritó: «Enkidu, queridísimo hermano, llegaste a Uruk desde el monte, tu madre fue una gacela, un onagro fue tu padre, te criaste con la leche del antílope y del venado, y los rebaños te enseñaron dónde estaban los mejores pastos. Que los senderos que te condujeron al Bosque de los Cedros te lloren sin cesar día y noche, que te lloren aquellos ancianos de la bien murada Uruk que nos bendijeron al partir, que te lloren las colinas y las montañas que ascendimos, que te lloren los pastos como a su propio hijo, que te llore el bosque que talamos con furia, que te lloren el oso, la hiena, la pantera, el leopardo, el venado, el chacal, el león, el toro salvaje, la gacela, que te lloren los ríos Ulaya[257] y Éufrates, cuyas sagradas aguas ofrecimos a los dioses, que te lloren los jóvenes de la bien murada Uruk que festejaron cuando dimos muerte al Toro Celeste, que te llore el granjero que cantaba a los cielos tu alabanza mientras recogía su cosecha, que te llore el pastor que te

ofrecía leche, que te llore el cervecero que te elaboraba la mejor cerveza, que te lloren las sacerdotisas de Ishtar que te masajeaban con fragante aceite, que te lloren los invitados a la boda como a su propio hermano, que te lloren los sacerdotes del templo soltándose sus cabelleras.

«Escuchadme, ancianos, escuchadme, jóvenes, mi amigo amado está muerto, está muerto, mi hermano amado está muerto, lo lloraré mientras respire, sollozaré por él como una mujer que ha perdido a su único hijo[258]. Oh, Enkidu, tú eras el hacha que iba a mi lado y en quien mi brazo confiaba, el puñal que iba en mi funda, mi escudo, mi gloriosa vestimenta, el ancho cinturón que ceñía mis lomos, y ahora un cruel destino te ha arrancado de mí para siempre. Amigo amado, veloz semental, venado salvaje[259], leopardo que recorre el monte, Enkidu, veloz semental, venado salvaje, leopardo que recorre el monte, juntos cruzamos las montañas, juntos dimos muerte al Toro Celeste, matamos a Humbaba, que guardaba el Bosque de los Cedros, ¡oh, Enkidu! ¿Qué es este sueño que se ha apoderado de ti, que ha ensombrecido tu rostro y detenido tu respiración?».

Mas Enkidu no respondía. Gilgamesh tocó su corazón, mas no latía.

Entonces, como el de una novia, cubrió con un velo el rostro de Enkidu. Semejante a un águila, Gilgamesh trazó círculos a su alrededor, no cesaba de acercarse y alejarse de él, como una leona cuyos cachorros han caído en una trampa, se arrancaba mechones del cabello, rasgaba sus magníficas vestiduras como si estuvieran malditas.

A la primera luz del alba, Gilgamesh pronunció una proclama: «Herreros, orfebres, todos los que trabajáis la plata, el metal y las gemas, cread una estatua de Enkidu, mi amigo, hacedla más espléndida que cualquiera que haya existido jamás. De lapislázuli recubrid su barba, de oro su pecho. Que la obsidiana y las otras piedras preciosas —un millar de joyas de todos los colores— se amontonen junto al oro y la plata, y sean traídas en una barca, Éufrates abajo, hasta la bien murada Uruk, para la estatua de Enkidu[260]. Lo haré reposar en un lecho de honor, lo depositaré en unas regias andas, a mi izquierda haré colocar su estatua en el lugar de descanso, los príncipes de la tierra besarán sus pies, el pueblo de Uruk le llorará, y cuando se haya ido, vagaré por el monte con el cabello enmarañado y una piel de león».

Una vez hubo pronunciado esta proclama, se dirigió al tesoro, abrió su puerta y examinó sus riquezas[261]; de él sacó entonces armas y enseres preciosos tachonados de joyas y provistos de asideros con incrustaciones de oro y marfil, y las presentó en nombre de Enkidu, su amigo, como ofrenda a los dioses del inframundo. Reunió ovejas y bueyes bien cebados, los sacrificó y los apiló en honor de Enkidu, su amigo amado. Cerró los ojos y en su mente se formó una imagen del río infernal; abrió entonces la puerta del palacio, sacó una mesa de ofrendas de preciosa madera de tejo[262], llenó un vaso de cornalina con miel, llenó otro, de lapislázuli[263], con manteca y, una vez estuvieron dispuestas las ofrendas, las vertió en presencia de Shamash[264].

A la gran reina Ishtar le ofreció una pulida jabalina de puro cedro[265]. «Que Ishtar acepte esto[266], que acoja a mi amigo y camine junto a él en el inframundo, de modo que no sufra aflicción Enkidu». A Sîn, el dios de la luna, le ofreció un puñal con una hoja curva de obsidiana. «Que Sîn acepte esto, que acoja a mi amigo y camine junto a él en el inframundo, de modo que no sufra aflicción Enkidu». A Ershigal, la tenebrosa reina de los muertos, le ofreció un frasco de lapislázuli. «Que la reina acepte esto, que acoja a mi amigo y camine junto a él en el inframundo, de modo que no sufra aflicción Enkidu». Para Tammuz, el amado pastor de Ishtar, su ofrenda fue una flauta de cornalina; para Namtar, visir de los dioses tenebrosos, una silla y un cetro de lapislázuli; para Hushbishag, criada de los dioses tenebrosos, un collar de oro; para Qassa-tabat, la barrendera de los infiernos, un brazalete de plata; para Ninshuluhha, la que cuida la casa, un espejo[267] de alabastro en cuyo reverso había una imagen del Bosque de los Cedros con incrustaciones de rubí y lapislázuli; para el matarife, Bibbu, un cuchillo de doble hoja con una empuñadura de lapislázuli en la que había una representación del sagrado Éufrates. Una vez estuvieron dispuestas todas las ofrendas[268], hizo su plegaria: «Que los dioses acepten estos presentes, que acojan a mi amigo y caminen junto a él en el inframundo, de modo que no sufra aflicción Enkidu».

Tras el funeral, Gilgamesh abandonó Uruk y se internó en el monte con el cabello enmarañado y una piel de león[269].

LIBRO IX



Lloraba Gilgamesh por su amigo Enkidu, con amargura lloraba mientras vagaba por el monte. «¿También yo he de morir? ¿He de estar tan carente de vida como Enkidu? ¿Cómo puedo soportar esta angustia que anida en mi vientre, este temor a la muerte que me empuja sin cesar? Si al menos pudiera hallar al único hombre al que los dioses hicieron inmortal, le preguntaría cómo vencer a la muerte[270]».

Así vagaba Gilgamesh, con el corazón lleno de angustia, caminando, siempre hacia oriente, en busca de Utnapishtim, a quien los dioses concedieron la inmortalidad[271].

Por fin llegó allí donde se alzan los dos altos picos llamados Montes Gemelos. Sus cumbres acarician la bóveda celeste y sus pies llegan hasta el inframundo, vigilan la salida del sol y su regreso. A su entrada se encontraban apostados dos hombres-escorpión que guardaban el túnel en el que el sol

se sume al anochecer para atravesar la tierra y del que emerge por el horizonte al amanecer. La visión de aquellos dos seres le infundió tal terror que hubiera sido bastante dar muerte a un hombre corriente. Sus auras brillaban por encima de las montañas. Cuando Gilgamesh los vio, se sintió traspasado de temor, pero se mostró firme y se encaminó hacia ellos.

Dijo el hombre escorpión a su esposa: «Pues este se acerca, debe ser un dios».

Le respondió la mujer escorpión: «Es dos tercios divino y un tercio humano».

Dijo el hombre escorpión: «¿Cuál es tu nombre? ¿Cómo has osado venir aquí? ¿Por qué has viajado hasta tan lejos, atravesando mares y montañas infranqueables, cruzando desiertos y yermos en los que ningún mortal se había adentrado? Dime la razón de tu viaje. Quiero saber».

«Gilgamesh es mi nombre», respondió, «soy el rey de la bien murada Uruk y he venido hasta aquí para encontrar a mi antepasado Utnapishtim, que se unió a la asamblea de los dioses y a quien se concedió vida eterna. Él es mí última esperanza. Quiero preguntarle cómo logró vencer a la muerte»[272].

Dijo el hombre escorpión: «Nadie puede atravesar los Montes Gemelos, ni nadie ha penetrado jamás en el túnel en el que el sol se sume al anochecer para atravesar la tierra. En su interior es total la oscuridad, es profunda la oscuridad, sin una sola luz».

Dijo la mujer escorpión: «El cuerpo de este hombre valeroso[273] al que empuja la desesperación está congelado, exhausto y quemado por el sol del desierto. Muéstrale el camino para llegar hasta Utnapishtim».

Dijo el hombre escorpión: «El túnel se adentra sin cesar hasta lo más oscuro de la tierra. Todo será negro como la brea delante y detrás de ti, todo negro como la brea a tus costados. Deberás correr por el túnel más rápido que el viento. Dispones sólo de doce horas. Si no sales del túnel antes de que se ponga el sol y penetre en él, no hallarás refugio donde protegerte de su mortífero fuego. Penetra en las profundidades de las montañas, que los Montes Gemelos te conduzcan sano y salvo hasta tu destino, que te lleven sano y salvo hasta el confín del mundo. La entrada del túnel se encuentra frente a ti. Ahora, ve en paz y regresa en paz»[274].

En cuanto el sol salió, entró Gilgamesh en el túnel. Comenzó a correr. Corrió durante una hora, profunda era la oscuridad, sin luz alguna ni delante ni detrás de él, ni tampoco a sus costados[275]. Corrió durante una segunda y una tercera horas, sin luz alguna ni delante ni detrás de él, ni tampoco a sus costados. Corrió durante una cuarta y una quinta horas, profunda era la oscuridad, sin luz alguna ni delante ni detrás de él, ni tampoco a sus costados. Corrió durante una sexta y una séptima horas, profunda era la oscuridad, sin luz alguna ni delante ni detrás de él, ni tampoco a sus costados. En la hora octava, Gilgamesh aulló de terror, profunda era la oscuridad, sin luz alguna ni delante ni detrás de él, ni tampoco a sus costados. En la hora novena, sintió una brisa

en su rostro, profunda era la oscuridad, sin luz alguna ni delante ni detrás de él, ni tampoco a sus costados. Corrió durante una décima y una undécima horas, profunda era la oscuridad, sin luz alguna ni delante ni detrás de él, ni tampoco a sus costados. En la duodécima hora salió del túnel a la luz. El sol se estaba precipitando hacia la entrada. Había escapado por poco.

Ante él apareció el jardín de los dioses, con deslumbrantes árboles cuajados de gemas de todos los colores. Había árboles en los que crecían rubíes, árboles con flores de lapislázuli, árboles de los que pendían como dátiles gigantescos racimos de coral. Por doquier, brillando en las ramas, había joyas enormes: esmeraldas, zafiros, hematites, diamantes, cornalinas, perlas. Alzó la vista Gilgamesh y quedó maravillado.

LIBRO X

Sentada en el confín del mundo estaba Shiduri, la tabernera. Un velo cubría su rostro, y junto a ella estaban su soporte dorado para la tinaja y su cuba para la cerveza[276]. Cuando Gilgamesh avanzó hacia ella, agotado, con el corazón lleno de angustia, ella pensó: «Este hombre desesperado debe de ser un asesino. ¿Por qué razón, sí no, se dirige hacia mí?». Corrió al interior de su taberna, atrancó la puerta y subió al tejado. Escuchó Gilgamesh el ruido, alzó su mirada y la vio allí, mirándolo fijamente. «¿Por qué te has encerrado ahí?» le gritó. «Quiero entrar. Si no me permites entrar, romperé los cerrojos y echaré tu puerta abajo».

Respondió Shiduri: «Parecías tan salvaje que atranqué mi puerta y subí al tejado. Dime tu nombre. ¿Adónde te diriges?».

«Gilgamesh es mi nombre», replicó. «Soy el rey de la bien murada Uruk. Soy el hombre que dio muerte a Humbaba en

el Bosque de los Cedros, soy el hombre que derrotó al Toro Celeste».

Preguntó Shiduri: «¿Por qué tus mejillas están tan demacradas[277] y tus rasgos tan alterados? ¿Por qué tu rostro está helado y quemado a la vez por el sol del desierto? ¿Por qué hay tanto dolor en tu corazón? ¿Por qué estás agotado y a punto de desmoronarte como si hubieras hecho un largo y penoso viaje?».

Dijo Gilgamesh: «¿Cómo no habrían de estar mis mejillas demacradas, cómo no habría de estar mi rostro alterado, helado y quemado por el sol del desierto? ¿Cómo no habría de estar mi corazón lleno de dolor? ¿Cómo no habría de estar agotado y a punto de desmoronarme? A mi amigo, mi hermano, a quien tanto amaba, que me acompañaba frente a cualquier peligro, a Enkidu, mi hermano, a quien tanto amaba, que me acompañaba frente a cualquier peligro, el sino de todos los hombres lo ha derribado. Durante seis días no permití que lo sepultasen, pues pensaba: “Si mi dolor es suficientemente violento, quizás regrese a la vida”[278]. Durante seis días y siete noches lo lloré, hasta que un gusano salió por su nariz. Entonces me asusté, se apoderó de mí el miedo a la muerte y salí a vagar por el monte. No puedo soportar lo que le ocurrió a mi amigo, no puedo soportar lo que le ocurrió a Enkidu, así que vago por el monte sumido en mi dolor. ¿Cómo puede hallar descanso mi mente? Mi amigo amado se ha convertido en arcilla, mi amado Enkidu se ha convertido en arcilla. ¿Y no me ocurrirá como a él, que me tumbaré en el polvo y no volveré a levantarme?».

Dijo Shiduri: «¿Por qué andas vagando por ahí, Gilgamesh? Jamás hallarás la vida eterna que buscas. Cuando los dioses crearon a los humanos, crearon también la muerte y reservaron la vida eterna sólo para ellos. Los hombres nacen, viven y después mueren, ese es el orden que han decretado los dioses. Mas, hasta que llegue ese final, goza de la vida, pásala feliz, no desesperes[279]. Saborea tu alimento, haz de cada uno de tus días un placer[280], báñate y unge tu cuerpo de aceite, viste brillantes vestidos de deslumbrante limpieza, que la música y la danza inunden tu hogar, ama al niño que te coge la mano y que tu esposa goce siempre en tu abrazo. Tal es la mejor forma que tiene un hombre de vivir».

Clamó Gilgamesh: «¿Qué estás diciendo, tabernera? Mi corazón está afligido por el amigo que murió. ¿Qué sentido pueden tener tus palabras cuando mi corazón está afligido por Enkidu, que murió?[281] Muéstrame el camino que lleva hasta Utnapishtim. Cruzaré el vasto océano si está en mi mano y, si me es imposible, seguiré vagando por el monte embargado por mi dolor».

Dijo Shiduri: «Nunca ha existido un sendero que cruce el vasto océano y jamás ha existido un ser humano capaz de cruzarlo. Sólo el valeroso Shamash, cuando asciende por el cielo, puede cruzar el vasto océano, ¿quién más podría hacerlo? La travesía es ardua, el peligro es grande y en medio se encuentran las Aguas de la Muerte, cuyo contacto mata de inmediato. Aunque consigas recorrer tal distancia, ¿qué harás cuando llegues a las Aguas de la Muerte? El único hombre que puede ayudarte es Urshanabi, el barquero

de Utnapishtim. Está cortando ramas de pino en el bosque y le acompañan los Hombres de Piedra[282]. Ve donde está. Pregúntale. Si responde sí, podrás cruzar el vasto océano. Si responde no, deberás regresar».

Cuando oyó estas palabras, Gilgamesh aferró su hacha, desenvainó su puñal y marchó sigilosamente hacia donde estaban. Una vez cerca, cayó sobre ellos como una flecha. Su grito de guerra resonó en todo el bosque. Al ver el brillante puñal, al ver el destello del hacha, Urshanabi se quedó inmóvil, aturdido. El miedo se apoderó de los Hombres de Piedra que manejaban la barca[283]. Gilgamesh los hizo pedazos y los arrojó al mar, en cuyas aguas se hundieron.

Retrocedió entonces Gilgamesh y se plantó frente a él. Urshanabi lo miraba de hito en hito, luego le preguntó: «¿Quién eres? Dime, ¿cuál es tu nombre? Yo soy Urshanabi, servidor de Utnapishtim, el Lejano».

«Gilgamesh es mi nombre», respondió. «Soy el rey de la bien murada Uruk. He viajado hasta aquí a través de las altas montañas, he viajado hasta aquí por el camino oculto que cruza el inframundo y por el que aparece el sol[284]. Muéstrame el camino que conduce hasta Utnapishtim».

Respondió Urshanabi: «Tus propias manos han vedado la travesía, pues en tu furia despedazaste a los Hombres de Piedra que manejaban mi barca y no podían ser heridos por las Aguas de la Muerte[285]. Pero no desesperes. Hay otra forma en que podemos cruzar el vasto océano[286]. Toma tu hacha, corta trescientas pértigas puntiagudas, cada una de

treinta metros[287], pélalas, hazles empuñaduras[288] y tráemelas. Yo aguardaré aquí».

Se adentró Gilgamesh en el bosque, cortó trescientas pértigas puntiagudas, cada una de treinta metros de largo, las peló, les hizo empuñaduras y se las llevó a Urshanabi, el barquero. Embarcaron y se hicieron a la mar.

Navegaron sin detenerse, durante tres días y tres noches, la distancia de seis semanas para los hombres corrientes, hasta que llegaron a las Aguas de la Muerte. Dijo Urshanabi: «Ahora ten cuidado. Coge la primera pértiga, danos impulso y no toques las Aguas de la Muerte. Cuando llegues al final de la primera pértiga, déjala ir, toma una segunda y una tercera, hasta que llegues al final de las trescientas pértigas y las Aguas de la Muerte queden a nuestras espaldas»[289].

Cuando hubo usado las trescientas pértigas, Gilgamesh tomó la túnica de Urshanabi y la desplegó como una vela, con los dos brazos extendidos, y la pequeña barca avanzó hacia la orilla.

Solo en la orilla se encontraba Utnapishtim, preguntándose a medida que los iba viendo acercarse: «¿Qué ha sido de los Hombres de Piedra que manejaban la barca? ¿Por qué hay un extraño a bordo? Jamás lo había visto. ¿Quién podrá ser?».

Desembarcó Gilgamesh. Al ver al anciano, le dijo: «Dime, ¿dónde puedo hallar a Utnapishtim, quien se unió a la asamblea de los dioses y a quien se le concedió vida eterna?»[290].

Preguntó Utnapishtim: «¿Por qué tus mejillas están tan demacradas y tus rasgos tan alterados? ¿Por qué tu rostro está helado y quemado a la vez por el sol del desierto? ¿Por qué hay tanto dolor en tu corazón? ¿Por qué estás agotado y a punto de desmoronarte como si hubieras hecho un largo y penoso viaje?».

Dijo Gilgamesh: «¿Cómo no habrían de estar mis mejillas demacradas, cómo no habría de estar mi rostro alterado, helado y quemado por el sol del desierto? ¿Cómo no habría de estar mi corazón lleno de dolor? ¿Cómo no habría de estar agotado y a punto de desmoronarme? A mi amigo, mi hermano, a quien tanto amaba, que me acompañaba frente a cualquier peligro, a Enkidu, mi hermano, a quien tanto amaba, que me acompañaba frente a cualquier peligro, el sino de todos los hombres lo ha derribado. Durante seis días no permití que lo sepultasen, pues pensaba: "Si mi dolor es suficientemente violento, quizás regrese a la vida". Durante seis días y siete noches lo lloré, hasta que un gusano salió por su nariz. Entonces me asusté, se apoderó de mí el miedo a la muerte y salí a vagar por el monte. No puedo soportar lo que le ocurrió a mi amigo, no puedo soportar lo que le ocurrió a Enkidu, así que vago por el monte sumido en mi dolor. ¿Cómo puede hallar descanso mi mente? Mi amigo amado se ha convertido en arcilla, mi amado Enkidu se ha convertido en arcilla. ¿Y no me ocurrirá como a él, que me tumbaré en el polvo y no volveré a levantarme? Por eso debo hallar a Utnapishtim, a quien los hombres llaman "El Lejano". Debo preguntarle cómo logró vencer a la muerte. He recorrido el mundo, he ascendido las montañas más traicioneras, he atravesado desiertos, cruzado el vasto

océano y rara vez el dulce sueño ha suavizado mi rostro. Me he consumido en esfuerzos incesantes, he llenado mis músculos de dolor y angustia. Ha dado muerte al oso, al león, a la hiena, al leopardo, al tigre, al venado, al antílope y al íbice. He comido su carne y he cubierto mi cuerpo con sus ásperas pieles. ¿Y qué he logrado al final? Cuando encontré a Shiduri la tabernera, estaba sucio, exhausto y lleno de aflicción. Ahora espero que las puertas del dolor se cierren detrás de mí y queden selladas con betún y pez[291]».

Dijo Utnapishtim: «¿Por qué, Gilgamesh, prolongas tu pesar? ¿Alguna vez te has detenido a comparar tu buena suerte con la de un loco? Tú fuiste creado con la carne de dioses y de hombres, los dioses te han colmado con sus dones como si fueran tus padres y madres, desde tu nacimiento te asignaron un trono y te dijeron "¡Gobierna sobre los hombres!". Al loco le dieron posos de cerveza en lugar de mantequilla, mendrugos correosos en lugar del pan digno de los dioses, harapos en lugar de magníficas vestimentas, en lugar de un ancho cinturón con ribetes una cuerda vieja[292], y una mente frenética, sin sentido e insatisfecha[293]. ¿Acaso no puedes ver cuán afortunado eres? Te has consumido en esfuerzos incesantes, has llenado tus músculos de dolor y angustia. ¿Y qué has logrado sino aproximarte un día más al final de tus días? Por la noche, la luna viaja por el cielo, los dioses del cielo permanecen despiertos y velan por nosotros, ajenos al sueño, inmortales. Tal se hizo el mundo desde los tiempos antiguos[294].

»Sí, arrebataron los dioses la vida a Enkidu. Pero breve es la vida del hombre, puede quebrarse en cualquier momento como un junco en un cañizar. El joven hermoso, la adorable

joven, en la flor de sus vidas la muerte llega y los arrebata. Pese a que nadie ha visto el rostro de la muerte, ni ha escuchado su voz, de improviso, inmisericorde, la muerte nos destruye, a todos nos destruye, jóvenes o viejos. Y aunque construyamos casas y establezcamos contratos, los hermanos dividen sus herencias, los conflictos aparecen, aunque esta vida humana durase por siempre. El río crece, inunda sus orillas y nos arrastra como efímeras flotando a la deriva: miran al sol y, en un instante, no queda nada.

»El que duerme y el muerto, ¡cuán semejantes son! Sin embargo, el que duerme se despierta y abre los ojos, mientras que nadie regresa de la muerte. ¿Y quién puede saber cuándo ha de llegar su último día? Cuando los dioses se reúnen, deciden tu destino, fijan tu vida y tu muerte, mas el momento de la muerte no lo revelan».

LIBRO XI

Dijo Gilgamesh a Utnapishtim: «Imaginaba que serías semejante a un dios. Pero tu apariencia es como la mía, no eres diferente. Mi intención era luchar contra ti, pero ahora que estoy ante ti, ahora que veo quién eres, no puedo luchar, algo me retiene. Dime, ¿cómo es que tú, un mortal, venciste a la muerte y te uniste a la asamblea de los dioses y se te concedió vida eterna?».

Dijo Utnapishtim: «Te revelaré un misterio, un secreto de los dioses. Ocurrió en Shuruppak, la antigua ciudad a orillas del Éufrates, que tú conoces bien. Yo viví allí en un tiempo, fui su rey en un tiempo, hace ya mucho, cuando los grandes dioses decidieron enviar el Diluvio[295]. Cinco dioses decidieron y se conjuraron para mantener su plan secreto: Anu, el padre de todos ellos; Enlil, el consejero; Ninurta, el mayordomo de los dioses, y Ennugi, su alguacil. También Ea, el más astuto de los dioses, había prestado el juramento, pero yo le escuché susurrando el secreto al cercado de

juncos que rodeaba mi casa. “Cercado, cercado, presta atención a mis palabras. Rey de Shuruppak, apresúrate, apresúrate, echa abajo tu casa y construye un gran barco, abandona tus posesiones, salva tu vida. El barco habrá de ser cuadrado, de modo que su longitud sea igual a su anchura. Construye un tejado que lo cubra, de la misma forma que el Gran Abismo[296] está cubierto por la tierra. Reúne entonces y embarca en él ejemplares de toda criatura viviente”.

»Comprendí las palabras de Ea y dije: “Mi señor, obedeceré tus órdenes exactamente como me las has transmitido. Mas ¿qué diré cuando la gente me pregunte por qué construyo tan gran embarcación?”.

»Respondió Ea: “Contéstales que Enlil te aborrece, que no puedes vivir en esta ciudad por más tiempo, ni tampoco caminar sobre la tierra, que pertenece a Enlil; que es tu destino descender al Gran Abismo y vivir con Ea, tu señor, y que Ea dejará llover abundancia sobre ellos. Todos ellos recibirán lo que quieren, y aún más[297]”.

»Diseñé la estructura, dibujé los planos[298]. Con las primeras luces del alba, todos se reunieron, los carpinteros trajeron sus sierras y sus hachas, los cesteros trajeron sus piedras para alisar, los cordeleros trajeron sus cuerdas y los niños llevaban el betún. También los pobres ayudaban en la medida de sus posibilidades, unos cargaban tablones, otros clavaban clavos, otros cortaban madera[299]. Al final del quinto día, el casco estaba terminado: las cubiertas tenían una extensión de tres mil seiscientos metros cuadrados[300], medían los costados sesenta metros[301] de alto. Construí

seis cubiertas, de modo que la altura del barco se dividía en siete[302]. Dividí cada cubierta en nueve compartimentos, introduje cuñas de desagüe en todos los agujeros, hice acopio de palos y otros enseres, vertí en el crisol once mil litros[303] de betún y de él once mil litros de pez salieron. Trajeron los carreteros once mil litros de aceite: un tercio se empleó en el calafateado, y se reservaron dos tercios que almacenó el barquero. Todos los días sacrificaba toros para mis trabajadores. Sacrificaba ovejas, les daba barriles de cerveza y vino, y ellos los bebían como si fuera agua del río. Una vez estuvieron terminados todos los trabajos del barco, lo festejamos como si fuera el Año Nuevo. Al amanecer distribuí aceite para el ritual, y para la puesta de sol el barco estaba preparado. La botadura fue complicada. Deslizamos el barco sobre troncos hasta el río y lo largamos hasta que estuvo sumergido en dos tercios. Cargué en él todas mis preciadas posesiones: todo mi oro y mi plata, toda mi familia, todos mis parientes, todas las especies animales, salvajes y domésticas, así como obreros y artesanos de todas las clases.

»Entonces Shamash anunció que el momento había llegado. “Entra en el barco ahora, sella la escotilla”. Miré al cielo, su vista infundía pavor. Entré en el barco. A Puzur-amurri, el carpintero de ribera, el hombre que selló la escotilla, le regalé mi palacio[304] con todas sus riquezas.

»Con la primera luz del alba, una inmensa nube negra se alzó sobre el horizonte y cruzó el cielo. En su interior rugía Adad, el dios de la tormenta, mientras Shullat y Hanish, los dioses gemelos de la destrucción, le precedían surcando montañas y valles. Nergal, dios de la peste, derribó los

diques del Gran Abismo, Ninurta abrió las compuertas del rielo, los dioses infernales centellearon y prendieron fuego a toda la tierra. Un silencio mortal se extendió por el cielo y la luz se tornó en tinieblas. La tierra se quebró como un cuenco de arcilla. Todo el día, sin cesar, soplaron los vientos de tormenta, llovió, luego se desencadenó el Diluvio, arrasando a los hombres como lo hace la guerra. No se podía ver entre tanta lluvia, caía cada vez con más fuerza, tan densa que no podrías ver tu propia mano delante de los ojos[305]. Incluso los dioses se sentían asustados. El agua subió y subió hasta que los dioses huyeron al palacio de Anu en lo más alto del cielo[306]. Mas Anu había cerrado las puertas. Como perros se acurrucaron los dioses contra el muro del palacio.

»Aruru[307], la de dulce voz, madre de los hombres, chillaba como una parturienta: “¡Ojalá nunca se hubiera alzado el día en el que proferí perversas palabras en el consejo de los dioses[308]! ¿Cómo pude acceder a que perecieran mis hijos enviándoles el Gran Diluvio? He dado a luz a la raza humana, sólo para verlos llenar el océano como peces”. Los otros dioses se lamentaban junto a ella; se sentaron y la escucharon, y lloraron. Sus labios estaban resecos, cubiertos de costras[309].

»Por seis días y siete noches, la tormenta arrasó la tierra. Al séptimo día, cesó el aguacero. El océano se calmó. No se veía tierra alguna, únicamente agua hacia dondequiera que mirase, tan lisa como un tejado[310]. No había vida alguna. La raza humana se había convertido en arcilla. Abrí una compuerta y la bendita luz del sol cayó sobe mí; entonces me arrodillé y lloré. Cuando me levanté y miré a mi alrededor, apareció ante mí, a menos de un kilómetro[311], la

línea de la costa. Sobre el monte Nimush quedó varado el barco, la montaña lo retuvo y no lo liberó. Por seis días y siete noches, la montaña no lo liberó[312]. Al séptimo día, cogí una paloma y la solté. Partió la paloma, mas regresó al barco, pues no halló lugar donde posarse. Esperé, cogí entonces una golondrina y la solté. Partió la golondrina, mas regresó al barco, pues no halló lugar donde posarse. Esperé, entonces cogí un cuervo y lo solté. Partió el cuervo y, al retirarse el agua, halló una rama y se posó en ella, picoteó, alzó el vuelo y no regresó.

»Cuando las aguas se hubieron secado y apareció la tierra, puse en libertad a los animales que tenía conmigo, sacrifiqué una oveja en la cumbre de la montaña y se la ofrecí a los dioses. Luego dispuse dos hileras de siete vasos rituales, quemé unos juncos y ramas de cedro y mirto. Los dioses percibieron la fragancia, olieron la dulce fragancia y, como moscas, se arremolinaron alrededor de las ofrendas.

»Cuando llegó Aruru, elevó al cielo su collar de lapislázuli[313], regalo de Anu cuando comenzaron sus amoríos. “Juro por este precioso ornamento que jamás olvidaré estos días. Que todos los dioses acudan al sacrificio, excepto Enlil, pues imprudentemente envió el Gran Diluvio y destruyó a mis hijos”.

»Llegó entonces Enlil. Al ver el barco, se enfureció, mostró su ira contra los otros dioses. “¿Quién ayudó a estos humanos a escapar? ¿Acaso no debía el Diluvio destruirlos a todos?”.

»Respondió Ninurta: "¿Quién sino Ea, el más astuto de nosotros, podría idear tal cosa?".

»Dijo Ea al consejero Enlil: "Tú, el más sabio y valiente de los dioses, ¿cómo pudiste ser tan imprudente como para enviar el Gran Diluvio[314] para destruir a la humanidad? Se debe castigar al pecador por sus pecados, castigar al criminal por su crimen, mas sé clemente, no permitas que mueran todos los hombres a causa de los pecados de algunos. En lugar de un diluvio, deberías haber enviado leones que diezmaran a la raza humana, o lobos, o una hambruna, o una plaga mortal[315]. Por lo que respecta a mi solemne juramento, yo no revelé el secreto de los dioses, sólo se lo susurré a un cercado de juncos y, al parecer, Utnapishtim lo oyó[316]. Ahora tú debes decidir cuál ha de ser su destino".

»Subió entonces Enlil al barco, tomó mi mano, me hizo salir y luego hizo salir a mi esposa. Nos ordenó arrodillarnos delante de él, tocó nuestras frentes y, de pie entre nosotros, nos bendijo: "Escuchadme, oh dioses: Hasta ahora, Utnapishtim era un hombre mortal. Mas a partir de ahora, él y su esposa serán dioses como nosotros, vivirán para siempre, lejos, en la fuente de los ríos[317]". Y aquí vivimos.

»Y ahora, Gilgamesh, ¿quién reunirá a los dioses por tu bien? ¿Quién los convencerá para que te concedan la vida eterna que buscas? ¿Cómo sabrán que la mereces? Supera primero esta prueba: permanece, sin más, despierto durante siete días. Vence al sueño, y quizás vencerás a la muerte[318]».

Se sentó, pues, Gilgamesh contra un muro para comenzar la prueba. Nada más sentarse, el sueño lo envolvió como la niebla.

Dijo Utnapishtim a su esposa: «¡Mira a este! Quería vivir eternamente, pero, en cuanto se sentó, el sueño lo envolvió como la niebla».

Dijo su esposa: «Tócalo en el hombro, despiértalo, déjale partir. Que salga por donde entró y regrese sano y salvo a su tierra».

Dijo Utnapishtim: «Todos los hombres son embusteros. Cuando despierte, observa cómo intenta engañarnos. Anda, hornea un pan por cada día que duerma, colócalos en fila junto a él y haz una marca en el muro por cada pan».

Horneó ella los panes y los colocó junto a Gilgamesh, haciendo una marca por cada día que dormía. El primer pan estaba duro como una piedra, el segundo seco como el cuero, el tercero estaba encogido, el cuarto tenía una costra blanquecina, el quinto estaba mohoso, el sexto estaba rancio, el séptimo pan aún estaba sobre las brasas cuando Utnapishtim se acercó a él y lo tocó. Gilgamesh se despertó sobresaltado y dijo: «Estaba a punto de dormirme cuando sentí cómo me tocabas».

Respondió Utnapishtim: «Mira ahí, amigo, cuenta esos panes que mi esposa horneó y colocó ahí mientras dormías sentado. El primero, duro como una piedra, lo horneó hace una semana, este que parece cuero lo horneó hace seis días,

y siguió haciéndolo el resto de los días que permaneciste dormido aquí sentado. Mira, están marcados en el muro que tienes detrás»[319].

Clamó entonces Gilgamesh: «¿Qué haré?, ¿adónde me dirigiré ahora? La muerte me ha atrapado, merodea en mi alcoba, y dondequiera que miro, a dondequiera que me vuelvo, sólo hay muerte».

Dijo Utnapishtim al barquero: «Esta es la última vez, Urshanabi, que se te permite cruzar el vasto océano y alcanzar esta orilla. Respecto a este hombre, está sucio y cansado, su cabello está enmarañado y las pieles de los animales han velado su belleza. Llévalo al baño y lava sus cabellos, despójale de sus pieles de animal y deja que las olas del océano se las lleven, humedece su cuerpo con fragante aceite, recoge su cabello con una brillante cinta nueva y vístelo con magníficas vestiduras dignas de un rey. Permanezcan sus ropas impolutas, como si fuesen nuevas, hasta que llegue al final de su viaje».

Lo llevó Urshanabi al baño, lavó sus cabellos, le despojó de sus pieles de animal y dejó que las olas del océano se las llevasen, humedeció su cuerpo con fragante aceite, recogió su cabello con una brillante cinta nueva y lo vistió con magníficas vestiduras dignas de un rey. Embarcaron entonces Gilgamesh y Urshanabi, tomaron impulso y la pequeña barca comenzó a alejarse de la orilla.

Mas dijo la esposa de Utnapishtim: «Espera, este hombre recorrió un largo camino, soportó muchas penalidades para

llegar hasta aquí. ¿No has de darle nada para su viaje de regreso?».

Al escuchar estas palabras, Gilgamesh hizo virar la barca y regresó a la orilla. Dijo Utnapishtim: «Gilgamesh, has recorrido un largo camino, has soportado muchas penalidades. Ahora te daré algo para tu viaje de regreso, un misterio, un secreto de los dioses. Existe un pequeño arbusto espinoso que crece en las aguas del Gran Abismo, tiene puntas afiladas que pincharán tus dedos como las espinas de una rosa. Si encuentras esta planta[320] y la traes a la superficie, hallarás el secreto de la juventud».

Cavó Gilgamesh un pozo en la orilla que bajaba hasta el Gran Abismo[321]. Ató dos pesadas piedras a sus pies que lo llevaron hasta las profundidades. Halló la planta, la agarró, se pinchó los dedos, sangraron, cortó la cuerda de las piedras, su cuerpo salió a la superficie y las olas lo devolvieron, dando boqueadas, a la orilla.

Dijo Gilgamesh a Urshanabi: «Ven, mira esta maravillosa planta, el antídoto del temor a la muerte. Con ella regresaré a la juventud que una vez disfruté. La llevaré a Uruk, pondré a prueba su poder observando qué ocurre cuando la toma un anciano. Si es efectiva[322], la tomaré yo también y volveré a ser un joven sin cuidados».

Tras recorrer más de seiscientos kilómetros, se detuvieron a comer, tras otros mil, acamparon[323]. Gilgamesh vio una charca de agua fresca. Dejó la planta en el suelo y entró para bañarse. Una serpiente olió su fragancia, se deslizó

sigilosamente y se apoderó de la planta. Mientras se alejaba, se desprendió de su piel[324].

Cuando Gilgamesh vio lo que la serpiente había hecho, se sentó y lloró. Dijo al barquero: «¿Qué haré ahora? Todos mis esfuerzos han sido en vano. ¡Oh Urshanabi!, ¿para esto trabajaron mis manos?, ¿para esto derramé la sangre de mi corazón? No he obtenido ningún beneficio para mí, y he perdido la planta maravillosa víctima de un reptil[325]. La arranqué de las profundidades, ¿cómo podría ahora encontrar de nuevo aquel lugar? ¡Dejamos, además, nuestra pequeña barca en la orilla![326]».

Tras recorrer más de seiscientos kilómetros, se detuvieron a comer, tras otros mil, acamparon.

Cuando por fin llegaron, Gilgamesh dijo a Urshanabi: «Estas son las murallas de Uruk, ciudad con la que ninguna otra de la tierra puede compararse. Mira cómo sus baluartes brillan como cobre al sol. Asciende por la escalera de piedra, más antigua de lo que la mente puede imaginar; llégate al templo del Eanna, consagrado a Ishtar, un templo cuyo tamaño y belleza no ha igualado ningún rey; camina sobre la muralla de Uruk, recorre su perímetro en torno a la ciudad, escruta sus soberbios cimientos, examina su labor de ladrillo, ¡cuán diestra es!; repara en las tierras que circunda: en sus palmeras, sus jardines, sus huertos, sus espléndidos palacios y templos, sus talleres y mercados, sus casas, sus plazas».

BIBLIOGRAFÍA

BOTTÉRO, Jean, *L'Épopée de Gilgameš: Le grana homme qui ne voulait pas mourir*, Gallimard, 1992. [Ed. esp.: *La epopeya de Gilgamesh: El gran hombre que no quería morir*, Madrid, Akal, 1998.]

DALLEY, Stephanie, *Myths from Mesopotamia: Creation, the Flood, Gilgamesh and Others*, Oxford University Press, 1989; edición revisada, 2000.

FERRY, David, *Gilgamesh: A New Rendering in English Verse*, Farrar, Straus and Giroux, 1992.

FOSTER, Benjamin R., *The Epic of Gilgamesh: A New Translation, Analogues, Criticism*, Norton, 2001.

GARDNER, John, y John MAIER, con la colaboración de Richard A. Henshaw, *Gilgamesh: Translated from the Sîn-lēqi-unninni version*, Knopf, 1984.

GEORGE, A. R., *The Babylonian Gilgamesh Epic: Introduction, Critical Edition and Cuneiform Texts*, 2 vols., Oxford University Press, 2003.

GEORGE, Andrew, *The Epic of Gilgamesh: The Babylonian Epic Poem and Other Texts in Akkadian and Sumerian*, Penguin, 1999.

KOVACS, Maureen Gallery, *The Epic of Gilgamesh*, Stanford, 1989.

SANDARS, N. K., *The Epic of Gilgamesh: An English Version with an Introduction*, Penguin, 1960; segunda edición revisada, 1972.

SCHOTT, Albert, *Das Gilgamesch-Epos*, neu herausgegeben von Wolfram von Soden, 5.ª ed., Reclam, 1989.

SCHROTT, Raoul, *Gilgamesh: Epos*, Carl Hanser Verlag, 2001.

SPEISER, E. A., en James B. Pritchard, *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, 3.ª ed., Princeton University Press, 1969.

TIGAY, Jeffrey H., *The Evolution of the Gilgamesh Epic*, University of Pennsylvania Press, 1982.

TOURNAY, Raymond Jacques, O. P, y Aaron SHAFFER, *L'Épopée de Gilgamesh*, Les Éditions du Cerf, 1998.

GLOSARIO

ADAD: Dios de la tormenta.

ANTU: Esposa de Anu, madre de Ishtar (en una tradición).

ANU (sumerio: An, «cielo»): Hijo de la primera pareja de dioses, Ánsar y Kisar; dios del cielo y padre de los dioses, en concreto padre de Enlil y Aruru.

ARURU («que afloja la semilla»; según algunos estudiosos, el significado del nombre es desconocido; también llamada Belet-ili, «Señora de los Dioses»): La diosa madre que creó la humanidad con ayuda de Ea. Hermana (o esposa) de Enlil; en algunas tradiciones, amante de Anu.

AYA: Diosa del amanecer, novia de Shamash.

BELET-SERI («Señora del Desierto»): Escriba de Ereshkigal en el inframundo, sostiene la tablilla en la que se registran la vida y la muerte.

EA (sumerio: Enki): El más astuto de los dioses, dios del intelecto, de la creación, de la sabiduría, de la magia y de la medicina, hijo de Ánsar y Kisar. Era también dios del océano subterráneo de agua dulce, *apsû*, el «Gran Abismo». Envió a los Siete Sabios para que civilizasen a

la humanidad. Entre otros actos benéficos, creó el orden en el cosmos, inventó el arado y llenó de peces los ríos.

EANNA («Casa del Cielo»): Templo de Anu e Ishtar en Uruk.

ENDIKU (el nombre podría significar «Señor del Buen Lugar» o bien «creación de Enki [= de Ea]», o «El Salvaje»): Hombre salvaje creado por los dioses para ser el par de Gilgamesh en la tradición babilonia (o, en la tradición sumeria, para ser su sirviente).

ENLIL (el nombre podría significar «Señor de los Vientos»): Hijo de Anu, padre de Sin, abuelo (en una tradición) de Shamash e Ishtar. Gobierna el universo con la ayuda de Anu, Ea y Aruru. A veces se muestra amistoso con la humanidad, pero también puede ser un dios caprichoso e irritable que envía desastres como el Gran Diluvio. Su centro de culto se encontraba en Nippur.

ENNUGI: Alguacil o representante de los dioses.

ERESHKIGAL («Señora de la Gran Tierra»): Hermana de Ishtar, reina del mundo inferior, que gobierna junto con su consorte Nergal.

ETANA: Decimotercer rey-dios de la dinastía sumeria que gobernaba la ciudad de Kish (antigua ciudad-estado del norte de babilonia) y tercer rey después del Diluvio. Después de morir fue un gobernante del inframundo.

GILGAMESH (sumerio: Bilgamesh; la forma sumeria del nombre podría significar «El viejo es un joven» o «El antepasado fue un héroe»): Rey histórico de Uruk (aprox. 2750 a. C.; algunos estudiosos lo sitúan un siglo antes o incluso más). Fue el quinto rey de la Primera Dinastía de Uruk; según la leyenda, hijo de Lugalbanda y de la diosa Ninsun.

HUMBABA (sumerio y paleobabilonio: Huwawa): Guardián monstruoso del Bosque de los Cedros. Enlil le encargó protegerlo ahuyentando de él a los hombres.

ISHTAR (sumerio: Inanna, «Reina del Cielo»): Divinidad principal de Uruk, diosa del amor sexual y de la guerra; hija de Anu, según la tradición de Uruk; en otras tradiciones, es la consorte de Anu y la hija de Sin.

LUGALBANDA («Señor pequeño»): Rey de Uruk, posteriormente divinizado. En una tradición era el padre de Gilgamesh, y en otra era la divinidad tutelar de Uruk.

NAMTAR («El que decide el destino»): Ministro o visir de Ereshkigal y guardián de la puerta del inframundo.

NERGAL («Señor de Erkalla»): Dios de las plagas y la guerra, posteriormente esposo de Ereshkigal.

NINSUN («Señora de las Vacas Salvajes»): Diosa menor sumeria reputada por su sabiduría; madre de Gilgamesh.

NINURTA («Señor de la Tierra»): Hijo de Enlil, chambelán de los dioses, dios de la agricultura, venerado también como un dios de la guerra.

NIPPUR: Centro de culto de Enlil. Es la moderna Nuffar, cerca de ’Afaq, en Mesopotamia central.

PUZUR-AMURRI («Secreto del dios occidental»): Carpintero de ribera de Utnapishtim.

SHAMASH (sumerio: Utu): Dios sol, dios de la justicia y patrón de los viajeros y los oniromantes; protector especial de Gilgamesh. Sus centros de culto estaban en Sippar y Larsa.

SHAMHAT (según Bottéro, el nombre significa «La alegre»; según George, «algo entre “de buen aspecto” y “bien dotada”»): Sacerdotisa de Ishtar en Uruk, cuya labor consiste en civilizar a Enkidu.

SHIDURI (o Siduri; «Ella es mi baluarte»; algunos estudiosos afirman que el significado es desconocido): Diosa de la sabiduría y de la elaboración de la cerveza que tiene una taberna en el confín del mundo.

SHURUPPAK: Ciudad de Utnapishtim en el centro de Mesopotamia meridional, entre Nippur y Uruk. Es la moderna Tell Fara.

SÎN (sumerio: Nanna): El dios luna, dios de la fertilidad, hijo de Enlil; según algunas tradiciones, padre de Shamash y de Ishtar.

SÎN-LĒQI-UNNINNI («Sîn es el único que acepta una plegaria»): Autor/redactor de la Versión Estándar de *Gilgamesh*. Vivió en algún momento entre los siglos XIII y XI a. C.

SUMUQAN (sumerio: Shakkan): Un dios de las tierras vírgenes, protector de los animales salvajes.

TAMMUZ (sumerio: Dumuzi, «Hijo fiel»): Amante y esposo de Ishtar, quien lo envió al inframundo.

URSHANABI («Sirviente de Dos-tercios»; paleobabilonio: Sursunabu): Barquero de Utnapishtim, que navega a través de las Aguas de la Muerte que separan el jardín de los dioses del paraíso donde vive para siempre Utnapishtim. («Dos-tercios» se refiere a Ea, cuyo valor numérico simbólico era 40, dos tercios de los 60 de Anu).

URUK: Antigua ciudad del sur de Mesopotamia. Moderna Warka.

UTNAPISHTIM («Aquel que encontró vida»; sumerio: Ziusudra, «Vida de largos días»): Rey de Shuruppak que sobrevivió al Gran Diluvio y a quien se le concedió la inmortalidad. Se le llama Atrahasis («Sumamente Sabio») en el poema de ese nombre.

AGRADECIMIENTOS

Estoy profundamente agradecido a Michael Katz, mi querido amigo y agente, y a mi excelente editora, Leslie Meredith. También doy las gracias a Chana Bloch y a John Tarrant por sus muchas y valiosas sugerencias; a Benjamin R. Foster por señalar generosamente algunos errores y confusiones que había cometido; a Martha Levin, Carissa Hays, Cassie Dendurent Nelson, Paul O'Halloran y Phil Metcalf de Free Press, así como a Andrew Franklin, Claire Beaumont, Penny Daniel y Ruth Killick de Profile Books, por poner tanto cuidado en el libro; a Eric Fuentecilla, Joel Avirom y Jason Snyder, los diseñadores que lo hicieron tan bello; y a Katie, por todo.

NOTAS

La abreviatura [S. M.] hace referencia a comentarios de Stephen Mitchell dentro de citas de otros autores. *(N. del T)*..

[1] *Endiku:* El acento (al igual que en Gilgamesh) recae en la primera sílaba. <<

[2] *escribió a finales de 1916:* «¡*Gilgamesh es* formidable! Lo conozco por la edición del texto original y considero que se encuentra entre las mejores experiencias que le pueden suceder a una persona. De vez en cuando cuento la historia a la gente, toda la historia, y siempre acabo teniendo ante mí una audiencia asombrada. El resumen de Burckhardt no es del todo afortunado, no capta la grandeza y significado del original. Tengo la sensación de que yo lo cuento mejor. Y encaja conmigo» (carta a Katharina Kippenberg, 11 de diciembre de 1916, *Briefwechsel: Rainer Maria Rilke und Katharina Kippenberg*, Insel Verlag, 1954, pág. 191). «¿Ha visto el volumen publicado por Insel que a modo de *résumé* contiene un antiguo poema asirio, el *Gilgamesh*? Me he sumergido en la traducción literal académica (de Ungnad), y en esos fragmentos verdaderamente gigantescos he experimentado medidas y formas que pertenecen a las obras supremas que jamás haya producido la mágica Palabra. En realidad, preferiría contárselo yo: el pequeño libro de Insel, aunque elaborado con gusto, no expresa el auténtico poder de este poema de cinco mil años de antigüedad. La peripecia, la existencia y el temor que se advierten en los fragmentos (debo admitir que excelentemente traducidos) son verdaderamente colosales e incluso las amplias lagunas del texto funcionan en cierto modo dentro del conjunto, puesto que mantienen separadas las superficies gloriosamente enormes. Es la epopeya del temor a la muerte, surgida en tiempos inmemoriales entre unas gentes que fueron las primeras para las que la separación entre vida y muerte se reveló definitiva e inevitable. Estoy seguro de que también su esposo

disfrutará de la lectura de estas páginas. He pasado semanas enteras viviendo casi por completo dentro de esta impresión» (a Helene von Nostitz, Nochevieja de 1916, *Briefwechsel mit Helene von Nostitz*, Insel Verlag, 1976, pág. 99). <<

[3] *Austen Henry Layard:* «Los franceses fueron los primeros en llegar al yacimiento de Nínive en 1842 y, a partir de 1843, en Korshabad, la capital del monarca asirio Sargón II durante el siglo VIII a. C. Sin embargo, no tardaron en verse eclipsados y superados por un joven viajero y aventurero británico, Austen Henry Layard. De camino a Ceilán, Layard, que por entonces contaba veintiocho años, se sintió intrigado por las historias de restos enterrados en los montículos cercanos a la actual Mosul que resultaron ser las antiguas Nínive y Nimrud, las dos capitales más legendarias de los asirios.

»A los pocos días de comenzar las excavaciones en Nimrud, Layard encontró el primero de los ocho palacios de los reyes asirios datables entre los siglos IX y VII a. C. que, con el tiempo, él y su ayudante desenterraron allí y en Nínive. Asombrados, hallaron una estancia tras otra revestidas con bajorrelieves en piedra de demonios y divinidades, escenas de batallas, cacerías reales y ceremonias; puertas flanqueadas por enormes toros alados y leones; y, dentro de algunas de las cámaras, decenas de miles de tablillas de arcilla inscritas con la curiosa, y en aquel momento aún no descifrada, escritura cuneiforme (“con forma de cuña”) —los restos, como sabemos hoy en día, de las bibliotecas eruditas reunidas por los reyes asirios Senaquerib y Asurbanipal-Para los esquemas de épocas posteriores, se trató de una caza de tesoros más que de arqueología, pero tras unos pocos años de excavación en circunstancias políticas y financieras complicadas, Layard había conseguido resucitar por primera vez una de las grandes culturas antiguas de Mesopotamia. Jamás fue a Ceilán.

»Los descubrimientos más espectaculares fueron embarcados rumbo al Museo Británico, donde la fascinación victoriana por la Biblia garantizaba a estas imágenes del Antiguo Testamento una acogida entusiasta. A comienzos de la década de 1850, los avances en la lectura de la escritura asirio-babilónica había permitido atribuir nombres y acontecimientos a las imágenes, entre ellos el de Jehú, el rey de Israel del siglo IX a. C. (representado mientras rinde obediencia al rey Salmanasar III), y el asedio de Lachish en Judá por Senaquerib. El relato que Layard hizo de sus descubrimientos, *Nineveh and Its Remains* (1849), obtuvo pronto un gran éxito: "la mayor hazaña de nuestro tiempo", según Lord Ellesmere, presidente de la Royal Asiatic Soriety. "Ningún hombre vivo ha hecho tanto ni lo ha contado de una forma tan extraordinaria". Una edición resumida (1852) preparada para la colección "Murray's Reading for the Rail" se convirtió de inmediato en un best-seller: las ventas de ocho mil ejemplares el primer año (tal como señalaba Layard en una carta) "la situarán en pie de igualdad con el libro de cocina de Mrs. Rundell".

»La labor de desciframiento de la lengua de las inscripciones asirías fue progresando a buen ritmo mientras Layard estuvo en el terreno, en parte debido a sus descubrimientos. Pero la clave para acceder al contenido de la escritura cuneiforme se encontraba en otra parte: en una inscripción trilingüe del rey persa Darío tallada sobre una pared rocosa en Behistun, en el oeste de Irán, hacia el 520 a. C. (En total, la escritura cuneiforme fue utilizada durante más de 3.500 años). Una de las tres versiones del texto presentaba una escritura cuneiforme mucho más sencilla que empleaba únicamente unos cuarenta caracteres, lo que no tardó en indicar a los estudiosos que se trataba de una escritura alfabética. Incluso antes de las excavaciones de Layard, algunas

inspiradas conjeturas acerca de títulos y nombres probables, los habían llevado a descifrar la escritura y a establecer que la lengua era antiguo persa, por tanto de la familia de lenguas indo-iranias (un pariente cercano del indoeuropeo). Tras determinar el sentido general de los tres textos, los estudiosos confirmaron que la segunda versión, redactada en la escritura cuneiforme mucho más compleja (unos trescientos caracteres) de las tablillas de Asiría, era, como muchos habían sospechado, una lengua semítica (es decir, emparentada con el hebreo, el arameo y el árabe): la que actualmente conocemos como babilonio. Para cuando comenzaron a llegar a Inglaterra los hallazgos de Layard, se podían leer razonablemente bien muchos textos, aunque la declaración oficial del desciframiento no tuvo lugar hasta 1857, cuando cuatro de los principales expertos (entre ellos W. H. Fox-Talbot, uno de los inventores de la fotografía) presentaron traducciones independientes de una nueva inscripción y se comprobó que había una amplia coincidencia entre todas ellas. Dos milenios y medio después, los asirios habían recobrado su voz» (Timothy Potts, «Buried between the Rivers», *New York Review of Books*, 25 de septiembre de 2003). Véase también Sir E. A. Wallis Budge, *The Rise and Progress of Assyriology*, Martin Hopkinson, 1925, págs. 68 ss. <<

[4] *acadio:* El nombre de «acadio» procede de la ciudad-estado de Akkad (cerca de la moderna Bagdad), fundada a mediados del tercer milenio a. C. y capital de uno de los primeros grandes imperios de la historia del hombre. Para el 2000 a. C., el acadio había sustituido al sumerio como la principal lengua hablada de Mesopotamia, y hacia esa época se dividió en dos dialectos: el babilonio, que se hablaba en el sur de Mesopotamia, y el asirio, que se hablaba en el norte. <<

[5] *Al fijarme en la tercera columna:* George Smith, *The Chaldean Account of Genesis*, Sampson Low, Marston, Searle and Rivington, 1876, pág. 4. «Entonces», prosigue el relato de Smith, «continué leyendo todo el documento y descubrí que tenía la forma de un discurso dirigido por un héroe del Diluvio a una persona cuyo nombre parecía ser Izdubar [= Gilgamesh; Smith suponía (erróneamente, como se demostró) que los tres signos cuneiformes que formaban el nombre poseían sus tres valores consonánticos más comunes]. Recogí una leyenda perteneciente al mismo héroe Izdubar K. 231, que, a la luz de la comparación, resultó pertenecer a la misma serie, y entonces inicié una búsqueda de cualquier porción perdida de las tablillas. Esta búsqueda resultó ser una tarea dura y prolongada pues había miles de fragmentos que revisar y, aunque por un lado por ahora sólo había obtenido dos fragmentos de la leyenda de Izdubar a partir de los cuales poder juzgar, por otro, los fragmentos sin clasificar eran tan pequeños, y contenían tan poco sobre el tema, que resultaba extremadamente difícil desentrañar su significado. Sin embargo, mi búsqueda resultó fructífera. Encontré un fragmento de otra copia del Diluvio, que contenía de nuevo el envío de las aves, y poco a poco reuní otras muchas porciones de esta tablilla, que fui reconstruyendo hasta completar la mayor parte de la segunda columna. Acto seguido, aparecieron fragmentos de una tercera copia, que, una vez unidos, completaron una parte considerable de las columnas primera y sexta. Tenía ya el relato del Diluvio en el estado en el que lo publiqué en la reunión de la Sociedad de Arqueología Bíblica el 3 de diciembre de 1872». <<

[6] *Según un relato posterior:* Budge, *The Rise and Progress of Assyriology*, pág. 153. <<

[7] *provocó una gran conmoción:* «El *Daily Telegraph* de Londres ofreció financiar una expedición para buscar la parte perdida de la tablilla. Smith partió como estaba previsto, y tan sólo al quinto día de búsqueda entre las montañas de escombros de Nínive, con una suerte que parecía inspirada por la divinidad, encontró un fragmento de tablilla que rellenaba la mayor parte de la laguna de la historia» (Potts, «Buried between the Rivers»). <<

[8] *Aunque para un lector moderno parece pintoresca:* He aquí dos ejemplos de la Tablilla I (el primer pasaje de cada ejemplo es una versión literal en prosa; el segundo es la traducción de Smith):

Gilgamesh le dijo a él, al trampero, «Ve, trampero, y lleva a la *ḫarīmtu* [prostituta sagrada] Shamhat contigo. Cuando los animales bajen a la charca, que ella se quite la túnica y muestre su vagina. Cuando él la vea, se aproximará. Los animales se separarán de él, aunque él creció en su presencia». El trampero salió, tomó a la *ḫarīmtu* Shamhat consigo, emprendieron el viaje. Al tercer día alcanzaron su destino. El trampero y la *ḫarīmtu* se sentaron a esperar. Un primer y un segundo día se sentaron junto a la charca cuando los animales acudían a beber a la charca. Los animales llegaron, sus corazones se alegraron, entonces también Enkidu, que nació en el monte, que comía hierba con las gacelas. Acudió a beber a la charca con los animales, su corazón se alegraba mientras bebía el agua con los animales. Shamhat lo vio, a este ser primordial, a este salvaje de en medio del monte. «Mira, Shamhat, ahí está. Desnuda tus pechos, muestra tu vagina, que entre en tu voluptuosidad. No vaciles, toma su aliento. Cuando él te vea, se aproximará. Extiende tu túnica para que él pueda yacer sobre ti, haz para él el trabajo de una mujer. Que te monte en su lujuria, y los animales se separarán de él, aunque él creció en su presencia» (I, 161 ss.).

Izdubar a él también dijo a Zaidu: / ve Zaidu y contigo la hembra Harimtu, y a Samhat lleva, / y cuando la bestia ...

enfrente del campo.

(Instrucciones a la hembra sobre cómo seducir a Heabani [= Enkidu]).

Zaidu fue y con él Harimtu, y a Samhat llevó, y / emprendieron el camino, y fueron a lo largo del sendero. / Al tercer día alcanzaron la tierra donde ocurrió la inundación. / Zaidu y Harimtu en sus lugares se sentaron, el primer día y el segundo día enfrente del campo se sentaron, / la tierra donde la bestia bebía de la bebida, / la tierra donde las cosas que se mueven en el agua regocijan su corazón. / Y él, Heabani, se había construido una montaña / con las gacelas comía, / con las bestias bebía de la bebida, / con las cosas que se mueven en las aguas su corazón regocijaba. Samhat la seductora de hombres lo vio.

(Detalles de las acciones de la hembra Samhat y Heabani).

(The Chaldean Account of Genesis, pág. 202). Unas pocas páginas más adelante, Smith comenta: «He omitido algunos detalles de las columnas III y IV porque eran, por una parte, oscuros, y por otra difícilmente adaptables para una lectura general».
El segundo pasaje figura posteriormente en la Tablilla I. La traducción de Smith es muy fragmentaria:

«Lo desafiaré, poderoso […]. […] en Uruk: “¡Yo soy el más fuerte! […] ¡Yo cambiaré el orden de las cosas, [aquel] nacido en el monte es el más fuerte de todos!”».
«Que [él] vea tu rostro, [te conduciré hasta Gilgamesh,] sé dónde estará. Vamos, Enkidu, a Uruk-el-Redil, donde los

jóvenes se engalanan con fajines. Cada día [...] se celebra una fiesta, suenan la lira y el tambor, allí están las *ḫarímātí*, amorosas, sonrientes, llenas de alegría sexual, de manera que incluso los ancianos se levantan de sus lechos. Enkidu, [tú que todavía no] conoces la vida, te mostraré a Gilgamesh, el hombre de alegría y dolor. Lo mirarás, verás cuán hermoso y viril es, cómo todo su cuerpo está repleto de alegría sexual. Es aún más fuerte que tú, no duerme ni de día ni de noche. Depón tu audacia, Enkidu. Shamash ama a Gilgamesh, y su mente ha sido engrandecida por Anu, Enlil y Ea [los tres dioses principales]» (I, 221 ss.).

Me encontraré con él y veré su poder, / llevaré en medio de Erech un tigre [¡! —S. M.], / y si es capaz, lo destruirá. / En el desierto es engendrado, tiene gran fuerza, / … por delante de ti /… todo lo que hay yo sé / Heabani fue al medio de Erech Suburi / … los jefes … se sometieron / en aquel día celebraron una fiesta / … ciudad / … hija / … se regocijó / … engrandeciéndose / … mezclado y / … Izdubar alegrando al pueblo / fue delante de él / En un príncipe tú te conviertes, gloria tú posees / … llena su cuerpo / … quien día y noche / … destruye tu terror / … el dios Samas lo ama y / … y Hea ha dado inteligencia a sus oídos.

(The Chaldean Account of the Génesis, págs. 203-204). <<

[9] *lo que sigue es la opinión general:* La siguiente exposición, que se extiende hasta la página siguiente, se basa en gran medida en la prudente y esclarecedora introducción de Andrew George a *The Epic of Gilgamesh* (a partir de ahora abreviada como EG). <<

[10] *cinco poemas en sumerio distintos e independientes:* En la página de Literatura Sumeria del Oriental Institute de la Universidad de Oxford, *http://www-etcsl.orient.ox.ac.uk*, se encuentran traducciones de los cinco poemas. <<

[11] *tan alejado del acadio:* «aussi loin de l’akkadien que le chinois peut l’étre du français» (Bottéro, pág. 19). <<

[12] *las once tablillas de arcilla desenterradas en Nínive:* «De hecho, la “serie de Gilgamesh” comprende doce tablillas, no sólo las once de la epopeya. La Tablilla XII, la última, es una traducción línea por línea de la segunda mitad de uno de los poemas sumerios de Gilgamesh […] La mayoría de los estudiosos coinciden en que no pertenece al texto, y que fue añadida a él porque se trataba de un material claramente relacionado» (George, *EG*, pág. xxviii; para un análisis más amplio, véase A. R. George, *The Babylonian Gilgamesh Epic*, I, págs. 47 ss., a partir de ahora abreviado como *BGE*). <<

[13] *la primera* Epopeya de Gilgamesh: «La epopeya acadia recibió su forma original en el período paleobabilónico de la mano de un autor acadio que asumió, en mayor o menor medida, los argumentos y temas de tres o cuatro narraciones sumerias […] Bien traduciendo libremente del sumerio, bien trabajando a partir de las paráfrasis disponibles, el autor combinó estos argumentos y temas en una epopeya unificada a gran escala. Como idea central de esta epopeya, el autor aprovechó un tema que estaba bosquejado en tres de las narraciones sumerias, la preocupación de Gilgamesh por la muerte y su inútil deseo de vencerla. El autor situó este tema en un lugar predominante en el relato. Para este fin, la muerte de Enkidu se convirtió en el acontecimiento fundamental que impulsa a Gilgamesh a una febril búsqueda del inmortal héroe del Diluvio (cuya historia existía en sumerio, pero que no tenía nada que ver con las historias de Gilgamesh), con la esperanza de aprender cómo había vencido a la muerte. El autor separó los temas de la muerte de Enkidu y del dolor de Gilgamesh de su contexto original en el *Gilgamesh, Enkidu y el Mundo Inferior* sumerio, y los situó después de la victoria de los dos amigos sobre Huwawa (y posiblemente sobre el Toro Celeste). A fin de aumentar el impacto emocional que la muerte de Enkidu ejerce en Gilgamesh, y quizá para que resultase más plausible la profunda tristeza de Gilgamesh, el autor aprovechó una o dos referencias a Enkidu en las fuentes sumerias que lo presentaban como amigo de Gilgamesh más que como su sirviente, y lo trató en consecuencia como amigo e igual de Gilgamesh. Llegó incluso a componer los relatos de cómo Gilgamesh oprimía Uruk, y de la creación y

vida inicial de Enkidu, para explicar por qué fue creado Enkidu y cómo se convirtió en amigo de Gilgamesh» (Tigay, págs. 242 ss.). <<

[14] *Sîn-lēqi-unninni:* Su nombre significa «Sîn [el dios lunar] es el Único que Acepta una Plegaria» (o, menos probable, según George, el nombre es Sîn-liqe-unninnī, «¡Oh, Sîn, Acepta mi Plegaria!»). «El catálogo de literatura cuneiforme del primer milenio que dice que "la serie *Gilgamesh* (es) conforme a Sîn-lēqi-unninni el ex[orcista-sacerdote]" … debe entenderse sin duda en el sentido de que Sîn-lēqi-unninni fue el autor de la última versión, pues esa era la única versión conocida en aquel período. El propio hecho de que se le atribuya la epopeya indica que Sîn-lēqi-unninni tuvo que hacer alguna contribución importante, quizá definitiva, en su formulación. Ciertamente es posible que fuese el redactor de la última versión, pero no es ese necesariamente el caso. A menudo ocurre que se atribuye una obra literaria a una figura que hizo una contribución decisiva para su desarrollo, a pesar de que exista en circulación una versión posterior de la obra … Es posible que Sîn-lēqi-unninni produjese una versión de *Gilgamesh* en babilonio medio que tuviera influencia suficiente sobre la forma final de la epopeya como para asociar su nombre a ella de manera permanente, pero que la forma encontrada en las copias del primer milenio fuese una revisión posterior del texto de Sîn-lēqi-unninni. No obstante, es igualmente posible que fuese el redactor de la última versión» (Tigay, pág. 246). <<

[15] *Versión Estándar:* La Versión Estándar «es conocida a partir de un total de 73 manuscritos: los 35 que han sobrevivido de las bibliotecas del rey Asurbanipal en Nínive, 8 tablillas y fragmentos adicionales de otras ciudades asirias (Ashur, Kalah y Huzirina), y 30 de Babilonia, especialmente de las ciudades de Babilonia y Uruk … Las once tablillas de la epopeya varían en su longitud, desde 183 a 326 versos, de manera que la composición íntegra habría tenido originariamente unos 3.000 versos de extensión [la misma extensión que el *Beowulf —S. M.]*. Tal como poseemos ahora el texto, únicamente las Tablillas I, VI, X y XI están más o menos completas. Dejando de lado aquellas líneas que se han perdido pero pueden restaurarse a partir de pasajes paralelos, en total unas 575 siguen perdidas por completo, es decir, no están representadas ni siquiera por una sola palabra. Muchas más están demasiado dañadas para resultar útiles, así que bastante menos de cuatro quintas partes de la epopeya conservada nos brindan un texto consecutivo» (George, *EG*, págs. xxvii-xxviii). <<

[16] *el discurso de la sacerdotisa Shamhat en el que invita a Enkidu a Uruk:* Este pasaje nos ofrece la única comparación de envergadura de la maravillosa capacidad de ampliación de Sîn-lēqi-unninni. He aquí una traducción literal en prosa de la Versión Paleobabilónica (de la tablilla de Pennsylvania, OB II, líneas 45 ss.):

> Enkidu se sentó enfrente de la *ḫarīmtu*. Los dos hicieron el amor. Él olvidó el monte donde había nacido. Durante siete días y siete noches Enkidu permaneció erecto e hizo el amor a Shamkatum. La *ḫarīmtu* abrió su boca y dijo a Enkidu. «Cuando te miro, Enkidu, eres como un dios. ¿Por qué tienes que vagar por el monte con los animales? Ven, déjame llevarte a Uruk de la Gran Plaza, al templo sagrado, a la morada de Anu. Enkidu, levanta, déjame llevarte al Eanna, la morada de Anu [Las tres líneas siguientes son difíciles. George las reconstruye y traduce de la siguiente manera:] Donde [los hombres] están ocupados en labores de destreza, también tú *[como un] verdadero hombre*, te harás *[un lugar]*. Conoces (suficiente) el territorio donde *habita* el pastor».

Y esta es la versión de Sîn-lēqi-unninni (de nuevo una traducción litera] en prosa):

Él la abrazó con pasión; durante seis días y siete noches Enkidu permaneció erecto, le hizo el amor hasta que tuvo suficiente de sus delicias. Entonces se levantó y se dirigió hacia los animales. Pero las gacelas vieron a Enkidu y se

dispersaron, los animales salvajes emprendieron la huida. Enkidu se había desgastado, su cuerpo estaba sin fuerzas, sus rodillas no se movieron cuando los animales se marcharon. Enkidu estaba disminuido, ya no podía correr como solía hacerlo. Regresó hacia Shamhat, y mientras caminaba supo que su mente había crecido. Se sentó a los pies de Shamhat, la miró fijamente, y escuchó con atención lo que ella decía, y ella le dijo a Enkidu: «Eres hermoso, Enkidu, eres como un dios. ¿Por qué habrías de vagar por el monte con los animales? Déjame que te lleve a Uruk-el-Redil, al templo sagrado, el hogar de Anu e Ishtar, donde Gilgamesh es poderoso y oprime al pueblo como un toro salvaje».

Ella le habló, y Enkidu asintió a lo que ella decía. Tomó conciencia del anhelo de un amigo. Enkidu le dijo a la *ḫarīmtu*: «Vamos, Shamhat, condúceme al templo sagrado, la santa morada de Anu e Ishtar, donde Gilgamesh es poderoso y oprime al pueblo como un toro salvaje. Lo desafiaré, poderoso […].[…] en Uruk: «¡Yo soy el más fuerte! […] cambiaré el orden de las cosas, [aquel] nacido en el monte es el más fuerte de todos!». «Que [él] vea tu rostro, [te conduciré hasta Gilgamesh,] sé dónde estará. Vamos, Enkidu, a Uruk-el-Redil, donde los jóvenes se engalanan con fajines. Cada día […] se celebra una fiesta, suenan la lira y el tambor, allí están las *ḫarímātí*, amorosas, sonrientes, llenas de alegría sexual, de manera que incluso los ancianos se levantan de sus lechos. Enkidu, [tú que todavía no] conoces la vida, te mostraré a Gilgamesh, el hombre de alegría y dolor. Lo mirarás, verás cuán hermoso y viril es, cómo todo su cuerpo está repleto de alegría sexual. Es aún más fuerte que tú; no duerme ni de día ni de noche. Depón tu audacia, Enkidu. Shamash ama a Gilgamesh, y su mente ha sido engrandecida por Anu, Enlil y Ea» (I, 193 ss.). <<

[17] Véase «Sobre esta versión». [Comoquiera que a la hora de traducir al español se ha optado por hacerlo en prosa, ajustándola en lo posible al tono heroico del relato, el lector habrá de prescindir de las observaciones que hace el autor, en este párrafo y en el mencionado apartado, acerca del verso y de la lengua ingleses. *(N. del E.)*]. <<

[18] *la famosa muralla de Uruk, de más de 9,5 km de largo:* «Las excavaciones han demostrado que para el Período Dinástico Temprano, es decir, aproximadamente para la época del Gilgamesh histórico, las murallas de Uruk tenían un perímetro de seis millas. La gran área de la ciudad en aquella época, el final de lo que los arqueólogos denominan Período de Uruk (aprox. 3800 a. C. hasta aproximadamente la época de los primeros pictogramas, hacia el 3000 a. C.), muestra que probablemente la ciudad no tenía parangón en tamaño y riqueza. En el interior de las murallas, los excavadores han encontrado que aproximadamente un tercio del área estaba ocupada por edificios públicos y las mansiones de los ricos, otro tercio aproximadamente por las casas de los pobres, y el último tercio por jardines, espacios abiertos y cementerios» (Maier, en Gardner y Maier, pág. 61). <<

[19] *repara en las tierras que circunda:* «La singularidad de lo que ocurrió en la primitiva Sumer y su importancia para la historia del mundo difícilmente pueden exagerarse. La fuente principal de esta revolución parece haber sido la ciudad de Uruk (la Erech bíblica, la moderna Warka), al sur de Sumer, que aproximadamente en 3400 a. C. se había convertido en el mayor asentamiento urbano permanente jamás creado. En su núcleo había dos complejos de templos monumentales dedicados al dios del cielo Anu y a la diosa del amor y de la guerra, Inanna. Dentro y alrededor de estos templos se encontraron lo que siguen siendo los restos de escritura más antiguos del mundo, el sistema pictográfico de anotación en tablillas de arcilla que evolucionó hacia el cuneiforme, junto con refinadas tradiciones arquitectónicas, tecnológicas y artísticas que ilustran el Vaso y la Cabeza de Waka. La vida en el interior y en los alrededores del templo estaba financiada por las administraciones religiosa, social y posiblemente política en perfecta coordinación» (Potts, «Buried between the Rivers»).

«En el punto álgido de su desarrollo en los milenios cuarto y tercero, la ciudad abarcaba un territorio de aproximadamente 5,5 km^2. Sus gigantescas dimensiones pueden ilustrarse por comparación: Atenas, bajo Temístocles, abarcaba unos 2,5 km^2, Jerusalén en el año 43 d. C. más o menos 1 km^2; hasta la Roma de Adriano no hubo una ciudad mayor que Uruk» (traducido de Robert Rollinger, en Schrott, pág. 283). <<

[20] Famoso soneto de Percy Bysshe Shelley (1792-1822), publicado en 1818, que expresa la vanidad de la arrogancia y de las creaciones del hombre. Una traducción aproximada podría ser como sigue: *Conocí a un viajero de una tierra lejana. / Me dijo: Dos enormes piernas de piedra, / sin cuerpo, se levantan en el desierto. Cerca de ellas, medio hundido / en la arena, yace un semblante roto, cuyo ceño, / desdeñoso, labio y expresión de frío mando / cuentan que quien lo esculpió bien supo leer / las pasiones que, estampadas en estos objetos inertes, sobreviven aún / a la mano que las captó y al corazón que las alimentó. / Y se ven en el pedestal estas palabras: / «Mi nombre es Ozimandias, rey de reyes: / ¡contempla mis obras, oh poderoso, y pierde toda esperanza!». / Nada al lado queda: en torno a la desolación / de este colosal naufragio, infinitas, desnudas, / sólo las mansas y solitarias arenas se extienden*. El texto original en inglés se puede encontrar fácilmente en internet. *(N. del E.)*. <<

[21] *el cofre de cobre que indica su nombre:* «Era costumbre enterrar, en los cimientos de los principales edificios, templos o palacios, unos cofres o cofrecillos que contenían “documentos fundacionales” inscritos con el nombre del soberano constructor. De este modo, se le atribuye a Gilgamesh haber inscrito sus hazañas, a modo de relato autobiográfico, sobre una valiosa “tablilla de lapislázuli”, cuyo contenido podría ser más o menos idéntico al de [las estelas acabadas de mencionar]. Mostrando de este modo las cosas, el autor [del *Gilgamesh*] presentaba (ficticiamente), como garante de su propio discurso, un texto salido de la propia mano de su héroe» (traducido de Bottéro, pág. 95). [La traducción de todos los textos de Bottéro que aparecen en estas notas está tomada de la edición de su libro en español reseñada en la Bibliografía (Madrid, Akal, 1998), y es obra de Pedro López Barja de Quiroga. *(N. del E.)*]. <<

[22] *igual que los esclavos israelitas del Éxodo:* Éxodo 2, 23 ss. <<

[23] *una ayuda acorde a sus necesidades:* Génesis 2, 18. <<

[24] *ahuyenta a los depredadores que merodean:* «Te criaste en las montañas, con tus propias manos has dado muerte a los leones y los lobos que te acechaban» (Libro III, pág. 120).
<<

[25] *Ve al templo de Ishtar* hasta *y lo abandonarán para siempre:* Para una traducción literal de este pasaje, véase nota 97. <<

[26] *Al ofrecerse al hombre anónimo:* Mucho después, en el siglo v a. C., Heródoto describió (o inventó) la siguiente costumbre entre las mujeres de Babilonia: «Toda mujer hija del país debe sentarse en el templo de Afrodita [Ishtar] y entregarse una vez al año a un hombre extranjero … los extranjeros circulan por ellos y hacen su elección. Cuando una mujer se sienta allí, no puede regresar a su casa sin que un extranjero le haya puesto dinero en las rodillas y se hayan acostado fuera del santuario. Cuando él le ha colocado el dinero, sólo debe decir esto: "Invoco a la diosa Milita". Porque los asirios llaman Milita a Afrodita. La cantidad de dinero puede ser tan grande o tan pequeña como se quiera, pero ella en ningún caso lo rehusará: no es lícito, porque este dinero es sagrado. Debe seguir al primero que le deposite el dinero, y no le desdeñará. Cuando ella se haya entregado ha cumplido el sagrado deber para con la diosa y regresa a su casa; desde entonces no podrás ofrecerle tantas monedas como para hacerla tuya» *(Historia*, Libro I, 199, trad. de M. Balasch, Madrid, Cátedra, 1999). <<

[27] *verás a los jóvenes vestidos con esplendor* hasta *en honor de la diosa:* Para una traducción literal de este pasaje, véase nota 103. <<

[28] *Empleó sus artes amatorias* hasta *permaneció erecto y yació con ella:* Para una traducción literal de este pasaje, véase nota 100. <<

[29] *como el cervato que encuentra Alicia:* En el capítulo 3 de *Alicia a través del espejo* de Lewis Carroll:

Justo entonces pasó por allí un cervato: miró a Alicia con sus tiernos ojazos, pero no pareció asustado en absoluto.
—¡Ven aquí! ¡Ven aquí! —dijo Alicia, alargando su mano e intentando tocarlo; pero el cervato se apartó un poco y se quedó mirándola otra vez.
—¿Cómo te llamas? —dijo por fin el cervato. ¡Qué voz tan dulce tenía!
«¡Eso me gustaría saber a mí!», pensó la pobre Alicia. Y respondió, con tristeza:
—Nada, por ahora.
—Piensa de nuevo —dijo—, eso no puede ser.
Alicia pensó, pero no se le ocurrió nada.
—Por favor, ¿podrías decirme cómo te llamas tú? —dijo tímidamente—. Creo que podría ayudarme un poco.
—Te lo diré, si vienes un poco más allá —dijo el cervato—. Aquí no puedo recordarlo.
Así que caminaron juntos por el bosque. Con Alicia abrazada tiernamente alrededor del suave cuello del cervato, hasta que llegaron a otro claro, y entonces, de repente, el cervato dio un salto por el aire, y se liberó de los brazos de Alicia.
—¡Soy un cervato! —gritó alegre—, y, ¡pobre de mí, tú eres un cachorro humano!
Una repentina expresión de alarma llenó sus hermosos ojos marrones, y al instante salió huyendo a toda velocidad. <<

[30] *no es bueno que el hombre esté solo:* Génesis 2, 18. <<

[31] *desaparece:* Excepto por un sugerente destello en la primera de las dos tablillas en paleobabilonio de la Colección Schøyen de Noruega, OB Schøyen$_{I}$, ll. I’ ss. El texto reza así (en la traducción de George, ligeramente modificada): «“He encontrado un amigo, el consejero que veía en sueños, / Enkidu, el consejero que veía en sueños”. / Enkidu dijo a la *ḫarīmtu*: / “Vamos, *ḫarīmtu*, deja que te haga un favor, / puesto que tú me trajiste aquí a Uruk de la Gran Plaza, / puesto que tú me mostraste a un amado compañero, tú me mostraste a un amigo”». <<

[32] *En el fondo de su corazón sintió conmoverse algo, un anhelo no conocido hasta entonces, el anhelo de un verdadero amigo:* Para una traducción literal de este pasaje, véase nota 103. <<

[33] *El sacerdote bendecirá a la joven pareja* hasta *Gilgamesh, rey de la bien murada Uruk:* Para una traducción literal de este pasaje, véase nota 112. <<

[34] *él es quien yace primero con la esposa:* «La interpretación [de este pasaje] es muy debatida. Podría referirse a una costumbre matrimonial habitual, salvo porque no hay ninguna otra prueba de reyes mesopotámicos que tuviesen relaciones con las novias antes que sus propios maridos. Las líneas podrían significar que el comportamiento de Gilgamesh iba en contra de la costumbre, y relacionaría este aprovechamiento ilícito de las novias con la queja de los ciudadanos en I, 60-64. Pero ¿cómo conciliamos entonces esto con el hecho de que fuese "ordenado por Anu"? Por otro lado, el término "esposa destinada" que sólo aparece en este contexto … sugiere que la escena podría referirse a la antigua práctica cultual conocida por los expertos como "matrimonio sagrado", un acto ritual de relaciones sexuales asociado originariamente con el rito de coronación de los reyes de Uruk. En los períodos de Ur III y en el paleobabilonio temprano, el matrimonio sagrado cósmico de Inanna/Ishtar con Dumuzi/Tammuz volvía a representarse por parte de sus representantes humanos, una sacerdotisa y el rey. ¿Podría ser que en alguna ocasión se seleccionase a una novia corriente para este papel? Si el comportamiento de Gilgamesh es legítimo, ¿se debe la ira de Enkidu a un error o a los celos?» (Kovacs, págs. 16-17). <<

[35] *También es posible, como piensan algunos estudiosos:* «Una tercera sugerencia es que Gilgamesh agotaba a su pueblo con competiciones atléticas. Esta última idea concuerda con la tradición hitita que refiere que Gilgamesh triunfaba sobre los jóvenes de Uruk todos los días, así como con el poema sumerio de Bilgames y el Mundo Inferior. En este último texto parece que Gilgamesh ocupa continuamente a los jóvenes de Uruk en una especie de pasatiempo o deporte en el que se emplean el *pukku* y el *mekkû*, una pesada pelota de madera y un pesado mazo, respectivamente. Las mujeres de Uruk se ven obligadas a dedicar su tiempo a atender las necesidades de sus exhaustos hombres hasta que su clamor acaba con la desaparición de los dos objetos en el Mundo Inferior» (George, *BGE*, I, pág. 449). <<

[36] *como dijo Jacob al ángel:* Génesis 32, 26. <<

[37] *la sexualidad genital es explícita:* «Según A. D. Kilmer, los símbolos con los que se representa a Enkidu en los episodios de sueños hacen alusión al culto de Ishtar: el meteorito, *kíṣru*, evoca al *kezru*, que sería el equivalente masculino de una mujer *kezertu* (una especie de prostituta cultual), y el hacha, *ḫaṣṣínu*, evoca a *assínu*, un intérprete cultual, por lo general un eunuco, que asumía el papel femenino en el acto sexual. Siguiendo este análisis, lo que Gilgamesh ve en sus sueños es una predicción doble de la llegada de un amigo masculino que también será su amante» (George, *BGE*, I, pág. 452). «El empleo repetido del verbo *ḫabābu* en esta conexión implica una conexión sexual. Si queda alguna duda acerca del significado de estas imágenes, véase también SB [Versión Estándar] VIII 59, donde, tras la muerte de Enkidu, Gilgamesh lo cubre con un velo "como a una novia". Tenemos ahora prueba gráfica de una relación sexual por SB XII 96-9, tal como se entiende a la luz de un nuevo manuscrito del predecesor sumerio del texto, BN ["Bilgames y el Mundo inferior"] 250-3» (ibíd., pág. 454, n. 48). Estas líneas de la Tablilla XII describen el regreso del espíritu de Enkidu desde el otro mundo:

«¡Si voy a contarte las reglas del mundo inferior que he contemplado,
siéntate (y) llora!».
«[Así pues] ¡deja que me siente y llore!».
«[Amigo mío, el] pene que tocabas para regocijo de tu corazón,
los gusanos [lo] devoran [… como un] *vestido* viejo.

[Amigo mío, la entrepierna que] tocabas para regocijo de tu corazón,
está llena de polvo [como una grieta en la tierra]» (Tablilla XII, ll. 93 ss., trad. George).

Curiosamente, el texto sumerio a partir del que se traduce este texto acadio presenta a Enkidu hablando acerca del deterioro de una amante *femenina* de Gilgamesh:

«¡Si te [cuento] cómo están dispuestas las cosas en el mundo inferior.
¡Oh, siéntate (y) llora!».
«Entonces me sentaré y lloraré!».
«Aquella que manipulaba (tu) *pene* (para) alegrarte el corazón,
(y) tu decías, "Voy a [… *como*] una viga",
su vulva esta infestada de bichos como una capa [vieja],
su vulva está llena de polvo como una grieta en la tierra» («Bilgamesh y el Mundo Inferior», ll. 248 ss., tr. George). <<

[38] *Un bloque de piedra que representa a Enkidu:* Literalmente, «terrón de Anu», es decir, meteorito. <<

[39] *«Tu amor por mí es maravilloso, superior al amor de las mujeres»:* 2 Samuel 1, 26. <<

[40] Enlil, junto con Anu y Ea, forma parte de la tríada de grandes dioses que gobiernan el universo. <<

[41] «Y cuando acabó de hablar a Saúl, el alma de Jonatán se fundió con el alma de David, y Jonatán lo amó como a su propia alma» (1 Samuel 18, 1). <<

[42] *los reyes de la antigua Babilonia se jactaban:* «El príncipe perfecto era un intelectual a la vez que un guerrero y un atleta y, entre sus muchas hazañas, el rey Shulgi (2094-2047 a. C.) estaba particularmente orgulloso de sus logros literarios y culturales. Guardaba el mejor recuerdo de sus días en la escuela de escribas, donde presumía de ser el estudiante más diestro de la clase. En años posteriores, fue un entusiasta mecenas de las artes y se enorgullecía de haber fundado bibliotecas especiales en Ur y Nippur, algo más al norte de Babilonia central, en las que los escribas y juglares podrían consultar originales de, por así decirlo, el cantoral sumerio. Así, contemplaba que la posteridad conservaría himnos dedicados a su gloria y otra literatura de su época:

«Por toda la eternidad la Casa de la Tablilla jamás cambiará, por toda la eternidad la Casa de Enseñanza jamás dejará de existir» (George, *EG*, xvii). <<

[43] *Debemos matarlo y extirpar el mal del mundo:* El texto literal es en este punto bastante fragmentario: «[…] matar […], destruir». He adoptado la conjetura de Schott (seguida por Tournay y Shaffer): «[Tú y yo vamos a] matar[lo] / [y así podremos] destruir [todo el mal en la tierra]». Un discurso fragmentario posterior, procedente de MS BB_{I}, col. v, puede asignar una afirmación similar a Gilgamesh; en la reconstrucción de George, reza así: «[Durante los días que viajamos allí y] volvimos, / [hasta que llegamos al Bosque de] los Cedros, / [hasta que] matamos [al feroz Ḫumbaba,] / [y exterminamos] de [la tierra el Mal que odia Šamaš]» (Versión Estándar III, 202 ss.). <<

[44] *el poeta nos ofrece una motivación:* Esta motivación es por lo menos tan antigua como el poema sumerio «Gilgamesh y Huwawa» (Versión A), ll. 28 ss.: «Nadie es tan alto que alcance el cielo; nadie es tan ancho que abarque las montañas. Puesto que un hombre no puede sobrepasar el final de la vida, quiero partir a las montañas para establecer allí mi fama. Allí donde pueda establecerse la fama, estableceré mi fama» (tomado de la traducción que se encuentra en la página de Literatura Sumeria del Oriental Institute de la Universidad de Oxford, http://www-etcsl.orient.ox.ac.uk/cgibin/etcslmac.cgi?text=t.I.8.I.2#).
También se encuentra en la tablilla paleobabilónica de Yale, OB III, línea 188: «Alcanzaré fama eterna». <<

[45] *puede dar lugar a grandes manifestaciones artísticas:*

La *Fama* es el estímulo que espolea al espíritu despejado
(esa última debilidad de la mente noble)
a despreciar los placeres y vivir días de esfuerzo

(Milton, «Licidas», vv. 70-72). <<

[46] *la causa de toda la infelicidad humana:* «He descubierto que toda la desgracia de los hombres viene de una sola cosa: el no saber quedarse tranquilos en una habitación» (Blaise Pascal, *Pensamientos*, fragmento 139, trad. Xavier Zubiri). <<

[47] Sin contar el divisible Toro Celeste del episodio del Libro VI, que alberga dos monstruos, Ishtar y el Toro, ni el relato dentro del relato del Libro XI, en la que los grandes dioses envían el Diluvio en lo que podría considerarse una monstruosidad genocida. <<

[48] *no ha hecho daño a un solo ser vivo:* Cuando es atacado, Humbaba no *amenaza* con matar a Gilgamesh y Enkidu. (Hay incluso un atisbo de canibalismo: «No voy a mataros, sois demasiado escuálidos, / no seríais una comida decente», aunque, en realidad, esta línea resulta difícil de descifrar: George la traduce como «[…] … tú, … en mi barriga»). Pero estas amenazas no son acciones; son palabras para ahuyentar a los hombres del bosque. <<

[49] *Si algún mortal conoce las normas de mi bosque:* Para una traducción literal de este pasaje, véase nota 194. <<

[50] *Parafraseando a Wallace Stevens:* «Si ha de haber un dios en la casa…» («Less and Less Human, O Savage Spirit», *The Collected Poems of Wallace Stevens*, Knopf, 1954, pág. 327). <<

[51] *Seng-ts'an:* Seng-ts'an (¿?-606) fue un monje chino y el tercer maestro fundador del Zen. Este pareado es de su poema «La mente de absoluta confianza», en Stephen Mitchell, ed., *The Enlightened Heart: An Anthology of Sacred Poetry*, Harper Collins, 1989, pág. 26. <<

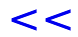
[52] *un pasaje fragmentario:* Véase nota 91. <<

[53] *mediante el método conocido como «de inversión de valores»:* «Todos estos sueños son terribles; pero siempre son interpretados mediante el método conocido como “de inversión de valores”: el mal contemplado en el sueño se convierte, en la realidad futura, en algo favorable» (Bottéro, pág. 100). <<

[54] *imperturbables valientes:* Sigfrido es «un hombre que no conoce el significado del miedo». Por lo que respecta a Beowulf, se le presenta impávido en las batallas contra Grendel y la madre de este («no sintió miedo en toda su vida», v. 1444), y en la batalla con el dragón no siente «ningún temor» (v. 2348). Es cierto que más adelante, en ese mismo combate, se dice que Beowulf y el dragón se provocan «mutuo terror» (v. 2565). Y, sin embargo, lo que parece sentir Beowulf en ese momento no es lo que llamaríamos miedo. Se encuentra en un estado de furia, concentrado por completo en matar a su enemigo. Su adrenalina le está diciendo que no huya y ataque. Justo en el verso siguiente, se le describe como «inflexible» («de espíritu firme» en otra traducción, «resuelto» en una tercera). Así pues, sea lo que sea lo que el poema quiere expresar con la palabra «terror», no es el mismo tipo de emoción descrito en *Gilgamesh*, donde los héroes sienten desesperación, se les hiela la sangre y sienten deseos de huir. <<

[55] *su predecesor en el poema sumerio «Gilgamesh y Huwawa»:* En «Gilgamesh y Huwawa» (Versión A). Este es el clímax del poema (en la traducción de la página de Literatura Sumeria del Oriental Institute de la Universidad de Oxford, líneas 152G ss.):

Huwawa se sentó y comenzó a llorar derramando lágrimas. Huwawa … suplicó … a Gilgamesh. Tiró de la mano de Gilgamesh. «¡Quiero hablarle a Utu! [= Shamash —S. M]». «¡Utu, nunca conocí a una madre que me hubiese parido, ni a un padre que me educase! Nací en las montañas, ¡tú me criaste! Sin embargo, Gilgamesh me juró por el cielo, por la tierra y por las montañas».
Huwawa asió la mano de Gilgamesh y se postró ante él. Entonces, el noble corazón de Gilgamesh se apiadó de él. Gilgamesh se dirigió a Enkidu: «Enkidu, ¡que el pájaro capturado vuele a su hogar! ¡Que el hombre apresado regrese al abrazo de su madre!».
Enkidu respondió a Gilgamesh: «¡Vamos ahora, heroico portador de un cetro de un enorme poder! ¡Noble gloria de los dioses, toro airado que se muestra listo para la lucha! ¡Joven señor Gilgamesh, apreciado en Unug, tu madre sabía bien cómo alimentar a los niños! Alguien tan elevado y, sin embargo, tan carente de comprensión será devorado por el destino sin que ni siquiera comprenda ese destino. ¡Vaya idea que un pájaro capturado deba volver a su hogar, o que un hombre apresado deba regresar a los brazos de su madre! ¡De ese modo nunca regresarás a la ciudad que te vio nacer!».

Huwawa se dirigió a Enkidu: «Enkidu, ¡le dices palabras odiosas contra mí! ¡Tú, mercenario, que te alquilas para vivir! ¡Tú, que caminas detrás de él! ¿Por qué le hablas con palabras tan odiosas?».
Cuando Huwawa le habló de este modo, Enkidu, lleno de furia e ira, le cortó la garganta y metió su cabeza en una bolsa de cuero.
Se presentaron ante Enlil. Después de besar el suelo delante de Enlil, dejaron caer la bolsa de cuero en el suelo, sacaron la cabeza y la depositaron ante Enlil. Cuando Enlil vio la cabeza de Huwawa, se dirigió airado a Gilgamesh: «¿Por qué has actuado así? ¡Debería haberse sentado delante de ti! ¡Debería haber comido el pan que tú comieses, y beber el agua que tú bebieses! ¡Debería haber sido honrado … tú!».


[56] *es consciente de que matarlo:* «Por alguna razón que no está clara para nosotros, pero que sin duda era importante debido al carácter “divino” de Humbaba y a la misión que el rey de los dioses le había encomendado …, Enlil no quería que matasen al Guardián del Bosque, y Enkidu lo sabía. De ahí sus ansias por darle muerte antes de que Enlil pudiera intervenir desde su gran templo en Nippur, y Šamaš desde el suyo, en Larsa o Sippar. Así pues, se cree que Šamaš se oponía a la muerte del adversario de sus dos protegidos: en otras palabras, quería ayudarles a derrotar a Humbaba, para utilizarlo como deseasen, con su bosque y especialmente sus cedros, pero no destruirlo. El resto del relato se sigue de este hecho: Enkidu, considerado responsable de la muerte de Humbaba, será condenado por los dioses a un final prematuro» (Bottéro, pág. 117). <<

[57] *en los mitos, epopeyas e himnos representaba un papel mayor:* Samuel Noah Kramer, *From the Poetry of Sumer: Creation, Glorification, Adoration*, University of California Press, 1979, pág. 71. <<

[58] *maravillosamente erótico ciclo de canciones:* Me refiero a las versiones de Diane Wolkstein en *Inanna, Queen of Heaven and Earth: Her Stories and Hymns from Sumer* (con Samuel Noah Kramer), Harper & Row, 1983. Algunas de las más deliciosas se reproducen en Roben Hass y Stephen Mitchell, ed., *Into the Garden: A Wedding Anthology*, Harper Collins, 1993. <<

[59] *invocación a la «diosa…»:* «Diosa de los temibles poderes divinos, vestida de terror, que cabalga sobre los grandes poderes divinos, Inanna, completada por medio de la fuerza del arma sagrada *ankar*, empapada de sangre, que corre de un lado a otro en las grandes batallas, con el escudo descansando en el suelo [¿?], escondida en la tormenta y la inundación, gran dama Inanna, que sabes bien cómo planear conflictos, tú destruyes tierras poderosas con la flecha y la fuerza y dominas las tierras» (de la traducción que se encuentra en *http://www.gatewaystobabylon.com/myths/texts/inanna/inannebih.htm#top)*. <<

[60] *primero entre los sumerios:* El poema sumerio «Gilgamesh y el Toro Celeste», aunque no tiene un equivalente de la extensa diatriba de Gilgamesh, tiene básicamente el mismo argumento: comienza con el rechazo de Gilgamesh a las insinuaciones de la diosa y termina con el héroe arrojándole la pata del Toro sacrificado. <<

[61] *más tarde compara con perros y moscas:* En el Libro XI, págs. 222, 225. <<

[62] *el más o menos contemporáneo fresco del salto del toro:* Pintado aproximadamente entre el 1600 y el 1400 a. C., la época de la Versión Paleobabilónica. Se puede ver una fotografía del fresco en *http://www.daedalus.gr/DAEI/THEME/B30.jpg* y en otros muchos sitios de internet. <<

[63] *el asesinato de Humbaba tendrá funestas consecuencias:* La causalidad explícita de la muerte de Enkidu no está presente en la Versión Estándar, y la mayoría de los traductores llenan este varío con un pasaje de la Versión Hitita, cuya traducción literal es como sigue: «Soñé que Anu, Enlil y Shamash mantenían un conciliábulo, y Anu decía a Enlil: “Puesto que ellos mataron al Toro Celeste y también mataron a Humbaba, uno de ellos debe morir”. Entonces Enlil le decía: “Enkidu, no Gilgamesh, es el que debe morir”» (Tablilla III, § I, líneas 2 ss.). <<

[64] *como una mujer que ha perdido a su único hijo:* Para una traducción literal de este pasaje, véase nota 258. <<

[65] *Cuando ves lo que no ha nacido:* He aquí una versión más literal de la sentencia de Buda: «Hay un no nacido, no devenido, no hecho e incondicionado. Si esto no nacido, no devenido, no hecho e incondicionado no existiera, tampoco sería posible la liberación de lo nacido, devenido, hecho y condicionado. Pero puesto que hay un no nacido, no devenido, no hecho e incondicionado, es posible la liberación de lo nacido, devenido, hecho y condicionado» (Udana 8.3). <<

[66] *la epopeya del temor a la muerte:* Véase nota 2. <<

[67] *Abu Yazid al-Bistami:* Stephen Mitchell, ed., *The Enlightened Mind: An Anthology of Sacred Prose*, Harper Collins, 1991, pág. 76. <<

[68] *Shiduri:* «… un personaje para nosotros misterioso y del que no tenemos ningún otro dato. Se trata … de una mujer casada, como lo indica el "velo" que lleva, y pertenece al mundo de lo sobrenatural porque su nombre en cuneiforme va precedido del signo indicativo de las divinidades. Es una "tabernera", lo que quiere decir que, según un uso que se mantuvo en vigor hasta mediados del II milenio (pues luego este papel lo desempeñarán hombres), tiene una especie de bar en el cual vende al público la cerveza —bebida nacional del país— que ella misma ha elaborado (en el verso 3 se mencionan sus utensilios profesionales). Además del "despacho de bebidas", semejante establecimiento representaba también el "comercio de encrucijada", donde se vendían al por menor muchos de los alimentos de primera necesidad, y cuyos encargados eran los más indicados para dar información no sólo sobre su clientela sino en general sobre el país. Shiduri es el modelo, introducido en la leyenda, de estos "comerciantes de encrucijada", aunque ciertamente no es fácil adivinar quiénes podrían ser sus clientes en este extremo del mundo … En todo caso, ella era necesaria pues debía facilitarle a Gilgamesh la información que este precisaba, y el folclore no siempre ha de ceñirse a la lógica» (Bottéro, pág. 165). <<

[69] *las mismas preguntas que anteriormente le hizo Shiduri:* Urshanabi las hace también, pero he omitido esta parte del diálogo entre este y Gilgamesh. <<

[70] *Que nos digan cómo no creer lo que pensamos:* Véase Byron Katie, con Stephen Mitchell, *Loving What Is: Four Questions That Can Change Your Life*, Harmony Books, 2002. <<

[71] *en el caso de San Pablo decirle a los tesalonicenses que* no *iban a morir:* Pablo creía que la «segunda venida» tendría lugar durante su vida. «Porque el Señor mismo bajará del cielo a la orden dada por la voz del arcángel y por la trompeta de Dios. Y los muertos en Cristo resucitarán en primer lugar, después nosotros, los que vivamos y quedemos, seremos arrebatados a las nubes, al encuentro del Señor en los aires» (1 Tesalonicenses 4, 16-17). <<

[72] *le habla del Gran Diluvio:* Su discurso ha sido adaptado de un poema más antiguo llamado *Atrahasis*. La mayoría de los estudiosos (por ejemplo, Tigay, págs. 238 ss.). creen que el adaptador fue Sîn-lēqi-unninni, pero, puesto que no se han conservado fragmentos de la Versión Paleobabilónica del Libro XI, no sabemos si también contenía la extensa historia del Diluvio. <<

[73] *se arremolinan como moscas alrededor:* Esta imagen, a diferencia de muchas otras, fue tomada del *Atrahasis*. <<

[74] *reducimos de forma drástica el relato del Diluvio:* Esta es una forma en la que podría reducirse:

> «Ocurrió en Shuruppak, la antigua ciudad que te es bien conocida. Yo viví allí en un tiempo, fui su rey en un tiempo, hace ya mucho, cuando los grandes dioses decidieron enviar el Diluvio. Ea me informó, y construí un gran barco. Cargué en él todas mis posesiones más preciadas. Muy pronto se desencadenó el Diluvio. Durante seis días y siete noches, la tormenta arrasó la tierra. Al séptimo día, cesó el aguacero. El océano se calmó. No se veía tierra alguna. No había vida alguna. La raza humana se había convertido en arcilla. Cuando las aguas se hubieron secado y apareció la tierra, los dioses se reunieron, Enlil nos bendijo a mí y a mi esposa. "Escuchadme, oh dioses: Hasta ahora, Utnapishtim era un hombre mortal. Mas a partir de ahora, él y su esposa serán dioses como nosotros, morarán para siempre, a lo lejos, en la fuente de los ríos". Y aquí vivimos». <<

[75] *experimentar todo ese terror y la muerte de casi todo ser viviente:* La compasión y dolor de Utnapishtim por la gente que ha dejado atrás son más explícitos en el *Atrahasis:* «Invitó a su pueblo [...] / [...] a celebrar. /[...] embarcó a su familia. / Comían, bebían, / mas él entraba y salía, / no podía estarse quieto ni de pie, / su corazón estaba roto y vomitaba bilis» (Dalley, pág. 31). <<

[76] *los dioses «ajenos al sueño, inmortales»:* Del discurso de Utnapishtim:

> «Por la noche, la luna viaja por el cielo, los dioses del cielo permanecen despiertos y velan por nosotros, ajenos al sueño, inmortales. Tal se hizo el mundo desde los tiempos antiguos». <<

[77] *«un animal [o un dios] no puede conocer»:* Del Libro I:

> Regresó [Enkidu] hacia donde estaba Shamhat y en tanto caminaba supo que su mente había crecido, supo cosas que los animales no pueden saber. <<

[78] *«Tras recorrer más de seiscientos kilómetros, se detuvieron a comer, / tras otros mil, acamparon»:* Véase nota 323. <<

[79] *«satisfecha con los bienes» … «juventud se renueva cual el águila»:* Salmo 103, 5. <<

[80] *ha conseguido «cerrar la puerta del dolor»:* De la conclusión del primer parlamento largo de Gilgamesh a Utnapishtim en el Libro X:

> «Ahora espero que las puertas del dolor se cierren detrás de mí y queden selladas con betún y pez». <<

[81] *«Cuando discuto con la realidad, pierdo»:* Byron Katie, *Loving What Is*, pág. 2. <<

[82] *traducciones literales:* Para las complejidades del desciframiento y la traducción, véase George, *EG*, págs. 209 ss. <<

[83] *«Sestina»:* Elizabeth Bishop, *The Complete Poems, 1927-1979*, Farrar, Straus & Giroux, 1983, págs. 123-124. <<

[84] *Aquel que todo lo ha visto:* Literalmente «Aquel que vio lo Profundo» o «Aquel que vio todo» (en acadio, *Sha naqba īmuru*). La primera línea del poema servía también como título: «La palabra *naqbu tiene* dos significados: a) “totalidad” y b) la masa profunda de agua subterránea que se creía aumentaba los manantiales y pozos, es decir, el reino cósmico de Ea más conocido como el Apsû» (George, *BGE*, I, pág. 444). <<

[85] *ha vuelto a erigir el sagrado templo del Eanna, así como las gruesas murallas de Uruk:* Literalmente, «había construido la muralla de Uruk-del-Redil y el sagrado almacén del santo Eanna». Por la secuencia de las acciones, Sîn-lēqi-unninni parece querer decir aquí que Gilgamesh construyó la muralla y el Templo del Eanna *después* de regresar de su viaje en busca de Utnapishtim. Pero, por supuesto, la muralla y el templo están muy presentes durante la acción del poema y, a su regreso, Gilgamesh muestra orgulloso la muralla a Urshanabi. De hecho, la línea siguiente afirma que la muralla fue cimentada por los Siete Sabios mucho antes del Diluvio. (Literalmente, «¿No está hecha esta obra con ladrillo cocido, y no fueron los Siete Sabios en persona quienes pusieron sus cimientos?». Los Siete Sabios eran unos reyes antediluvianos que, instruidos en persona por el dios Ea, habían enseñado a la humanidad todas las artes de la civilización). Obviamente, hubo más personajes que contribuyeron a levantar la muralla, aunque Gilgamesh fue el más famoso. Así pues, he elegido «volver a erigir» en lugar de «construir». <<

[86] *brillan como cobre:* Siguiendo la interpretación de Kovacs. <<

[87] *repara en las tierras que circunda: en sus palmeras, sus jardines, sus huertos, sus espléndidos palacios y templos, sus talleres y mercados, sus casas, sus plazas:* Literalmente, «Un *šār* [aproximadamente 390 hectáreas] es ciudad, un *šār* palmerales, un *šār* pozos de arcilla, medio *šār* el Templo de Ishtar; Uruk mide tres *šār* y medio». <<

[88] *Superior a todos los reyes:* En acadio, *Shūtur elí sharrī*: la primera línea de la Versión Paleobabilónica y, a la vez, su título. <<

[89] *en dos tercios divino y en uno humano:* Mi amigo Philip Ording señala que es tan matemáticamente imposible como ser dos tercios inglés y un tercio francés. He adelantado un poco la línea; aparece un poco más tarde en la Tablilla I. <<

[90] *restauró los ritos antiguos, olvidados, levantando de nuevo los templos que el Diluvio había destruido, renovando las imágenes y los sacramentos por el bien del pueblo y de la sagrada tierra:* Literalmente, «restauró los santuarios que el Diluvio había destruido y restableció los rituales para la raza humana». He añadido unas pocas frases clarificadoras del poema sumerio «La muerte de Gilgamesh» (versión de Me-Turan, sección F, ll. 14 ss.). Literalmente, «fundando templos de los dioses, llegando hasta la morada de Ziusudra [= Utnapishtim], restableciendo los ritos de Sumer, olvidados desde tiempos antiguos, los reglamentos y rituales, llevaste a cabo los ritos de purificación, comprendiste todo lo que era necesario para la tierra desde antes del Diluvio». <<

[91] *La diosa Aruru, madre de la creación, había modelado su cuerpo y lo había hecho el más fuerte de los hombres: enorme, hermoso, radiante, perfecto:* Literalmente, «Bēlet-ilī [= Aruru] dibujó la imagen de su cuerpo, Nudimmud [= Ea] dio perfección a su forma. […] era majestuoso […] estatura […]». He omitido una breve descripción fragmentaria de Gilgamesh como un gigante:

> «Sus pies medían tres codos [aproximadamente 1,35 m], sus piernas seis codos [2,70 m] de altura, su zancada seis codos, su pulgar medía […] codos, sus mejillas tenían barba como […], sus cabellos eran tan gruesos como la cebada». Según la Versión Hitita posterior, medía once codos o, lo que es lo mismo, casi cinco metros de altura. (Resulta curioso que esta sea, aproximadamente, la altura del magnífico toro alado con cabeza humana del salón del trono de Sargón II en Khorsabad, y que se encuentra actualmente en el Oriental Institute de Chicago, *http://www-oi.uchicago.edu/OI/MUS/HIGH/OIM_A7369_72dpi.html). A* modo de comparación, Goliat medía seis codos y un palmo (aproximadamente tres metros) (1 Samuel 17, 4). <<

[92] *al padre arrebata su hijo para aplastarlo:* No está clara la naturaleza de esta opresión; podría tratarse de algún tipo de trabajo forzado o servicio militar. <<

[93] *Pero el pueblo de Uruk clamó al cielo y sus lamentos encontraron oídos, pues los dioses no son insensibles, sus corazones se conmovieron, acudieron ante Anu, el padre de todos ellos, protector del reino de la sagrada Uruk, y le hablaron en nombre del pueblo: «Padre celestial, Gilgamesh, pese a ser noble y magnífico, ha sobrepasado todos los límites. El pueblo sufre su tiranía, el pueblo clama que al padre arrebata su hijo para aplastarlo, a la madre su hija para hacerla suya, a la hija del guerrero, a la novia del joven las hace también suyas, nadie osa enfrentársele. ¿Es así como quieres que tu rey gobierne? ¿Diezmaría un pastor su propio rebaño? Haz algo, padre, apresúrate antes de que el pueblo abrume al cielo con sus desgarradores sollozos»:* Literalmente, «[Las mujeres (conjetura de George)] sus […] pronto, se quejan […] ante [ellos): "Poderoso, preeminente, experto, […] Gilgamesh no deja una sola chica a [su prometido], la hija del guerrero, la novia del joven". Las diosas continuaron escuchando sus lamentos. Los dioses del cielo, los señores que imperan, [a Anu], "Tú has creado un arrogante toro salvaje en Uruk-el-Redil, no tiene igual que alce un arma [contra él], sus compañeros siempre están dispuestos a obedecer sus órdenes (o tienen los pies sujetos por la pelota), oprime [a los jóvenes de Uruk], no deja un solo hijo a su padre, día y [noche su violencia se torna cada vez más] insoportable. Por muy pastor que sea de Uruk-el-Redil, Gilgamesh, [que guía al pueblo] domado, es su pastor y su […], poderoso, preeminente, experto, […] Gilgamesh no deja una doncella a su prometid[o] —la hija del guerrero, la novia [del joven]—"». <<

[94] *Los escuchó Anu, y asintió; llamó entonces a la diosa, la madre de la creación: «Tú creaste a los hombres, Aruru. Ahora ve y crea un par de Gilgamesh, su segundo ser, un hombre que iguale su fuerza y su valor, un hombre que iguale su tempestuoso corazón. Crea un nuevo héroe y que se contrarresten de forma perfecta, para que Uruk tenga paz»:* Literalmente, «[Anu] escuchó sus quejas. Convocaron a la gran diosa Aruru: “Aruru, tú eres quien creó [a la humanidad], crea ahora uno como él. Que sea igual para su tempestuoso corazón. Que sean tal para cual de manera que Uruk tenga paz”». <<

[95] *un trampero:* «La palabra se suele traducir como “cazador”, pero “trampero” parece más preciso en este caso, puesto que capturaba los animales con trampas o agujeros, no matándolos con armas» (Kovacs, pág. 6). <<

[96] *sigue su consejo. Él sabrá qué hacer:* He omitido las instrucciones concretas del padre acerca de Shamhat que se repiten, palabra por palabra, en el discurso de Gilgamesh. También he omitido, en el discurso del trampero ante Gilgamesh, la descripción de Enkidu, repetida, palabra por palabra, cuando se dirige a su padre. <<

[97] *«Ve al templo de Ishtar, pregunta allí por una mujer llamada Shamhat, una de las sacerdotisas que entregan sus cuerpos a cualquier hombre en honor de la diosa. Llévala al monte. Cuando los animales estén bebiendo en la charca, dile que se quite la túnica y se tumbe allí desnuda, dispuesta, abiertas las piernas. El hombre salvaje acudirá. Que ella emplee sus artes amatorias. La naturaleza obrará su curso y después los animales que en el monte eran sus compañeros se asustarán, y lo abandonarán para siempre»:* Literalmente, «Ve, trampero, toma a Shamhat, la *ḫarīmtu*, contigo. Cuando los animales estén bebiendo en la charca, que se quite la túnica y exponga su vagina. Cuando él la vea, se acercará, y los animales se distanciarán de él, aunque creció en su presencia». <<

[98] *Su visión los llenó de asombro. Era un hombre grande y hermoso. En lo hondo de los lomos de Shamhat se despertó el deseo. A medida que contemplaba a este ser primordial se aceleraba su aliento:* Literalmente, «Shamhat lo vio, al hombre primordial, al salvaje del centro del monte». <<

[99] *Despierta su lujuria cuando se acerque, tócalo, excítalo, toma su aliento en tus besos, muéstrale lo que es una mujer:* Literalmente, «No retrocedas, toma su fuerza vital. Cuando te vea se acercará a ti. Despójate de tu túnica, deja que yazga encima de ti y despierta su lujuria, el trabajo de una mujer». <<

[100] *Ella se despojó de su túnica y se tumbó allí desnuda, abiertas las piernas, tocándose. La vio Enkidu y se acercó cautelosamente. Olisqueó el aire. Contempló su cuerpo. Se acercó, Shamhat le tocó el muslo, tocó su pene e introdujo a Enkidu dentro de ella. Empleó sus artes amatorias, se apoderó de su aliento con sus besos, no se reprimió en absoluto y le enseñó lo que es una mujer. Durante siete días permaneció erecto y yació con ella, hasta que estuvo saciado:* Literalmente, «Ella se quitó la túnica, expuso su vagina, y lo tomó en su voluptuosidad. Ella no retrocedió, tomó su fuerza vital. Se despojó de la túnica y dejó que él yaciera encima, despertó su lujuria, el trabajo de una mujer. Él la abrazó y la acarició con pasión, durante seis días y siete noches Enkidu permaneció erecto, hizo el amor con ella hasta que tuvo suficiente de sus encantos». <<

[101] *«Ahora sabes, Enkidu, lo que es estar con una mujer, ayuntarse con ella. Eres hermoso, eres como un dios:* Literalmente, «Eres espléndido, Enkidu, eres como un dios». El contexto parece indicar comprensión más que belleza. Uno no puede evitar comparar estas palabras con las de la serpiente en el Jardín del Edén: «Tan pronto como comáis de él, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, que conocen el bien y el mal» (Génesis 3, 5). <<

[102] *Calló ella y asintió Enkidu. En el fondo de su corazón sintió conmoverse algo, un anhelo no conocido hasta entonces, el anhelo de un verdadero amigo:* Literalmente, «Habló, y sus palabras encontraron favor. Él fue consciente de que anhelaba un amigo». <<

[103] *«Ven», dijo Shamhat, «vayamos a Uruk, te conduciré hasta Gilgamesh, rey poderoso. Verás la gran ciudad y su imponente muralla, verás a los jóvenes vestidos con esplendor, con el mejor lino y bordada lana, con vistosos colores, con pañuelos con borlas y anchos fajines:* Literalmente, «Que vea tu rostro, [te conduciré ante Gilgamesh,] sé dónde estará. Ven, Enkidu, a Uruk-el-Redil, donde los jóvenes se ciñen fajines». He tomado los detalles de la vestimenta de los jóvenes de R. Turner Wilcox, *The Mode in Costume*, MacMillan, 2.ª edición, 1983; véase *http://www.geocities.com/FashionAvenue/3105/costumeI.html* y *http://handsofchange.org/costume.html*. «La vestimenta de los babilonios y los asirios consistía en dos prendas, una túnica recta terminada en flecos largos o cortos llamada *kandys*, y un rebozo con ribetes de dimensiones variadas … Era frecuente el añadido de un fajín ancho alrededor de la cintura. Se empleaba el lino, pero el tejido principal parece haber sido la lana, con elaborados bordados con motivos separados basados en el diseño del rosetón … Las prendas siempre estaban adornadas con flecos y borlas. [Los babilonios] tenían mucho aprecio por los colores brillantes en tonos rojos, verdes, azules y púrpuras».
<<

[104] *Todos los días son fiesta en Uruk, la gente canta y baila en sus calles, los músicos tocan sus liras y tambores, delante del templo de Ishtar charlan y ríen sus bellas sacerdotisas, animadas por el goce del sexo, prestas a servir para el placer de los hombres en honor de la diosa:* Literalmente, «Cada día [...] se celebra un festival, se tocan la lira y el tambor, las *ḫarímātí* están alrededor, amorosas, risueñas, llenas de alegría sexual». Gardner traduce esta última línea «irradiando capacidad sexual, llenas de alegría sexual», y su coautor John Maier explica: «La capacidad sexual es *kuzbu*; la alegría sexual es *ríšatum*. “Belleza” y *kuzbu* no están limitados en absoluto a las mujeres; ambos son atributos de Gilgamesh y tanto de los dioses como de las diosas» (Maier, en Gardner y Maier, págs. 81 ss.). <<

[105] *Shamash, el dios del sol:* Se pensaba que Shamash ejercía una protección especial «no sólo sobre Gilgamesh, sino sobre toda su dinastía, cuyo fundador, Merkiaggasher, era “su hijo” según la *Lista real sumeria* … Nos encontramos aquí, como es frecuente, a la gran tríada de los dioses supremos que, en Mesopotamia, presidían el panteón y el universo: An / Anu, dios del cielo y padre y fundador de la dinastía divina reinante; Enlil, dios de la tierra, soberano de los dioses y de los hombres, y … Enki o Ea, el más inteligente de los dioses, creador de los hombres y de la civilización» (Bottéro, pág. 78). <<

[106] *habías llegado a Gilgamesh en un sueño». Y contó a Enkidu lo que había oído: «Acudió a su madre, la diosa Ninsun:* Literalmente, «“Gilgamesh en Uruk soñó contigo”. Gilgamesh fue a revelar su sueño, diciéndole a su madre». Siguiendo a Ferry, he omitido un segundo sueño y su interpretación, que es casi exacto que el primero. <<

[107] *representa a un amigo amado, un poderoso héroe. Lo tomarás en tus brazos, lo abrazarás y lo acariciarás como un hombre acaricia a su esposa. Será él tu doble, tu segundo ser, un varón leal que estará a tu lado en los más grandes peligros. Pronto conocerás a este compañero de tu corazón. Tu sueño así lo proclama:* Literalmente, «Esto significa que un hombre fuerte vendrá a ti, alguien que rescatará a su amigo. Él es el más poderoso de la región, tiene fuerza, su fuerza es tan poderosa como un meteorito caído del cielo. Lo amarás como a una esposa, acariciándolo y abrazándolo. Será fuerte y te rescatará una y otra vez. Tu sueño es excelente y favorable». <<

[108] *Dio después Shamhat a Enkidu una de sus túnicas y él se vistió con ella:* Tomado de OB II, líneas 69-70. <<

[109] *lo llevó, como a un niño:* Literalmente, «lo condujo como un dios [lleva a un suplicante]». Se refiere «a las escenas denominadas “de presentación”, representadas, a menudo, en los cilindros-sello y que muestran al propietario del sello conducido por una divinidad en presencia de otra» (Bottéro, pág. 83). George tiene una interpretación diferente; véase *BGE*, I, pág. 167. <<

[110] *Adelante, Enkidu. Esto es comida, es lo que nosotros, los humanos, comemos y bebemos». Probó el pan con cautela. Comió luego un pedazo, comió toda una rebanada, luego otra, comió hasta saciarse:* Literalmente, «“come el pan, Enkidu, el báculo de la vida, bebe la cerveza, la costumbre del país”. Enkidu comió el pan hasta que estuvo lleno». <<

[111] Desde *Nunca había visto la comida de los hombres* hasta *Enkidu partió armado con venablo y espada:* Tomado de OB II, líneas 90 ss. <<

[112] *El sacerdote bendecirá a la joven pareja, los invitados se regocijarán, el novio se retirará y la virgen aguardará en el lecho nupcial a Gilgamesh, rey de la bien murada Uruk:* Literalmente, «Para el rey de Uruk de la Gran Plaza, la [valla: Tournay y Shaffer; el velo: George] se abrirá para [que el pueblo elija [una novia]: Tournay y Shaffer; el único que puede tomar el primero: George]»; los dos versos están repetidos con una ligera variación. <<

[113] *«Iré a Uruk ahora, al palacio de Gilgamesh, rey poderoso. Lo desafiaré. Le gritaré en su rostro: "¡Yo soy el más poderoso! ¡Yo soy quien puede hacer temblar el mundo! ¡Yo soy supremo!"». // Juntos marcharon a la bien murada Uruk:* Aquí hay una laguna en el texto que he rellenado repitiendo el discurso anterior de Enkidu. <<

[114] *En verdad que Gilgamesh ha encontrado su igual. Este hombre salvaje puede rivalizar con el más poderoso de los reyes*: Estas líneas son un añadido mío. <<

[115] Desde *Un día, mientras yacía con Shamhat* hasta *comían los invitados entre cantos y risas:* Tomado de OB II, líneas 135 ss. (excepto para «como un niño pequeño besaban sus pies», que procede de la Versión Estándar). <<

[116] *El rito nupcial había tenido lugar, tocaban los músicos sus liras y tambores, comían los invitados entre cantos y risas, dispuesta estaba la novia para Gilgamesh como si fuera un dios, aguardaba en el lecho para entregarse a él, en honor de Ishtar, para olvidar a su esposo y entregarse al rey:* Literalmente, «En Uruk el sacrificio se estaba llevando a cabo, los jóvenes estaban festejando por el héroe [¿?]. Para el espléndido joven, para Gilgamesh, la pareja estaba dispuesta como para un dios, la cama estaba hecha para la diosa Ishara [= Ishtar], para que Gilgamesh pudiera unirse con la novia aquella noche». George interpreta este pasaje de forma diferente; véase *BGE*, I, págs. 169-170, 190, 455-456. <<

[117] *Cuando Gilgamesh llegó a la casa nupcial, allí estaba Enkidu. Plantado como una roca, ocupaba la puerta. Lleno de furia, Gilgamesh lo agarró con todas sus fuerzas, enormes brazos se trabaron con enormes brazos, chocaron sus frentes como toros salvajes, ambos hombres se tambalearon, cayeron contra las casas, las jambas temblaron, se estremecieron los muros, rodaron por las calles luchando cuerpo a cuerpo, sus miembros se entrelazaron, cada uno de aquellos enormes cuerpos intentando deshacerse del abrazo del otro:* Literalmente, «Se adelantó y se colocó en la calle, bloqueó el paso de Gilgamesh. *[laguna]* […] Frente a él […] se estaba enfadando […] Enkidu avanzó hacia él, se vieron cara a cara en la gran plaza. Con sus pies bloqueaba la puerta y no permitía entrar a Gilgamesh. Se agarraron, arqueando sus espaldas como toros, hicieron añicos las jambas, las paredes se conmovieron. Gilgamesh y Enkidu se agarraron, arqueando sus espaldas como toros, hicieron añicos las jambas, las paredes se conmovieron». <<

[118] *Finalmente, Gilgamesh derribó al hombre salvaje y lo sujetó contra el suelo con su rodilla derecha:* Literalmente, «Gilgamesh se arrodilló, su pie en la tierra». <<

[119] Desde *El rito nupcial había tenido lugar* hasta *es tu destino gobernar sobre los hombres*: Tomado de OB II, líneas 190 ss. Las frases «Con sus pies Endiku bloqueaba la puerta (de la casa nupcial) y no permitía entrar a Gilgamesh», «se agarraron (en la puerta de la casa nupcial) y «las jambas temblaron, las paredes se conmovieron» también aparecen en el pasaje equivalente, más breve, de la Versión Estándar. <<

[120] *Se abrazaron y se besaron. Se dieron la mano como hermanos. Uno junto al otro caminaron. Se convirtieron en amigos verdaderos:* Tomado de OB III, línea 18. Literalmente, «Se besaron uno al otro y formaron una amistad». La Versión Estándar continúa con un diálogo fragmentario entre Ninsun y Gilgamesh que he omitido. <<

[121] *El tiempo pasó rápidamente:* He añadido esta frase y he comenzado el Libro III con el pasaje que sigue, de la tablilla de Yale (OB III), porque en este punto hay una fractura natural en la historia. La Tablilla III comienza con las siguientes líneas: «Regresa a salvo al refugio de Uruk; no confíes tan sólo en tu fuerza». <<

[122] *Bosque de los Cedros:* Al contrario de lo que ocurre en el poema sumerio «Gilgamesh y Huwawa», en el que el Bosque de los Cedros se encuentra hacia el este, en el sudoeste de Irán, la Versión Estándar lo sitúa al oeste, en la actual Siria. <<

[123] *Gilgamesh dijo: «Ahora hemos de emprender viaje hacia el Bosque de los Cedros, donde vive el feroz monstruo Rumbaba. Debemos matarlo y extirpar el mal del mundo»:* Este pasaje fragmentario procede de OB III, líneas 89-90, 97 ss. Literalmente, «Gilgamesh abrió su boca, diciéndole a Enkidu *[laguna]* "fiero Huwawa (= Humbaba). [...] matarlo, destruir [...]"». He adoptado la conjetura de Schott: «[Tú y yo vamos a] matar[lo] / [y de este modo podamos] destruir [todo el mal en el país]». <<

[124] Desde *Enkidu suspiró. Se llenaron sus ojos de lágrimas* hasta *un grito está clavado en mi garganta, mis brazos están sin fuerzas:* He tomado estas líneas de un pasaje fragmentario omitido aquí, en el que Gilgamesh presenta a Enkidu a su madre, la diosa Ninsun. <<

[125] *se extiende centenares de kilómetros a lo largo y a lo ancho:* Literalmente, «El bosque se extiende 60 *bēr* en cada dirección». Sesenta *bēr* o dobles leguas = 648 kilómetros. La expresión significa realmente «un gran (indeterminado) número de kilómetros», que en un sistema de numeración de base 10 como el nuestro (el sistema mesopotámico era de base 60) sería 100 o 1.000 kilómetros. <<

[126] Desde *Conocí aquellas tierras cuando vagaba por las colinas* hasta *he de entrar en él, ascender sus laderas:* Tomado de OB III, líneas 106 ss. He prescindido de unas pocas líneas que están repetidas en la Versión Estándar. <<

[127] «… el cedro era la madera de lujo por excelencia, perfumada, sólida, de gran altura y hermoso veteado, para los edificios oficiales más ricos, palacios y templos» (Bottéro, pág. 123). <<

[128] *cortar un cedro tan alto que forme un torbellino al caer al suelo:* Siguiendo la reconstrucción de Foster. <<

[129] Si *muero en el bosque en el transcurso de esta gran aventura, no te avergüences cuando la gente diga: «Gilgamesh encontró una muerte heroica combatiendo contra el monstruo Humbaba. ¿Y dónde estaba Enkidu? ¡Estaba a salvo en su hogar!»:* Literalmente, «Iré delante de ti, y podrás gritar: "¡Continúa, no temas!". Si muero, habré forjado mi fama. [La gente dirá:] "Gilgamesh combatió con el feroz Humbaba"». <<

[130] Desde *Nosotros no somos dioses, no podemos ascender al cielo* hasta *para siempre grabaré mi fama en la memoria de los hombres:* Tomado de OB III, líneas 140 ss., con excepción de «eres valiente, tu corazón ha sido puesto a prueba en combate», que es de la Versión Estándar. <<

[131] *«Pero, me acompañes o no, cortaré ese árbol, mataré a Humbaba, haré perdurable mi nombre, para siempre grabaré mi fama en la memoria de ¡os hombres»:* Literalmente, «Debo comenzar a trabajar y talar el cedro, debo establecer mi fama eterna». <<

[132] Desde *Echó Gilgamesh el cerrojo a las siete puertas* hasta *para siempre grabaré mi fama en la memoria de los hombres:* Tomado de OB III, líneas 172 ss. He trasladado el episodio con los herreros a un punto posterior del Libro III. <<

[133] *celebrar otra vez el Año Nuevo:* «… una de las fiestas principales de la liturgia local: el *Akītu*; para esta ceremonia se reservaba un santuario particular, fuera de los muros, a donde se iba en procesión desde la ciudad» (Bottéro, pág. 90). <<

[134] *su visión causa horror:* «La “máscara de Huwawa/Humbaba”, distorsionada y horrible, era muy conocida y se reproducía con frecuencia en amuletos» (Bottéro, pág. 91). <<

[135] *Al escuchar las palabras de los ancianos, Gilgamesh rompió a reír, se levantó y dijo: «Dime, amigo querido, ¿has recobrado tu valor? ¿Estás presto para partir? ¿O aún temes sufrir la muerte de un héroe?:* Tomado de OB III, líneas 201 ss. Literalmente, «Miró a Enkidu y se rio. “Ahora, amigo mío [...] ¿Debería temerlo tanto que [...]”». He omitido un discurso de los ancianos que se repite palabra por palabra en la Tablilla III y he insertado aquí la visita a la forja. <<

[136] *y ordenemos que el herrero nos fabrique armas que sólo los héroes más poderosos puedan usar». Enkidu escuchó con gravedad. Permaneció largo tiempo en silencio. Finalmente, asintió. Gilgamesh tomó su mano:* Literalmente, «“Que forjen [tantas hachas] como necesitemos”. Se cogieron [de la mano] y fueron a la forja». <<

[137] *noventa kilos:* Literalmente, «tres talentos» = 87 kg.
<<

[138] *trescientos kilos:* Literalmente, «diez talentos». <<

[139] Desde *Vayamos a la fragua, Enkidu*, hasta *Cada hombre cargaba más de trescientos kilos:* Tomado de OB III, líneas 161 ss. <<

[140] *Dijo Gilgamesh: «Antes de partir…»:* He omitido un discurso que comienza «Los ancianos se pusieron de pie y se dirigieron al rey: “Regresa sano y salvo…”». Se repite, palabra por palabra, en un momento posterior del Libro III. <<

[141] *Madre querida, gran diosa, asísteme en esta empresa:* He añadido esta línea y omitido las tres últimas del discurso de Gilgamesh, que, como el resto del pasaje, se repiten palabra por palabra en el discurso a los jóvenes. <<

[142] *jabonera:* «Se trata de la planta denominada *tullal*, no identificada, pero cuyo nombre (en acadio: "Tú purificas") indica un uso tanto en el aseo personal como en operaciones de "magia" y de exorcismo. Ninsuna, al "purificarse", ya puede hablarle a Shamash, dios de mayor rango que ella» (Bottéro, pág. 94). <<

[143] *hasta llegar al tejado:* «En este país cálido y con escasas precipitaciones los tejados eran generalmente planos, y continúan siéndolo, sirviendo de terraza» (Bottéro, pág. 192). <<

[144] *«Señor del cielo, tú has concedido a mi hijo belleza, fuerza y valor:* He añadido estas líneas. <<

[145] *¡Oh Shamash, señor, sol glorioso, deleite de los dioses, iluminador del mundo, que te alzas haciendo nacer la luz que llena los cielos, da forma a la tierra, volumen a las montañas, brillo a los valles, desvanece la oscuridad, hace retroceder al mal, todas las criaturas despiertan y abren sus ojos y, al verte, se llenan de dicha, protege a mi hijo! A lo largo de su peligrosa jornada:* Literalmente, «Oh [Shamash], tu abriste […] para los animales del monte, tú saliste para la tierra […], las montañas […], los cielos crecen [en brillo], animales del monte […] tu esplendor […] esperaba […] a ellos, los animales […] a ti. […] te ofrezco, el hombre muerto […] vida. Al […] tu cabeza, cuando [tu luz] surge las multitudes se juntan, los grandes dioses aguardan [tu luz], [que Aya tu prometida] no tema [recordarte]: [Confía]le a [los vigilantes de la noche]. El camino que […] toque y […]. Porque […] el viaje […] Y […] mientras Gilgamesh viaja al Bosque de [los Cedros]». <<

[146] *atiza violentos vientos:* La Versión Estándar especifica trece vientos. Puesto que hay pocos sustantivos sinónimos de «viento» en nuestra lengua, he reducido su número a ocho, como en la Versión Hitita. <<

[147] *Cuando hubo terminado su plegaria:* He omitido el siguiente pasaje, que procede de una variante diferente de la tradición y cuya paradoja parece un contraste infructuoso con la conciencia de Gilgamesh de que «no somos dioses, somos hombres mortales»: «Ninsun formuló una segunda plegaria a Shamash: "¡Oh, Shamash, ¿no será Gilgamesh [...] los dioses? ¿No compartirá los cielos contigo? ¿No compartirá el cetro con la luna? ¿No actuará sabiamente con Ea en el Gran Abismo? ¿No imperará sobre la raza de las cabezas negras junto a Irnina [= Ishtar]? ¿No habitará con Ningishzida en el País del que No se Vuelve?"». <<

[148] *Al escuchar estas palabras, los ojos de Enkidu se llenaron de lágrimas, y él y Gilgamesh juntaron sus manos como hermanos. Tomaron sus armas: las enormes hachas, los enormes puñales, las aljabas, los arcos:* En este punto hay una amplia laguna en el texto. He omitido tres pasajes fragmentarios y añadido estas líneas. <<

[149] *Recuerda el antiguo proverbio:* He añadido esta frase.
<<

[150] Desde *Que Shamash te conceda el deseo de tu corazón* hasta *y recuerda a Lugalbanda, tu padre:* Tomado de OB III, líneas 257 ss. <<

[151] *que también viajó hasta las lejanas montañas:* He seguido una pista a partir de una nota al pie de Kovacs y he añadido esta línea. En dos poemas sumerios, «Lugalbanda y Enmerkar» y «Lugalbanda y el Monte Hurrum», Lugalbanda emprende largos viajes a través de las montañas. <<

[152] Los *ancianos se volvieron a Enkidu y le dijeron: «Te confiamos el cuidado del rey. Protégelo, guíalo a través de los pasos traicioneros, muéstrale dónde encontrar alimento y dónde cavar para obtener agua, condúcelo hasta el Bosque y combate a su lado:* Literalmente, «En esta, nuestra asamblea, [dejamos al rey a tu cuidado]. Asegúrate de que regresa y trae [al rey de vuelta a tu cuidado]». <<

[153] *Que Shamash te asista, que los dioses te concedan el deseo de tu corazón:* Tomado de OB III, líneas 285-286. <<

[154] Desde *Dijo Enkidu a Gilgamesh* hasta *el Bosque de los Cedros, donde habita Humbaba:* Tomado de OB III, líneas 272 ss. <<

[155] Tras *recorrer más de seiscientos kilómetros, se detuvieron a comer, tras otros mil, acamparon. Habían recorrido en sólo tres días y tres noches:* Literalmente, «A los 20 *bēr* (= 216 kilómetros), se detuvieron a comer, a los 30 *bēr* (= 324 kilómetros), acamparon, habían recorrido 50 *bēr* (= 540 kilómetros) en un solo día». Hay cierta confusión en el texto, que afirma que los héroes acampan después del primer día, mientras que describe la verdadera acampada y el ritual de los sueños cada tres noches, después de tres días de marcha. Para garantizar una mayor claridad, he insertado las distancias recorridas cada tres días, en lugar de cada día.
<<

[156] *Enkidu ejecutó el ritual de los sueños:* He seguido aquí la interpretación de Bottéro: «Se trata de un ritual de incubación, de un sueño "concedido", es decir, primero solicitado a los dioses y luego recibido en un lugar específico, protegido de las influencias malignas que podrían alterar o falsear el proceso. Aquí se trata de la cumbre de la "montaña", lugar sagrado, más próximo al cielo donde mora Shamash, que será quien "envíe" el sueño. De ahí el uso de *mašatu*, harina o polvo perfumado que se quemaba en ofrendas fumigatorias, el ritual mántico ejecutado por Enkidu para Gilgamesh (del que lo ignoramos todo) y el "círculo encantado" en el que "lo encierra" cuando está a punto de dormirse y recibir el ansiado sueño. Estos "círculos" eran de uso corriente en las operaciones "mágicas" y en los exorcismos: se dibujaban con harina, con hojas o ramas de plantas, e incluso a veces con barreras improvisadas de cañas, con el fin de aislar de todo fluido pernicioso. La borrasca que pasa de largo es señal de que el cielo está de acuerdo en que el sueño solicitado tenga lugar, en las condiciones acostumbradas, y por tanto tenga valor adivinatorio, que aquí, lógicamente, se desea de buen augurio» (Bottéro, pág. 99). <<

[157] *Caminábamos por un desfiladero y, al alzar la vista, se desplomó una enorme montaña, tan grande que, a su lado, parecíamos moscas. Entonces la montaña cayó sobre nosotros. Dime, amigo querido: ¿qué significa?:* Literalmente, «[en] un valle montañoso, [la montaña] cayó sobre […], nosotros, como [moscas]». <<

[158] *Gilgamesh, alegre con su magnífico sueño, sonrió, y su rostro se iluminó de placer:* Tomado de OB Schøyen$_2$, líneas 23-24. La segunda línea aparece también en OB II, línea 104, en la descripción de la borrachera de Enkidu; ambas líneas aparecen en uno de los fragmentos en babilonio medio de Bogazköy, MB Boğ$_2$, anverso, líneas 3'-4'. <<

[159] *Alcé la vista y se desplomó una enorme montaña, me tiró al suelo, me atrapó los pies:* Tomado de MB Boğ$_2$, anverso, líneas 13'-14'. <<

[160] *un terrible resplandor hirió mis ojos, de repente, apareció un joven, era radiante y hermoso, me tomó por el brazo y me sacó de debajo de la montaña:* Tomado de OB Schøyen$_2$, líneas 8 ss. <<

[161] *me dio agua y mi corazón se serenó:* Tomado de MB Boğ$_2$, anverso, línea 18'. <<

[162] *De nuevo la montaña representa a Humbaba. Te hacía caer, pero no pudo darte muerte:* Tomado de OB Schøyen$_2$, líneas 14 ss. Literalmente (en la traducción de George): «Ahora, amigo mío, aquel hacia el que vamos, ¿acaso no es la montaña? ¡Es algo muy extraño! Ahora, Huwawa, hacia el que vamos, ¿acaso no es la montaña? ¡Es algo muy extraño!». <<

[163] *Por lo que respecta al joven hermoso que aparecía, es el señor Shamash, que te rescatará y te otorgará todo aquello que desees:* Tomado de OB Schøyen$_2$, líneas 21-22.

<<

[164] *Los feroces cielos representan a Humbaba, que intentaba darte muerte con rayos y llamas. Pero, a pesar del fuego, no podía causarte daño. Mataremos a Humbaba. El triunfo es nuestro. Aunque nos ataque, venceremos:* Literalmente (en la traducción de Foster), «Humbaba, como un dios […] / […] la luz brillante […] / Seremos [victoriosos] sobre él. Humbaba provocó nuestra ira […] / […] prevaleceremos sobre él. / Además, al amanecer la palabra de Shamash estará a nuestro favor».

Págs. 141-142: Desde *he tenido un cuarto sueño* hasta *que acudía en tu rescate era nuestro señor, Shamash:* Tomado de la tablilla paleobabilónica fragmentaria de Nippur, OB Nippur, líneas 9 ss. <<

[165] *se cernía sobre mí como una enorme nube, me hacía muecas y de su boca salían horribles llamas; entonces vi junto a mía un joven que despedía un fulgor que no era de este mundo, se acercó a la criatura, quebró sus alas, retorció su cuello y la arrojó al suelo […] El águila que viste con cabeza de león representa a Humbaba. Aunque se abalanzó sobre ti y de su boca salieron llamas terribles, nada pudo causarte daño. El joven que acudía en tu rescate era nuestro señor, Shamash. Él permanecerá a nuestro lado cuando ataque el monstruo. Pase lo que pase, venceremos:* Literalmente, «“Estaba […], su rostro era extraño, sus mandíbulas eran fuego, su aliento era muerte. Había un hombre de aspecto extraño […] frente a mí en mi sueño. [Él …] sus alas, agarraba sus brazos, […] entonces lo arrojaba al suelo [delante de] mí. […]” *[laguna]* “[…] [descendía sobre nosotros, como una] nube, era […J, su rostro era extraño, sus mandíbulas eran fuego, su aliento era muerte. Aunque tú estabas aterrorizado ante su terrible aura, yo […] su pie. Te permitiré levantarte. El hombre que viste era el poderoso Shamash”». <<

[166] Desde *Luchaba yo cuerpo a cuerpo con un gigantesco toro* hasta *alcanzaremos un triunfo mayor que el que haya logrado hombre alguno:* Tomado de una de las tablillas paleobabilónicas Šaduppûm, OB Harmal$_{I}$, líneas 4 ss. <<

[167] *Podían escuchar el horrible rugido de Humbaba:* Tomado de OB Schøyen$_2$, línea 57, donde aparece después del segundo sueño de Gilgamesh. <<

[168] *Ahora sólo lleva una. ¡Atácalo! ¡Ahora!:* He trasladado el resto de la Tablilla IV al Libro V, excepto dos pasajes fragmentarios que he omitido, y las dos últimas líneas, que permanecen como conclusión del Libro IV. <<

[169] *Gilgamesh se detuvo, estremecido. Las lágrimas corrían por sus mejillas. «¡Oh Shamash», clamó, «asísteme en esta peligrosa jornada. Acuérdate de mí, ayúdame, escucha mi ruego!». Se detuvieron y escucharon. Pasó un momento. Entonces, desde el cielo, la voz del dios se dirigió a Gilgamesh: «Apresúrate, ataca, ataca a Humbaba mientras sea el momento adecuado, antes de que se adentre en las profundidades del bosque, antes de que pueda ocultarse y envolverse en sus siete auras con su mirada paralizadora. Ahora sólo lleva una. ¡Atácalo! ¡Ahora!»:* Literalmente, «[…] va a […] medio de Uruk, […] se alza ahí y […] ¡Oh, Gilgamesh, vástago surgido de Uruk […]. [Shamash] escuchó lo que había dicho, inmediatamente una voz [llamó desde el cielo], “Apresúrate, atácalo, no le dejes [escapar hacia el bosque], [no le dejes] bajar a lo más profundo o […]. Aún no se ha envuelto en sus siete auras terroríficas […], sólo va envuelto en una, las otras seis están quitadas”». <<

[170] Con *las hachas en la mano y los puñales desenvainados, penetraron en el Bosque y se abrieron paso:* Estas líneas aparecen en realidad ligeramente más tarde en la Tablilla V. Literalmente (en la traducción de Foster), «Hachas tocadas con [la piedra de amolar], puñales y espadas […] / Uno a uno […] / avanzaron muy despacio hacia […] / Humbaba […]». <<

[171] *la maraña de espinados arbustos que cedían bajo sus pies:* Sigue a esta línea un pasaje fragmentario que he omitido. <<

[172] *De improviso, el terror se apoderó de Enkidu, su rostro se tornó pálido como una cabeza cortada:* Tomado de OB Schøyen$_2$, líneas 63 ss., siguiendo la reconstrucción de George. <<

[173] *Dijo a Gilgamesh: «Amigo querido, no puedo continuar, estoy aterrorizado, no puedo seguir adelante. Entra tú en el terrible bosque, mata tú a Humbaba y gana la gloria. Yo regresaré ahora a la bien murada Uruk, y todos los hombres sabrán ¡o cobarde que he sido»:* Este pasaje es una ampliación de una única línea (104) del «Gilgamesh y Huwawa»: «Gilgamesh, continúa montaña arriba, pero yo regresaré a la ciudad». <<

[174] *Respondió Gilgamesh: «Amigo querido, hermano amado, solo no puedo matar a Humbaba. Por favor, quédate aquí conmigo, permanece a mi lado:* He añadido estas líneas. <<

[175] *«Dos barcos amarrados juntos jamás se hundirán. Una cuerda triple es difícil de romper». Si nos ayudamos uno al otro y combatimos hombro con hombro, ¿qué daño puede ocurrimos? Vamos, ataquemos al monstruo. Hemos llegado ya muy lejos. No importa lo que sientes, continuemos:* Tomado del «Gilgamesh y Huwawa», líneas 107 ss. Literalmente, «Enkidu, dos personas juntas no morirán. Un hombre amarrado a su barca no se ahogará. Nadie puede desgarrar una prenda de tres pliegues. El agua no puede llevarse a nadie de la muralla de la ciudad. El fuego no se puede extinguir en una casa de juncos. Si tú me ayudas y yo te ayudo, ¿qué podrá nadie contra nosotros? Cuando una barca se hunde, cuando una barca rumbo a Magan se hunde, cuando una barcaza *magílum* se hunde, la barca que ha sido fuertemente amarrada a otra barca permanece firme. Vayamos ahora, dirijámonos contra él y ataquémoslo cara a cara». <<

[176] *Dijo Enkidu: «Tú nunca lo has visto cara a cara, y desconoces el horror que acecha ahí delante. Pero cuando yo lo vi, mi sangre se heló. Sus dientes son afilados como dagas, sobresalen como colmillos, su rostro untado de sangre es un rostro de león, se abalanza como un torrente enfurecido, llamas salen de su frente. ¿Quién puede resistirse? Estoy aterrorizado. No puedo seguir adelante»:* Tomado del «Gilgamesh y Huwawa», líneas 98 ss. Literalmente, «Puesto que tú no lo has visto, él no te atemoriza. Pero yo sí lo he visto y me aterroriza. Sus dientes son dientes de dragón, su rostro es el rostro de un león, su pecho es un torrente enfurecido, su frente es un fuego que devora los matorrales de juncos y nadie puede escapar de él». <<

[177] Desde *Dijo Gilgamesh: «Ten valor, hermano querido* hasta *para siempre grabaremos nuestra fama en la memoria de los hombres»:* He movido este pasaje aquí desde su lugar al final de la Tablilla IV. <<

[178] *Se adentraron caminando en el Bosque de los Cedros, con las hachas en ¡a mano y los puñales desenvainados, siguiendo el sendero que había hecho Humbaba:* He añadido estas líneas. <<

[179] *Llegaron a la vista de la guarida del monstruo. Dentro aguardaba y su sangre se heló. Vio el monstruo a los dos amigos, crispó su rostro, mostró los dientes, lanzó un bramido ensordecedor. Clavó su fiera mirada en Gilgamesh. «Joven», le dijo, «jamás regresarás a tu hogar. Disponte a morir». El pánico golpeó a Gilgamesh como una ola, el terror inundó sus músculos, su corazón se congeló, su boca se secó, sus piernas temblaron, sus pies quedaron enraizados en la tierra:* Tomado del «Gilgamesh y Huwawa», líneas 122 ss. Literalmente, «Huwawa estaba sentado en su casa en medio de los cedros. Fijó su fiera mirada en Gilgamesh y Enkidu, era la mirada de la muerte. Volvió la cabeza hacia ellos, era la señal del desastre. Cuando habló, sus palabras fueron pocas: "Vosotros, jóvenes, jamás regresaréis a la ciudad donde vuestra madre os dio a luz". El miedo y el temor se extendieron por los músculos y las extremidades de Gilgamesh, sus pies quedaron enraizados en la tierra». <<

[180] Desde *De improviso, el terror se apoderó de Enkidu* hasta *Amigo querido, gran guerrero, noble héroe, no pierdas tu coraje:* El texto de la Versión Estándar es tan fragmentario en este punto y tan plagado de lagunas que he tomado prestado en extenso del poema sumerio «Gilgamesh y Huwawa» (Versión A). He añadido también unos pocos pasajes, como se indica en las notas siguientes. La Versión Estándar de esta sección completa dice literalmente, «Gilgamesh […] Porqué […] *[laguna]* Enlil […] Enkidu […] su boca […] de Humbaba […] uno por uno […] vestidos […] En el traicionero sendero […] dos […] Dos grupos de tres […] una cuerda triple […], dos oseznos son […] que un león fuerte, *[laguna]*». <<

[181] *Amigo querido, gran guerrero, noble héroe, no pierdas tu coraje:* Tomado del «Gilgamesh y Huwawa», líneas 130 ss. Literalmente, «Poderoso campeón, noble héroe, placer de los dioses, toro fuerte embistiendo en la batalla, tu madre bien sabía cómo alimentar a un hijo en sus pechos. No temas, descansa tus manos sobre la tierra». <<

[182] *Dos barcos amarrados juntos jamás se hundirán. Una cuerda triple es difícil de romper:* Las dos expresiones son proverbiales. La segunda seguía siéndolo más de quinientos años después del «Gilgamesh y Huwawa», como podemos ver en Eclesiastés 4, 9-12: «Dos son mejor que uno, pues tienen una buena recompensa por su trabajo. Porque si uno de ellos cae, el otro le levantará; mas cuán desgraciado es aquel que está solo cuando cae y no tiene a otro que lo levante. Una vez más, si dos yacen juntos, conservarán el calor; pero ¿cómo puede conservar el calor uno solo? Y aunque alguien pudiera vencer al hombre que está solo, dos serían capaces de resistírsele. Una cuerda triple no se rompe rápidamente». <<

[183] *recuerda esto: «Dos barcos amarrados juntos jamás se hundirán. Una cuerda triple es difícil de romper». Si nos ayudamos uno al otro y combatimos hombro con hombro, ¿qué daño puede ocurrimos? Vamos, continuemos:* He repetido estas líneas que aparecen en un pasaje anterior. <<

[184] *Avanzaron hacia la guarida del monstruo. Rumbaba salió rugiendo y les dijo:* He añadido estas líneas. <<

[185] Te *arrancaré un miembro tras otro:* He añadido estas líneas. <<

[186] *los dos os presentáis ante mí y me observáis como un par de niñas atemorizadas:* Literalmente, «Aquí eres un extraño hostil». <<

[187] *¡Cuán terrible se ha tornado el rostro de Rumbaba! Se está transformando en mil rostros de pesadilla, más horribles de lo que puedo soportar. Estoy aterrado, no puedo continuar:* Literalmente, «Amigo mío, el rostro de Humbaba ha cambiado. Nos dirigíamos como héroes hacia su [guarida] para derrotarlo, pero el corazón que se ha asustado no recupera la calma en un momento». <<

[188] *No debemos dudar ni abandonar. Dos amigos íntimos no pueden ser derrotados. Ten valor. Recuerda cuán fuerte eres. Permaneceré a tu lado. Ataquemos ahora:* Literalmente (en la traducción de George), «Ahora, amigo mío, hay un solo … / recoger [los lingotes de] cobre de los moldes del cobrero? / Soplar las brasas durante una doble hora, … ¿qué permanece encendido durante una doble hora? ¡Enviar el Diluvio es apretar las clavijas! [No] eches tus pies hacia atrás, ¡no te retires! […] … ¡haz que tu golpe sea bueno y fuerte!». <<

[189] *Gilgamesh sintió cómo el valor regresaba:* He añadido esta línea. <<

[190] Desde *Arremetieron contra Humbaba como dos toros salvajes* hasta *su rugido retumbó como un trueno:* He movido este pasaje aquí desde su lugar al final de la Tablilla IV. <<

[191] *dividieron las montañas del Líbano:* «El Líbano y el Hermón se encuentran separados por una profunda fosa (la “Gran Fosa Siria”) que se prolonga hasta el golfo de Aqaba y más allá. A modo de etiología imaginaria, los autores de este pasaje parecen haber querido poner en relación de causa a efecto esta situación geológica con la lucha entre ambos gigantes» (Bottéro, pág. 115). <<

[192] *una bruma sulfurosa descendió sobre ellos e hirió sus ojos:* Literalmente, «La muerte cayó sobre ellos como una bruma». <<

[193] *Dijo Humbaba: «Ten compasión, Gilgamesh. Permíteme vivir aquí, en el Bosque de los Cedros. Si respetas mi vida, seré tu esclavo, te entregaré tantos cedros como desees. Tú eres rey de Uruk por la gracia de Shamash, hónrale con un templo de cedro y construye para ti un palacio de cedro. Todo esto es tuyo con sólo respetar mi vida:* Literalmente, «Rogando por su vida, Humbaba dijo a Gilgamesh: "Eres tan joven, Gilgamesh, tu madre te dio a luz y, en efecto, eres el hijo de [Ninsun, la Dama de las Vacas Salvajes]. […] la orden de Shamash, señor de la montaña: 'Gilgamesh, el heredero de Uruk, será rey'. […] Gilgamesh, un hombre muerto no puede […] un vivo […] su maestro. Respeta mi vida, Gilgamesh […] Permíteme morar aquí para ti en […] tantos árboles como desees […], vigilaré el mirto para ti, el […], madera, el orgullo de un palacio"». <<

[194] *Si algún mortal conoce las normas de mi bosque, Enkidu, eres tú. Sabes que este es mi lugar y que yo soy el guardián del bosque. Enlil me puso aquí para inspirar terror a los hombres, y protejo el bosque tal como ordena Enlil. Si me matáis, incurriréis en la ira de los dioses, y su juicio será severo:* Literalmente, «Conoces las reglas de mi bosque, las reglas de [...], así que comprendes lo que se ha ordenado».
<<

[195] *Shamash en Larsa:* Hay una lectura alternativa: «Shamash en Sippar». <<

[196] *que dio muerte a Humbaba en el Bosque de los Cedros:* He omitido aquí dos breves pasajes fragmentarios y una repetición del pasaje que comienza «Enkidu dijo: “Amigo querido, rápido”» y termina con «que mató a Humbaba en el Bosque de los Cedros». <<

[197] *Sabedor de que estaba perdido, Humbaba profirió un aullido: «A ambos os maldigo. Puesto que habéis hecho esto, muera Enkidu, muera entre grandes dolores, y experimente Gilgamesh el desconsuelo, quede su cruel corazón abrumado por el dolor». Horrorizado, soltó su hacha Gilgamesh. Dijo Enkidu: «Ten valor, amigo querido. Cierra tus oídos a las maldiciones de Humbaba. No escuches sus palabras. ¡Mátalo! ¡Ahora!». Al escuchar a su amigo, volvió en sí Gilgamesh. Lanzó un alarido, alzó su enorme hacha, la blandió y la hundió en el cuello de Humbaba. Manó la sangre, de nuevo el hacha golpeó la carne y el hueso, el monstruo se tambaleó, quedaron sus ojos en blanco y al tercer golpe del hacha se desmoronó como un cedro y se derrumbó en el suelo. Su estertor conmovió las montañas del Líbano, inundó los valles su sangre, retumbó el bosque en quince kilómetros. Entonces los dos amigos lo abrieron, extrajeron sus intestinos, cortaron su cabeza de dientes afilados como dagas y de horribles ojos rojos de fija mirada. Cayó una suave lluvia sobre las montañas. Cayó una suave lluvia sobre las montañas:* Literalmente, «“Que nunca […] Que ninguno de los dos llegue a viejo, y que, igual que su amigo Gilgamesh, Enkidu no tenga quien lo entierre”. Enkidu abrió la boca y dijo a Gilgamesh: “Amigo mío, te hablo, pero tú no me escuchas. Hasta la maldición […] a su boca”. […] de su amigo, sacó el puñal de su costado, Gilgamesh [se lo clavó] en el cuello, Enkidu […] hasta que le sacó los pulmones. […] saltando [desde] la cabeza tomó los colmillos como trofeo. […] en abundancia cayó sobre la montaña, […] en abundancia cayó sobre la montaña». A la Versión Estándar de este pasaje he añadido un pasaje de la

tablilla fragmentaria paleobabilónica de Nërebtum, OB Ishchali, reverso, líneas 25' ss.: «los valles se llenaron con su sangre, derribó a Huwawa el guardián, dos leguas […] en la distancia. Con él golpeó […] los bosques […], mató al monstruo, al guardián del bosque, al grito del cual se separaron Siria y el Líbano, […] las montañas […] se conmovieron todas las tierras altas». <<

[198] *Cayó una suave lluvia sobre las montañas:* «Lluvia» es una conjetura de Tournay y Schaffer. <<

[199] *Tomaron sus hachas y se adentraron aún más en el bosque:* Tomado de OB Ischali, reverso, línea 37'. <<

[200] *iban cortando cedros, saltaban por ¡os aires las astillas, cortaba Gilgamesh los poderosos árboles, convertía Enkidu los troncos en vigas:* Literalmente, «[…] un quinto de un codo era el […] de sus virutas (de cedro). Gilgamesh cortó los árboles, Enkidu escogió la mejor madera». <<

[201] Desde *Dijo Enkidu: «Con tu gran fuerza* hasta *y que el pueblo de Nippur se regocije con ella»:* Tomado de la tablilla paleobabilónica del Museo de Iraq de Bagdad, OB IM, líneas 19 ss. <<

[202] *se despojó de sus vestiduras sucias y ensangrentadas, vistió una túnica de la mejor lana, se envolvió en un manto púrpura con adornos dorados, lo ciñó con un amplio fajín con flecos y se puso su corona:* Literalmente, «Se quitó sus vestiduras sucias, se puso vestidos nuevos, se envolvió en una túnica regia, se ató un cinturón ancho. Gilgamesh se puso su corona». «Las *kandys* púrpuras bordadas en oro estaban reservadas al rey» (Wilcox, *The Mode in Costume*). <<

[203] *La diosa Ishtar puso sus ojos en él, contempló su esplendor de varón, su corazón se enamoró locamente, sus lomos ardieron de deseo:* Literalmente, «La princesa Ishtar miró con deseo la belleza de Gilgamesh». <<

[204] *cásate conmigo:* «… probablemente, un ardid con el fin de atraerlo a su lecho, porque Ishtar nunca fue ni esposa ni madre en sentido estricto. Así, antes de evocar todos los regalos que ella habría de reclamarle, planteará Gilgamesh, por ironía, la cuestión del pago compensatorio (denominado *terhatu*) que el futuro esposo, o su familia, debía entregar a la familia de la novia para obtener su consentimiento» (Bottéro, pág. 123). <<

[205] *Te entregaré riquezas que superan todos tus sueños: mármol y alabastro, marfil y jade:* He añadido estas líneas. <<

[206] *hermosas sirvientas de ojos verdeazulados:* He seguido a Tournay y Schaffer al añadir esta frase de MB Boğ$_2$, reverso, línea 7. <<

[207] *cuernos de ámbar:* «Los “cuernos” de un carro eran probablemente las terminaciones del yugo, hechas de alabastro en los carros del Imperio Nuevo egipcio, y en las tablillas del Bronce Medio de Mari. Piedra-*elmēšu*: piedra semi-mítica, preciosa, brillante, posiblemente ámbar, utilizada frecuentemente con cristal de roca» (Dalley, pág. 129). <<

[208] *demonios de la tormenta:* «El *ûmu* … es el monstruo con cabeza de león que tira de los carros de Adad, el dios de la tormenta; del sol, de los guerreros Ninurta y Marduk y de la belicosa Ištar» (George, BGE, II, pág. 830). <<

[209] *Y bendeciré todo aquello que posees … Estos son los menores de los dones que derramaré sobre ti. Ven aquí, sé mi dulce hombre:* He añadido estas líneas. <<

[210] *Dijo Gilgamesh: «Tu precio es demasiado elevado, tales riquezas superan todos mis medios. Dime, ¿cómo podría devolvértelas, aunque te regalase joyas, perfumes, ricos vestidos? ¿Y qué será de mí cuando tu corazón se aparte de mí y tu deseo se apague?:* Literalmente (en la traducción de Foster), «[¿Qué te daré] si te tomo como esposa? / [¿Te daré] un tocado (¿?) para ti, o un vestido? / [¿Te daré] pan o bebida? / [¿Te daré] alimentos dignos de una divinidad? / [¿Te daré] bebida digna de una reina? / ¿Ceñiré […]? / ¿Apilaré […]? / […] para una túnica?». <<

[211] *un ratón que acaba royendo su segura guarida de junco:* Sigo a Tournay y Shaffer. <<

[212] *de la cal que se desmorona y hace caer una sólida muralla de piedra:* La imagen es la de «un elemento friable en un muro hecho con piedras resistentes y más pesadas» (Bottéro, pág. 125). <<

[213] *un ariete que echa abajo las defensas de una ciudad aliada:* En este punto he seguido la interpretación de Bottéro. <<

[214] *¿Quién pudo satisfacer tus insaciables deseos?:* Literalmente (siguiendo a Speiser), «¿Cuál de tus amantes te complació todo el tiempo?». <<

[215] *Deja que te recuerde cuánto sufrieron, cómo todos ellos encontraron amargo final:* Literalmente, «Vamos, déjame contar tus amantes». <<

[216] *lo enviaste al inframundo:* En el poema sumerio «El descenso de Inanna», después de que Inanna (= Ishtar) asciende del infierno, los demonios reclaman a alguien que la sustituya; ella les entrega a Dumuzi (= Tammuz), y se lo llevan al infierno en su lugar. <<

[217] *la carraca de brillantes colores:* «Nada sabemos de los amores de Ishtar con la carraca ni con los dos animales que vienen a continuación» (Bottéro, pág. 125). <<

[218] *¡U-ii! ¡U-ii!:* «En acadio, el grito del pájaro es ... *kappî* ("¡Mis alas!"), que evoca una especie de piar suplicante. Se trata de un rasgo etiológico» (Bottéro, pág. 126). <<

[219] *cavaste siete trampas para él y, cuando cayó, lo dejaste morir:* Literalmente, «Cavaste siete y siete trampas para él». <<

[220] *sin descanso:* Literalmente, «siete dobles leguas», unos 72 kilómetros; en otras palabras, una gran distancia. <<

[221] *a enturbiar el agua que bebe de la poza:* «Cuando beben, los caballos meten sus patas delanteras en el agua, enturbiándola» (Kovacs, pág. 52). <<

[222] *la diosa Silili:* El mito es desconocido, al igual que los mitos del pastor y de Ishullanu. <<

[223] *«Dulce Ishullanu, déjame saborear tu vara, toca mi vagina, acaricia mi joya»:* Literalmente, «¡Oh, mi Ishullanu!, déjame comer tu vigor, extiende la mano [o el pene] y toca mi vulva». <<

[224] *Pero tú insististe con tus dulces palabras y finalmente accedió; luego mudaste de parecer, lo convertiste en:* Literalmente, «Cuando hubo terminado de hablar, tú lo golpeaste, lo convertiste en…». He alterado el relato en este punto en pro de una mayor consistencia, pues todos los demás ejemplos son de hombres que se hacen amantes de Ishtar y sufren por esa causa. <<

[225] *sapo:* Aquí sigo a Bottéro. Otros estudiosos han traducido este *hapax legomenon* como «enano», «topo», «araña» o «espantapájaros». <<

[226] *su padre Anu:* En otras tradiciones mesopotámicas, Ishtar es hija de Sîn y nieta de Anu, y/o consorte de este último. <<

[227] *espíritus hambrientos subirán a devorar a los vivos, y superarán los muertos a los vivos:* «Estos dos versos se repiten en el mito acadio del *Descenso de Ishtar a los Infiernos* y en el de *Nergal y Ereshkigal*, sin que sepamos a ciencia cierta cuál de los tres fue la fuente de los otros dos» (Bottéro, pág. 129). <<

[228] *Uruk padecerá una hambruna durante siete largos años. ¿Has provisto a la gente de grano para siete años y de forraje al ganado?:* Literalmente, «Que durante siete años la viuda de Uruk almacene forraje, [y el granjero de Uruk] cultive heno». <<

[229] *tres metros:* Literalmente, «7 codos». <<

[230] *Gilgamesh acudió en su ayuda gritando: «Amigo querido, continúa luchando, juntos lo venceremos»:* He añadido estas líneas y omitido el siguiente pasaje: «Enkidu abrió la boca [para hablar] y dijo a Gilgamesh: “Amigo mío, nos jactamos […] ciudad, ¿cómo deberíamos responder a la multitud? Amigo mío, he observado la fortaleza del Toro Celeste, tan conocida su fortaleza [que sé] que nuestra fuerza es suficiente, lo [rodearé] por detrás, lo agarraré [por la cola], plantaré [mi pie sobre su muslo], en […]. Entonces [tú] como un [valiente,] experto [matarife,] clávale el puñal entre las paletas y la base de los cuernos”». <<

[231] *sus sacerdotisas, aquellas que se ofrecen a todos los varones en su honor:* Literalmente, «sus mujeres-*kezertu*, -*ḫarīmtu* y -*šamḫātu*»: tres clases de sacerdotisas-prostitutas cultuales. <<

[232] *quince kilos:* 30 *mina*. <<

[233] *mil quinientos litros:* 6 *kor*. <<

[234] *en la capilla dedicada a Lugalbanda:* Literalmente, «en la habitación del cabeza de familia». «… más que una habitación del palacio de Uruk, parece haber sido una capilla del templo, consagrada a Lugalbanda. Los cuernos votivos llenos de ungüentos hechos con aceite perfumado debían de servir para algún rito ceremonial de unción y de limpieza de la imagen de este dios» (Bottéro, pág. 133). <<

[235] *Los dos amigos se lavaron en el río:* «Antiguamente el Éufrates atravesaba Uruk. Es posible que el lavatorio … aquí descrito tuviese un sentido religioso y que los dos héroes quisieran purificarse de la mancha recaída sobre ellos por la muerte del Toro sobrenatural» (Bottéro, pág. 133). <<

[236] *cantoras:* Siguiendo a Speiser. <<

[237] *Enkidu: él es:* Siguiendo a Bottéro. <<

[238] *Y le respondía entonces Enlil: «Enkidu, no Gilgamesh, habrá de morir»:* He omitido las siguientes líneas de la Versión Hitita: «Entonces el dios sol del cielo dijo al heroico Enlil: “¿Acaso no fue por mis órdenes que estos dieron muerte al Toro Celeste y también a Humbaba? Enkidu es inocente; así pues, ¿debería morir?”. Enlil se irritó cada vez más con el dios sol del cielo y dijo: “Hablas así porque los acompañabas cada día como un amigo”». La Versión Estándar «parece atender a una tradición diferente, según la cual también Shamash se habría opuesto frontalmente a la muerte de Humbaba» (Bottéro, pág. 287): Véase pág. 157: «antes de que los grandes dioses puedan enojarse, Enlil en Nippur, Shamash en Larsa». <<

[239] Desde *«Hermano amado», dijo Enkidu* hasta *y nunca volveré a contemplar a mi hermano querido»:* Tomado de la Versión Hitita, Tablilla III, § I, líneas 2 ss. La Versión Estándar comienza con un largo discurso de Enkidu, bastante simple, dirigido a la puerta, que he omitido. <<

[240] *Dijo Enkidu: «Hermano amado, anoche tuve un segundo sueño adverso:* Este pasaje aparece en un momento posterior de la Tablilla VII; lo he insertado aquí y he dividido la respuesta de Gilgamesh al primer sueño en dos discursos diferentes. <<

[241] *Etana … Sumuqan … Ereshkigal… Belet-seri:* Véase el Glosario. <<

[242] *así que es un hombre sano quien ha soñado:* «Para confortar a su amigo, Gilgamesh primero interpreta (o finge interpretar) el sueño como augurio excelente, sin duda basándose en el principio de “inversión” … Más adelante, se hace evidente que, de hecho, Gilgamesh nunca tuvo ninguna duda sobre el carácter fatal del sueño» (Bottéro, pág. 138). <<

[243] *y a Ea, el sabio:* Literalmente (según la reconstrucción de George), *«que [mi súplica … a Ea]»*. «Resulta complicado no concluir que estas tres líneas informan sobre la intención de Gilgamesh de solicitar la ayuda, no sólo de Enlil, sino de la gran tríada divina: Anu, Enlil y Ea» (George, *BGE*, II, pág. 846). <<

[244] *una estatua de oro puro a tu imagen:* «La imagen de una persona …, una vez depositada en el santuario, se consideraba que “rogaba” eternamente … al dios dedicatario en favor del dedicante, por su sola presentación y presencia» (Bottéro, pág. 138). <<

[245] No *temas, amigo querido, pronto te sentirás mejor, esta imagen votiva te devolverá la salud:* He añadido estas líneas siguiendo la interpretación de Bottéro. <<

[246] *Me dirijo a ti, Señor, pues de improviso el destino se ha vuelto en mi contra:* Literalmente, «Apelo a ti, Shamash, a causa de mi preciosa vida». <<

[247] *Y pues aquel miserable trampero que me encontró cuando vivía libre ha destruido mi vida, arruina su sustento, haz que regrese a casa de vacío, que ningún animal caiga en sus trampas y, si lo hiciera, que se escabulla como la bruma y perezca de hambre por haberme traído hasta aquí:* Literalmente (en la traducción de Foster), «Por lo que respecta a aquel cazador, el hombre de las trampas, que no me permitió alcanzar tanta vida como mi amigo, que el cazador no consiga lo suficiente para vivir, que pierda su beneficio, que la presa corte la cuerda, que sus ingresos, su parte, se evapore ante tus ojos. ¡Que toda vida salvaje que entre [en sus trampas) salga por la ventana!». <<

[248] *que tu esposo prefiera a las muchachas más jóvenes y hermosas:* Sigo la conjetura de Foster. <<

[249] *que te golpee como una mujer golpea las esteras de su casa:* Literalmente, «[…] del alfarero». He ido en la misma dirección (aunque con una imagen diferente) que sigue Foster en su conjetura: «[que te pellizque] como la arcilla el alfarero». <<

[250] *que los perros salvajes se instalen en tu dormitorio:* Tomado de la tablilla de Ur en babilonio medio, MB Ur, línea 32. <<

[251] Desde *que tu tejado se llene de goteras y no haya carpintero que las tape* hasta *la muchedumbre te escarnezca cuando pases por las calles:* Aquí he cambiado el orden de las imágenes. <<

[252] *lecho de honor:* «El “lecho” sería el catafalco de exposición del cadáver antes de los funerales. Las líneas siguientes recuerdan el lugar de honor que el rey de Uruk le había reservado, a su lado, durante su vida. ¿Por qué “a su izquierda”?» (Bottéro, pág. 142). <<

[253] *Luego dijo Enkidu a Gilgamesh:* He añadido esta línea. Hay muchas lagunas y fragmentos antes del discurso de Enkidu, al que sigue otra línea fragmentaria: «Dijo Gilgamesh: “Mi amigo vio un sueño que no […] …”». <<

[254] *Estuvo mortalmente enfermo durante doce largos días, yació agonizante en su lecho, incapaz de descansar, y empeoró de día en día:* Literalmente, «Un día, un segundo día, Enkidu estuvo enfermo, yació en su lecho. Un tercer y un cuarto día Enkidu […] Un quinto, un sexto y un séptimo, un octavo, un noveno [y un décimo día] Enkidu estuvo enfermo […], un undécimo y un duodécimo día […] Enkidu […] en su lecho». <<

[255] *«¿Me has abandonado, amigo querido? Me dijiste que vendrías en mi ayuda cuando sintiese miedo, mas no puedo verte, no has acudido a ahuyentar este peligro. ¿Acaso no éramos inseparables tú y yo?»:* En este discurso he seguido la interpretación de Bottéro. Literalmente (en la traducción de George): «*[Mi dios]* me ha rechazado, amigo mío, […,] / como a alguien en medio de la batalla […] / Temía el combate […,] / amigo mío, aquel que en combate […] / yo, en *[combate, …]*». <<

[256] *Al escuchar el estertor de la muerte, gimió Gilgamesh como un pichón y su rostro se ensombreció. «Aguarda, amado, no me abandones. Tú, el más querido de los hombres, no te mueras, no les permitas que te aparten de mí»:* Tomado de la tablilla en babilonio medio de Megiddo, MB Megiddo, reverso, líneas 14'ss. Literalmente (en la traducción de Kovacs): «Gilgamesh se despertó con sus ruidos […] / como una paloma gimió […] / “Que no quede retenido en la muerte […] / Oh, preeminente entre los hombres […] / A su amigo […] / Lo lloraré (¿?) / yo a su lado […]”». <<

[257] *Ulaya:* Literalmente, «Que te llore el sagrado río Ulaya junto a cuyas orillas caminamos orgullosos una vez». Esta línea parece referirse a un episodio que no se ha conservado en las tablillas que han llegado hasta nosotros. <<

[258] *mi amigo amado está muerto, está muerto, mi hermano amado está muerto, lo lloraré mientras respire, sollozaré por él como una mujer que ha perdido a su único hijo:* Literalmente, «Lloraré a Enkidu, mi amigo, sollozaré por él como una plañidera». (Las plañideras eran apreciadas por el tono y el apasionamiento de sus lamentos). <<

[259] *veloz semental, venado salvaje:* Literalmente, «mula veloz, rápido asno salvaje de las montañas». <<

[260] *Que la obsidiana y las otras piedras preciosas —un millar de joyas de todos los colores— se amontonen junto al oro y la plata, y sean traídas en una barca, Éufrates abajo, hasta la bien murada Uruk, para la estatua de Enkidu:* Añadido de la apócrifa «Carta de Gilgamesh» (¿siglo VII a. C.?), que contribuye a dar cuerpo a la descripción de la estatua. También he utilizado las siguientes líneas de la Versión Estándar («Lo haré reposar … en una piel de león») como parte de la proclama, cambiando los pronombres de segunda a tercera persona. <<

[261] *examinó sus riquezas:* En este punto he omitido un pasaje fragmentario. <<

[262] *preciosa madera de tejo:* «La madera, muy preciada, de *elammaku*, no identificada, procedía del noroeste (Siria) y servía sobre todo para fabricar muebles» (Bottéro, pág. 154). <<

[263] *un vaso de cornalina … otro, de lapislázuli:* «El rojo era el color del luto… Azul y rojo aparecen más de una vez juntos, en particular en contextos relativos al más allá y al luto» (Bottéro, pág. 154). <<

[264] Desde *Cerró los ojos y en su mente se formó* hasta *las vertió en presencia de Shamash:* He adelantado este pasaje desde su posición original al final de la Tablilla VIII. <<

[265] *una pulida jabalina de puro cedro:* Literalmente, «*[una] vara [para lanzar]* de … la madera pura». <<

[266] *Que Ishtar acepte esto:* Este respetuoso pasaje, junto con VII 160 («que Ishtar, [la más capaz] de los dioses, te presente a un hombre»), es otro indicio de que el Libro VI fue añadido al cuerpo principal del poema, quizás por Sîn-lēqi-unninni. <<

[267] *un collar de oro … un espejo:* Conjeturas de Schrott.
<<

[268] *Una vez estuvieron dispuestas todas las ofrendas:* Hay todavía una ofrenda más, de un frasco de alabastro a «[Dumuzi]-abzu, el que carga las culpas en el inframundo», que he omitido, junto con un breve pasaje fragmentario. <<

[269] *Tras el funeral, Gilgamesh abandonó Uruk y se internó en el monte con el cabello enmarañado y una piel de león:* Hay una laguna al final de la Tablilla VIII. He añadido estas líneas. <<

[270] *¿Cómo puedo soportar esta angustia que anida en mi vientre, este temor a la muerte que me empuja sin cesar? Si al menos pudiera hallar al único hombre al que los dioses hicieron inmortal, le preguntaría cómo vencer a la muerte:* Literalmente, «La pena ha entrado en mi corazón. He tomado terror a la muerte, por eso vago por el monte. Estoy de camino y viajaré rápido al encuentro de Utnapishtim, hijo de Ubartutu». He omitido el pasaje siguiente: «Cuando llegué de noche a los pasos de montaña, vi unos leones y sentí miedo, alcé la vista y recé la luna, a […] lámpara de los dioses: "¡Oh, [Sîn y …,] mantenedme a salvo". Se despertó [Gilgamesh], regresó del sueño […] presencia de la luna, se alegró de estar vivo. Alzó su hacha, extrajo [el puñal de] su cinto, cayó sobre ellos como una flecha, atacó a los [leones,] los mató y los dispersó». El resto del pasaje es fragmentario.
<<

[271] *Así vagaba Gilgamesh, con el corazón lleno de angustia, caminando, siempre hacia oriente, en busca de Utnapishtim, a quien los dioses concedieron la inmortalidad:* He añadido estas líneas. <<

[272] *«Gilgamesh es mi nombre», respondió, «soy el rey de la bien murada Uruk y he venido hasta aquí para encontrar a mi antepasado Utnapishtim, que se unió a la asamblea de los dioses y a quien se concedió vida eterna. Él es mi última esperanza. Quiero preguntarle cómo logró vencer a la muerte»:* Literalmente, «[…] el […] de mi antepasado, Utnapishtim, que se unió a la asamblea de los dioses y […], de muerte y vida […]». <<

[273] *El cuerpo de este hombre valeroso:* He asignado este discurso a la mujer escorpión. <<

[274] *«Gilgamesh es mi nombre», respondió, «soy el rey de la bien murada Uruk y he venido hasta aquí para encontrar a mi antepasado Utnapishtim, que se unió a la asamblea de los dioses y a quien se concedió vida eterna. Él es mi última esperanza. Quiero preguntarle cómo logró vencer a la muerte». Dijo el hombre escorpión: «Nadie puede atravesar los Montes Gemelos, ni nadie ha penetrado jamás en el túnel en el que el sol se sume al anochecer para atravesar la tierra. En su interior es total la oscuridad, es profunda la oscuridad, sin una sola luz». Dijo la mujer escorpión: «El cuerpo de este hombre valeroso al que empuja la desesperación está congelado, exhausto y quemado por el sol del desierto. Muéstrale el camino para llegar hasta Utnapishtim». Dijo el hombre escorpión: «El túnel se adentra sin cesar hasta lo más oscuro de la tierra. Todo será negro como la brea delante y detrás de ti, todo negro como la brea a tus costados. Deberás correr por el túnel más rápido que el viento. Dispones sólo de doce horas. Si no sales del túnel antes de que se ponga el sol y penetre en él, no hallarás refugio donde protegerte de su mortífero fuego. Penetra en las profundidades de las montañas, que los Montes Gemelos te conduzcan sano y salvo hasta tu destino, que te lleven sano y salvo hasta el confín del mundo. La entrada del túnel se encuentra frente a ti. Ahora, ve en paz y regresa en paz»:* Literalmente, «“Jamás, Gilgamesh, nadie ha […], jamás nadie ha […] la montaña. Su interior […] durante doce dobles horas [*o* doce dobles leguas = aprox. 130 km], la oscuridad es densa, no hay [luz]. A la salida del sol […], a la puesta del […]. A la puesta del […] enviaron […] Y tú, ¿cómo […] Irás […]?” *[gran*

laguna] “Pasando penurias […], con frío y con el calor del sol […], agotamiento […]. Ahora tú […]”. El hombre escorpión [abrió la boca y dijo] a Gilgamesh […], “Ve, Gilgamesh […] Que los Montes Gemelos […] Las sierras […] sano y salvo puedas […]”». <<

[275] *Corrió durante una segunda y una tercera horas, sin luz alguna ni delante ni detrás de él, ni tampoco a sus costados:* Literalmente, «Durante una segunda hora [corrió], profunda era la oscuridad, [sin luz alguna], no podía ver [nada en absoluto frente a él]. Durante una tercera hora [corrió], [profunda era la oscuridad sin luz alguna, no podía ver nada en absoluto frente a él]». Las mismas frases se repiten para cada una de las doce horas. <<

[276] *su soporte dorado para la tinaja y su cuba para la cerveza:* Literalmente, «Tenía soportes, tenía […]». «Es habitual reconstruir el final de esta línea según la Versión Hitita, que afirma que Šiduri tenía … “una cuba de oro”» (George, *BGE*, II, pág. 868). «Algunas copas mesopotámicas eran cónicas, con bases puntiagudas, de manera que se colocaban dentro de un armazón de madera para mantenerlas de pie cuando estaban llenas de líquido» (Foster, pág. 72). <<

[277] *«Gilgamesh es mi nombre», replicó. «Soy el rey de la bien murada Uruk. Soy el hombre que dio muerte a Humbaba en el Bosque de los Cedros, soy el hombre que derrotó al Toro Celeste». Preguntó Shiduri: «¿Por qué tus mejillas están tan demacradas:* Literalmente, «Gilgamesh le habló a ella, a la tabernera: “[…] que mató al guardián, que capturó al Toro Celeste y mató al Toro Celeste, que destruyó a Humbaba en el Bosque de los Cedros, que mató a los leones en los pasos de montaña”. La tabernera le habló a él, a Gilgamesh: “[Si …] que mató al guardián, que capturó al Toro Celeste y mató al Toro Celeste, que destruyó a Humbaba en el Bosque de los Cedros, que mató a los leones en los pasos de montaña, ¿por qué tus mejillas están demacradas…”». <<

[278] *pensaba: «Si mi dolor es suficientemente violento, quizás regrese a la vida»:* Tomado de la tablilla paleobabilónica, presuntamente procedente de Sippar, OB VA + BM, línea ii 7. <<

[279] Los *hombres nacen, viven y después mueren, ese es el orden que han decretado los dioses. Mas, hasta que llegue ese final, goza de la vida, pásala feliz, no desesperes:* He añadido estas líneas. <<

[280] *haz de cada uno de tus días un placer:* Un tema habitual en la literatura sapiencial del Próximo Oriente. El ejemplo más famoso es Eclesiastés 9, 7-10: «Ve, come con alegría tu pan y bebe con buen ánimo tu vino, porque hace tiempo se complace Dios en tus obras. En todo tiempo sean tus vestidos blancos y el óleo no falte sobre tu cabeza. Goza de la vida con la mujer que ames todos los días de tu vida vana que Él te ha concedido bajo el sol, todos tus días vanos, pues es tu porción en la vida y en el trabajo en que te afanas bajo el sol. Todo lo que tus manos encuentren para hacer, hazlo con todas tus fuerzas, pues no hay obra o pensamiento o conocimiento o sabiduría en la tumba a la que te encaminas». <<

[281] Desde *Dijo Shiduri: ¿Por qué andas vagando por ahí, Gilgamesh?* hasta *cuando mi corazón está afligido por Enkidu, que murió?:* Tomado de OB VA + BM, líneas iii 1 ss.
<<

[282] *Hombres de Piedra:* He seguido la interpretación de Bottéro (la palabra acadia se suele traducir como «Cosas de Piedra»): «Esta palabra constituye una auténtica *crux* en la *Epopeya de Gilgamesh*. No la tenemos atestiguada en ningún otro texto. No hay duda de que se trata de seres humanos o humanoides, porque acompañan a Urshanabi al bosque … En el famoso mito denominado *Lugal-e* … se habla mucho, pero en un contexto diferente al de ahora, de “hombres-piedras” = convertidos en piedras [más exactamente, piedras convertidas en sirvientes —S. M.] … “Los de piedra” son, por tanto, una especie de estatuas animadas; así, por lo demás, los denomina la Versión Hitita … Veremos … que eran indispensables para atravesar el Agua Mortal, sin duda porque, debido a la sustancia de la que estaban hechos, podían entrar impunemente en el agua fatal para, de este modo, empujar o tirar del barco … Se ha querido racionalizar de múltiples maneras estos seres misteriosos, suponiendo, por ejemplo, que aluden a instrumentos o a métodos de navegación, pero hacerlo así supone tal vez olvidar que estamos en pleno corazón del folclore» (Bottéro, pág. 170). <<

[283] *al ver el destello del hacha, Urshanabi se quedó inmóvil, aturdido. El miedo se apoderó de los Hombres de Piedra que manejaban la barca:* Literalmente, «tomó su hacha, él [...] lo. Pero Gilgameš golpeó su [de Urshanabi] cabeza [...,] / lo agarró del brazo y [...] del pecho. Y los Hombres de Piedra [George: harían navegar] la barca, pues no temían a las Aguas de la Muerte». <<

[284] Desde *Retrocedió entonces Gilgamesh y se plantó frente a él* hasta *que cruza el inframundo y por el que aparece el sol:* Tomado de OB VA + BM, líneas iv 2 ss. He omitido la continuación de la Versión Estándar, que es, palabra por palabra, una repetición de la parte del diálogo de Gilgamesh con Shiduri que comienza «¿Por qué tus mejillas están tan demacradas?» y termina «¿Y no me ocurrirá como a él, que me tumbaré en el polvo y no volveré a levantarme?». Se repite una tercera vez en el diálogo con Utnapishtim. <<

[285] *pues en tu furia despedazaste a los Hombres de Piedra que manejaban mi barca y no podían ser heridos por las Aguas de la Muerte:* Tomado de OB VA + BM, líneas iv 24-25.
<<

[286] *Pero no desesperes. Hay otra forma en que podemos cruzar el vasto océano:* He añadido estas líneas. <<

[287] *treinta metros:* Literalmente, «5 *ninda*» (1 *ninda* = 12 codos) o 27 metros. Esta «sería la profundidad máxima del fondo marino [bajo las Aguas de la Muerte]. Al ser el más fuerte de los dos, Gilgamesh … se encargará … de manejarlas [las pértigas], cuando llegue el momento, hundiendo cada una en el agua para hacer así avanzar la embarcación hasta que, cuando esté ya casi completamente hundida, la suelte y tome otra para evitar tener contacto con el agua en la que está clavada. En otras palabras: el mortal paso no era ni muy ancho ni muy profundo» (Bottéro, pág. 174). <<

[288] *empuñaduras:* «Se trata de puntas de metal semejantes a pezones con el fin de garantizar que la pértiga se agarra bien, sin resbalar, en el fondo marino» (Bottéro, pág. 174). <<

[289] *Ahora ten cuidado. Coge la primera pértiga, danos impulso y no toques las Aguas de la Muerte. Cuando llegues al final de la primera pértiga, déjala ir, toma una segunda y una tercera, hasta que llegues al final de las trescientas pértigas y las Aguas de la Muerte queden a nuestras espaldas:* Literalmente, «[Retrocede], Gilgamesh. Toma [la primera pértiga], no permitas que tu mano sea tocada por las Aguas de la Muerte. Toma una segunda, una tercera, una cuarta pértiga, Gilgamesh, una quinta, una sexta y una séptima pértiga, Gilgamesh, toma una octava, una novena y una décima pértiga, Gilgamesh, toma una undécima y una duodécima pértiga, Gilgamesh». <<

[290] *«¿Qué ha sido de los Hombres de Piedra que manejaban la barca? ¿Por qué hay un extraño a bordo? Jamás lo había visto. ¿Quién podrá ser?». Desembarcó Gilgamesh. Al ver al anciano, le dijo: «Dime, ¿dónde puedo hallar a Utnapishtim, quien se unió a la asamblea de los dioses y a quien se le concedió la vida eterna?»:* Literalmente, «“Por qué han sido rotos […] de la barca, y por qué hay alguien a bordo que no es su patrón? Ese que viene no uno de mis hombres, y a la derecha […] miro, pero no es [uno de los] míos, miro, pero no es […] miro, […] me […] No […] míos […]. El barquero […] el hombre a quien yo […], a quien observo no es […] quizás el monte […] el pino […]”. Gilgamesh se acercó al muelle […] envió […] y subió y […] Gilgamesh le dijo, “[…] vive Utnapishtim, hijo de Ubar[tutu]. […] después del Diluvio por el que […] el Diluvio […] por lo que que […]”». <<

[291] *queden selladas con betún y pez:* He omitido dos líneas fragmentarias que siguen: «Por mi causa *[ellos]* no van a […] el baile, / por mi causa, felices y despreocupados, *ellos van a …* […]» (traducción de George). <<

[292] *una cuerda vieja:* Conjetura de George. <<

[293] *y una mente frenética, sin sentido e insatisfecha:* Literalmente (en la traducción de George): «Porque no tiene *consejeros* [...,] / [porque] no tiene palabras de consejo [...]». <<

[294] Desde *Por la noche, la luna viaja por el cielo* hasta *Tal se hizo el mundo desde los tiempos antiguos:* He trasladado estas líneas a un momento ligeramente posterior dentro del discurso de Utnapishtim y he omitido un pasaje fragmentario. <<

[295] *cuando los grandes dioses decidieron enviar el Diluvio:* Dos líneas que aparecen después en la Tablilla XI implican que la motivación de Enlil era castigar la maldad de los hombres: «no permitas que todos los hombres / mueran por los pecados de algunos» («es decir, castigar al culpable pero no al inocente», George, *BGE*, II, pág. 891). En este punto, nos recuerda a las historias de Noé, tanto en la versión J:

> Ahora bien, cuando el Señor vio cuán grande era la maldad de los hombres, y cómo todo impulso de sus corazones no era sino maldad en todo momento, lamentó haber creado a los hombres en la tierra, y se dolió en su corazón. Dijo: «Destruiré a toda la humanidad de la faz de la tierra: lamento haberla creado» (Génesis 6,5-7, tomado de Stephen Mitchell, *Genesis: A New Translation of the Classic Biblical Stories*, HarperCollins, 1996, pág. 13).

Como en la versión P:

> Y la tierra estaba plagada de corrupción y llena de violencia. Y cuando Dios vio cuán corrompida estaba la tierra y cuán corrupta se había tornado la humanidad sobre la tierra, dijo Dios a Noé: «Voy a poner fin a la humanidad, pues la tierra está llena de violencia a causa de ella: voy a exterminarla de la faz de la tierra» (Génesis 6, 11-13; ibíd., pág. 15).

Sin embargo, el *Atrahasis*, en su estilo sublimemente ridículo, proporciona la siguiente motivación:

La tierra estaba demasiado llena, la gente demasiado numerosa, la tierra bramaba como un toro salvaje. Dijo Enlil a los otros grandes dioses: «El ruido de los humanos se ha hecho demasiado grande, su alboroto constante me mantiene despierto». <<

[296] *el Gran Abismo:* El vasto océano subterráneo de agua dulce *(apsû* en acadio) que constituía el dominio de Ea; el rielo y la tierra le servían de tejado. <<

[297] *Todos ellos recibirán lo que quieren, y aún más:* Literalmente, «una riqueza de pájaros, una profusión de peces, derramará sobre ti una rica cosecha, por la mañana lloverá panes sobre ti, por la tarde un torrente de trigo». <<

[298] *Diseñé la estructura, dibujé los planos:* Esta línea aparece en realidad una docena de líneas más tarde: he adelantado su posición. <<

[299] *los cordeleros trajeron sus cuerdas y los niños llevaban el betún. También los pobres ayudaban en la medida de sus posibilidades, unos cargaban tablones, otros clavaban clavos, otros cortaban madera:* Literalmente, «[…] pesada hacha. Los jóvenes estaban […], los ancianos llevaban cuerdas de fibra de palma, los ricos llevaban brea, los pobres traían los […] aparejos». <<

[300] *tres mil seiscientos metros cuadrados:* Literalmente, «1 *ikû*», equivalente a esta superficie. <<

[301] *sesenta metros:* Literalmente, «120 codos» = 54 metros. <<

[302] *la altura del barco se dividía en siete:* «El barco, tal como se describe, es claramente un cubo, no como las habituales embarcaciones mesopotámicas, y es posiblemente una alusión teológica a las dimensiones de una zigurat, el templo-torre escalonada de Mesopotamia. La zigurat era una estructura maciza con una base cuadrada y entre cuatro y siete niveles, siendo su altura máxima la misma que su longitud y su anchura; servía como plataforma monumental para el templo que se alzaba en su cima» (Kovacs, pág. 99). «El volumen … del barco (unas 7.600 toneladas) está condensado en extremo … El relato bíblico (Génesis 6) habla de tres pisos; el Arca medía 300 codos de longitud, 50 de ancho y 30 de altura (unas 20.000 toneladas)» (traducido de Tournay y Shaffer, págs. 228-229).
<<

[303] *once mil litros:* Literalmente, «3 *šár*», que, según Bottéro, equivalen a 10.800 litros. <<

[304] *le regalé mi palacio:* La generosidad de Utnapishtim es, por supuesto, inútil: si su fe en las palabras de Ea está justificada, tanto el regalo como la persona que lo recibe estarán pronto bajo las aguas. <<

[305] *No se podía ver entre tanta lluvia, caía cada vez con más fuerza, tan densa que no podrías ver tu propia mano delante de los ojos:* Literalmente, «Uno no podía ver a otro, la gente no podía reconocerse entre sí bajo el aguacero». <<

[306] *al palacio de Anu en lo más alto del cielo:* «[Los mesopotámicos] distinguían al menos tres bóvedas celestes superpuestas: la más alta era la sede del jefe y fundador de la dinastía divina» (Bottéro, pág. 191). <<

[307] *Aruru:* Literalmente, «la diosa». «Es habitual tomar ^{d}*ištar* como nombre propio. Sin embargo, la línea siguiente, que desarrolla la idea, demuestra que el sujeto aquí es la diosa madre … Ištar está completamente fuera de lugar como diosa que se lamenta en esta ocasión. El pasaje paralelo de OB Atram-ḫasīs tiene un doblete similar, con *il-tum* en la primera línea y ^{d}*mami* en la segunda … así pues, tomo ^{d}*Ištar* como un nombre común que anticipa a *bēlet-ilī* (… para otro ejemplo en SB Gilgameš, véase SB I 274, donde ^{d}*ištari ummīšu*, “la diosa, su madre”, es Ninsun)» (George, *BGE*, II, pág. 886). <<

[308] *el día en el que proferí perversas palabras en el consejo de los dioses:* En el primer pasaje que relata la decisión de los dioses, Aruru no está implicada, y tampoco se menciona ningún consejo de los dioses. <<

[309] *Sus labios estaban resecos, cubiertos de costras:* «Al carecer de sus proveedores por antonomasia, los hombres, los dioses mueren de sed y de hambre (por eso se abalanzan sobre el banquete final)» (Bottéro, pág. 192). <<

[310] *tan lisa como un tejado:* «En este país cálido y con escasas precipitaciones los tejados eran generalmente planos, y continúan siéndolo, sirviendo de terraza» (Bottéro, pág. 192). <<

[311] *a menos de un kilómetro:* 14 x 10 *ninda* = 1.680 codos = 756 metros. <<

[312] *Por seis días y siete noches, la montaña no lo liberó:* Literalmente, «Un día, un segundo día, el monte Nimush retuvo el barco y no lo liberó. Un tercer, un cuarto día, el monte Nimush retuvo el barco y no lo liberó. Un quinto, un sexto día, el monte Nimush retuvo el barco y no lo liberó». <<

[313] *su collar de lapislázuli:* «Un collar con cuentas de lapislázuli talladas con forma de mosca que representan los frutos muertos de la diosa madre Belet-ili/Aruru» (Kovacs, pág. 102). <<

[314] *¿cómo pudiste ser tan imprudente como para enviar el Gran Diluvio:* Aquí Ea, igual que Aruru unas líneas antes, parece haber olvidado que él y otros tres grandes dioses contribuyeron a la decisión de Enlil. Quizás Sîn-lēqi-unninni empleara dos tradiciones diferentes y contradictorias acerca de la implicación de Ea y la responsabilidad única de Enlil. <<

[315] *mas sé clemente, no permitas que mueran todos los hombres a causa de los pecados de algunos. En lugar de un diluvio, deberías haber enviado leones que diezmaran a la raza humana, o lobos, o una hambruna, o una plaga mortal:* Literalmente, «Sé benévolo, para que no sea destruido; sé indulgente con él, para que no [...]. En lugar de enviar el Diluvio, haz que surja un lobo que diezme la raza humana. En lugar de enviar el Diluvio, haz que el hambre destruya la tierra. En lugar de enviar el Diluvio, haz que surja una peste que destruya la tierra». <<

[316] *sólo se lo susurré a un cercado de juncos y, al parecer, Utnapishtim lo oyó:* Literalmente, «Hice que un sueño se le apareciese a Atrahasis, y oyó así el secreto de los dioses». «El poeta delata su fuente al llamar Atrahasis a su héroe [en lugar de Utnapishtim]» (Tournay y Shaffer, pág. 239). «Ea se defiende de haber faltado a su juramento de no hablarle a nadie del Diluvio decretado por Enlil: no ha "hablado" a Utnapishtim porque se ha limitado a "hacerle ver un sueño", y si alguna vez "habló", fue a su empalizada, y no a él en persona. Ea es el más astuto de todos los dioses, y como tal, jesuítico por adelantado» (Bottéro, pág. 196). En *Atrahasis*, por el contrario, es completamente franco: «Enki (= Ea) hizo oír su voz y habló a los grandes dioses: "¡Lo hice para retaros! Me aseguré de que se preservara la vida"» (traducción de Dalley). <<

[317] *en la fuente de los ríos:* En un paraíso terrenal reminiscencia del Edén, que se hallaba en el nacimiento de cuatro ríos (Génesis 2,10-14). Este «lugar distante» también tiene un eco griego en *Trabajos y días*, vv. 168 ss. (Hesíodo habla de la cuarta edad, la era de los héroes o semidioses):

> Pero a otros el padre Zeus, proporcionándoles vida y costumbres lejos de los hombres, los estableció en los confines de la tierra. Estos, con un corazón sin preocupaciones, viven en las islas de los bienaventurados, junto al profundo Océano, héroes felices; para ellos la tierra rica en sus entrañas produce fruto dulce como la miel que florece tres veces al año (traducción de Adelaida Martín Sánchez y M.ª Ángeles Martín Sánchez, en Hesíodo, *Teogonía. Trabajos y días. Escudo. Certamen*, Madrid, Alianza Editorial, 2000). <<

[318] *¿Cómo sabrán que la mereces? Supera primero esta prueba: permanece, sin más, despierto durante siete días. Vence al sueño, y quizás vencerás a la muerte:* Literalmente, «Vamos, no duermas durante seis días y siete noches». <<

[319] «*Mira ahí, amigo, cuenta esos panes que mi esposa horneó y colocó ahí mientras dormías sentado. El primero, duro como una piedra, lo horneó hace una semana, este que parece cuero lo horneó hace seis días, y siguió haciéndolo el resto de los días que permaneciste dormido aquí sentado. Mira, están marcados en el muro que tienes detrás»:* Literalmente, «[Vamos,] Gilgamesh, cuenta tus panes, y que [los días que dormiste] sean conocidos por ti. Tu [primer] pan [se ha secado y está duro], el segundo está correoso, el tercero está revenido, el cuarto se ha puesto blanco, el quinto está moteado de moho, el sexto está fresco, el séptimo aún estaba cociéndose sobre el carbón cuando te toqué y te desperté». <<

[320] *Si encuentras esta planta:* «Estas instrucciones están claramente abreviadas, pues omiten la mayor parte de la información que Gilgamesh necesitaba para actuar como lo hizo» (Dalley, pág. 134). <<

[321] *Cavó Gilgamesh un pozo en la orilla que bajaba hasta el Gran Abismo:* «Gilgameš cava un pozo profundo en la playa y pronto alcanza el nivel del agua. El hecho de que hace el agujero en la tierra, no en el mar, se aclara completamente más tarde, cuando se queja de que no puede volver a dar con él porque la marea habrá borrado cualquier indicio. La capa de agua es el nivel superior del dominio cósmico de Ea, que en el reino de Ūta-napišti es particularmente accesible. En consecuencia, el pozo le proporciona acceso inmediato al Apsû subterráneo. Se sumerge en el agua, encuentra la planta, pero no regresa por el camino de ida. Por el contrarío, sale del Apsû por el mar y, emergiendo justo en la orilla frente a Ur-šanabi, es devuelto a tierra por el oleaje» (George, *BGE*, I, págs. 523-524). <<

[322] *Si es efectiva:* He seguido una lectura alternativa de George, *šum-ma*, «si», mejor que *šumšu*, «su nombre»: «Si el anciano se torna joven (de nuevo), / comeré algo también yo» (George, *BGE*, I, págs. 723). <<

[323] *Tras recorrer más de seiscientos kilómetros, se detuvieron a comer, tras otros mil, acamparon:* Literalmente, «A los 20 *bēr* (= 216 kilómetros) se detuvieron a comer, a los 30 *bēr* (= 324 kilómetros) acamparon». Aunque no es claramente una marcha de tres días, las líneas son, palabra por palabra, una repetición de la marcha hacia el Bosque de los Cedros, y he mantenido las mismas distancias. <<

[324] *se desprendió de su piel:* «Esta muda repentina es un símbolo de inmortalidad. En el Próximo Oriente antiguo se consideraba a la serpiente un animal de vida larga, benefactor y sanador, de ahí el emblema del caduceo» (Tournay y Shaffer, pág. 245). <<

[325] *un reptil:* Literalmente, «el león del suelo», un epíteto para la serpiente. <<

[326] *La arranqué de las profundidades, ¿cómo podría ahora encontrar de nuevo aquel lugar? ¡Dejamos, además, nuestra pequeña barca en la orilla!:* Literalmente, «Ahora la marea ha estado subiendo veinte leguas. Cuando abrí el canal, dejé allí las herramientas: ¿cómo podría encontrar una huella? Dejé la barca en la orilla y he llegado demasiado lejos para regresar [o, en la interpretación de George: ¡Ojalá hubiera emprendido el regreso habiendo dejado la barca en la orilla!]». <<